

SUSANA VACA FUENTES

A
LA
MIER...
EL
HILO
ROJO



editorial
ALETRIÓN

Susana Vaca Fuentes

**A LA MIER...
EL HILO ROJO**



Desde la madurez que otorga la experiencia, esta novela narra la historia de Vanessa, una joven que se resiste a creer en el amor. Tiene sus motivos, y estos la siguen como una sombra por donde vaya.

¿Tiene remedio el desencanto?

*Esta cercana y entrañable historia sigue el curso de un **hilo rojo** que, invisible o inexistente, acompañará las decisiones en la vida de una mujer que se construye a sí misma.*

Primera edición revisada, septiembre de 2023

Primera edición digital, marzo de 2024



©2023, de esta edición, Editorial Alección
©2023, del texto, Susana Vaca Fuentes

Edición, diseño y diagramación: Camilo Larrea Oña

ISBN: 978-9942-635-03-7

Editorial Alección
www.editorialaleccion.com
Contacto: editorialaleccion@gmail.com
IG: [@editorialaleccion](https://www.instagram.com/editorialaleccion) FB: [@aleccion](https://www.facebook.com/aleccion)
Quito-Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, formato o plataforma. Todos los contenidos son propiedad exclusiva de Editorial Alección y están protegidos por la normativa nacional e internacional de derecho de autor o *copyright*.

Índice

[Prefacio](#)

[Mi cuento de hadas](#)

[¿Cuento o pesadilla?](#)

[Capullo](#)

[De fiesta](#)

[Fantasmas del pasado](#)

[Experiencias](#)

[Hilo rojo](#)

[Crisálida](#)

[Epílogo](#)

Dedicatoria

A todas las mujeres que pensaron que estarían rotas para siempre, pero ahora vuelan magníficas, iluminando el camino de quien las mira.

Agradecimientos

A todas las amigas que han compartido conmigo sus dolores y sus anhelos; todas han tocado una fibra de mi alma que me permitió escribir este relato, sus historias y la mía se entrelazan en estas líneas con el único afán de encontrar el camino para vernos completas.

Prefacio

Cada noche me asaltaban aquellos sueños. Sentía esos mismos impulsos y la misma negrura que me impulsaban muchas veces a gritar, otras tantas a llorar y siempre, pero siempre, a anhelar. Ese bendito hilo seguía tirando de mí sin tregua, atorado en lo que nos da por llamar rutina.

Habitabas en esos sueños, unas veces como el villano, otras como el héroe, en ocasiones aparecías como te conocí: alto, delgado, elegante y con esa sonrisa que iluminaba todo. Otras, como deseaba verte, despreocupado y varonil, a la espera de mi llegada.

A veces, soñar es dulce y, otras, una verdadera pesadilla.

Lo único que sé es que nunca me dejas, no abandonas mi lecho por más kilómetros que nos separen.

Mi cuento de hadas

Allí estaba, empapada por la lluvia de marzo, tan congelada por fuera como por dentro, sin deseos de moverme de aquella esquina, desde donde miraba el bar en el que mi mente había colocado el inicio de la historia con el amor de mi vida. Mis lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia, mientras rememoraba todos los pasos que me llevaron hasta allí.

Si tuviera que resumirla, diría que mi vida es como un chiste (y no de los mejores) que se cuenta en actos. Como primer acto, estaba una niña de quince años, nada atractiva y un poco regordeta, el antónimo de la princesa de un cuento de hadas, viviendo aferrada a sus creencias sobre «el amor para siempre» y al sueño de encontrar aquella persona destinada para unir su vida con la mía, ese príncipe o caballero con quien compartir la belleza del mundo, tal como en las películas que me encantaban y en la mayoría de novelas que acostumbraba leer. ¡Exacto! La fórmula para un posible fracaso. Pero, en ese entonces, yo no lo sabía.

Uno de los recuerdos más fuertes que me acompañan de aquella etapa es haber leído, en una de las revistas viejas que mi madre atesoraba, la historia de una mujer que, sin ser hermosa, se había casado con un hombre guapísimo, matrimonio que nunca fue bien visto por las amistades del esposo, cosa que llevó a la protagonista, pensando ser muy poca cosa para merecer la felicidad con aquel bello y amoroso hombre, a querer terminar con su vida, intentando intoxicarse con el gas de la cocina. Pero, en el momento justo, su esposo la convenció de que su amor era verdadero y de que ella era la mujer de su vida, y así emprendieron el conocido «felicis para siempre». O, por lo menos, esa percepción se grabó a fuego en mi mente, que evocaba esa historia y soñaba con encontrar a la persona destinada para mí.

Por piezas románticas como la descrita, viví siempre convencida de que el único y verdadero amor se presentaría y, pese a mi apariencia y mi físico, que se encontraban bastante lejos de encajar con las normas de la moda de aquel entonces, podríamos formar un hogar hermoso lleno de hijos, flores y palabras románticas. ¿Muy cursi, cierto?

Pues bien, en ese momento no me lo parecía para nada, era la verdad absoluta en la que creían mi mente y mi corazón. Acompañada por esas esperanzas y sueños, transcurría mi existencia sin que ese dichoso amor apareciera; y, más bien, dando paso a la formación de esa vocecita interna que nos acompaña y, a veces, nos tortura a todos, la que empezó a martirizarme para que hiciera algo con las varias libras que tenía sobre la media, que se notaban de manera significativa en mi cintura y mis mejillas, y emitiendo, cada día y a cada hora, fuertes opiniones sobre mi comportamiento, porque al ser la primera hija, mi personalidad era muy reservada y, admito, un poco mandona.

Esa irritante vocecita me indicaba que cosas como aquellas poco aportaban a que el príncipe azul busque mi compañía, haciendo de mi vida una dualidad, ya que en mi fuero interno me aferraba a la idea de que el verdadero amor estaba por allí escondido, esperando el momento perfecto para aparecerse y tornar rosa toda mi existencia, mientras en el exterior me presentaba como una chica ruda e independiente, la primera máscara de todas las que he utilizado en el transcurso de los años. Con ella, trataba de ocultar mi corazón anhelante y frágil, que lo único que quería era encontrar a alguien que lo amara.

Pese a mi conflicto interno, no puedo decir que fueron años tristes, vivía con mis padres y mi hermana en un barrio como cualquier otro del centro norte de Quito. Mi familia siempre expresó cariño, aunque de diferente manera a la que yo necesitaba. Las muestras de afecto eran sus

atenciones, proveernos de todo lo que necesitáramos, darnos la mejor educación que estuviera a su alcance, consentirnos algún antojo propio de la edad, como la chaqueta «pirata» de un programa de moda, aunque a veces lo único que necesitaba para aplacar los bajones era un abrazo y un «todo estará bien».

Éramos una familia de nivel medio. Mis padres, con grandes esfuerzos y privaciones, lograron comprar, al inicio de su matrimonio, una casa independiente que contaba con un pequeño jardín delantero que, de lo que me han contado, al inicio era yermo y feo, y con el amor de mis padres y sus cuidados se tornó en un lugar digno de fotografía. Otra cosa que caracterizaba nuestro hogar era la falta de garaje.

Mis padres nunca tuvieron la posibilidad ni el anhelo de contar con un vehículo, por lo que esa casa era perfecta, sin el espacio vacío de un parqueadero que indicara que algo faltaba y, más bien, aportándonos, o por lo menos a mí, la hermosa costumbre de caminar por la ciudad a paso raudo, igual al de mi padre.

Nuestra casa era de un blanco que reflejaba el sol en los meses de verano y parecía un fantasma traslúcido en los meses de lluvias. Tenía dos pisos y, para acceder a la puerta principal, se debía subir tres gradas que contaban con un pasamanos de cemento pintado, igualmente, de blanco.

Ese era mi sitio favorito de la casa, siendo uno de mis pasatiempos sentarme en la primera de las gradas a contemplar las plantas que mis padres cuidaban con tanto afán y contarme novelas en las que, obviamente, era la protagonista, a quien el amor venía a buscar con flores y regalos bajo el brazo.

Un par de veces, pasé la vergüenza de explicar a mi hermana menor por qué daba besos a mi brazo, indicándole que había tenido un calambre y que, por ello, me masajeaba y besaba para que el dolor pasara. Espero que, leyendo estas líneas, no se rían tanto de mí y de mis historias de amor con mi brazo...

Mis padres, una pareja muy práctica, creían en el trabajo y la responsabilidad. Los colores de la imaginación se limitaban a la lectura, inculcándome siempre la virtud de ser «una buena estudiante y un buen ejemplo» para mi hermana menor. Eso hice, aprendiendo a camuflar mis historias de amor, limitándolas al campo totalmente privado de mi cerebro, perfeccionando las novelas y anhelando que se volvieran realidad, eso sí, sin una sola señal externa que lo demostrara. Así, cursé los años de colegio sin incidente alguno que hiciera suponer que conocía o me importara algo respecto del amor romántico, con una pantalla perfecta de esfuerzo y cumplimiento de tareas.

En esos tiempos, todas las mañanas salía a la escalinata, aspiraba el aire perfumado a lavanda y contemplaba el hermoso cielo de mi ciudad que, a veces, me recibía con un azul deslumbrante y, otras, con un gris enojado que me recordaba a los ojos de mi abuela cuando me obligaba a comer la sopa que no me gustaba; luego, continuando un ritual personal, miraba a la derecha de mi casa y podía contemplar a nuestra hermosa Virgen del Panecillo, a la que saludaba antes de emprender mi camino. A ella le abría mi corazón y le contaba, a lo largo del trayecto, mis sueños de encontrar a mi alma gemela. Nadie más tenía acceso a esa valiosa y delicada información que albergaba en lo más profundo, como un secreto impuro.

En mi colegio, la parodia continuaba, era una institución exclusivamente de mujeres, treinta chicas conformaban mi salón y, para ellas, yo era la estudiosa que no tenía tiempo para chicos. Las más cercanas, me apoyaban en mi determinación de enfocarme en el estudio, mientras que otras me restregaban en la cara sus enamoramientos. Para finales del quinto año, casi todas ya habían tenido algún enamorado de entre los muchachos de los colegios cercanos, otras más de

uno, y siempre se las veía felices acordando salidas y encuentros románticos de parejas en los que, obviamente, yo era la gran ausente.

—Vane, no importa que no tengas pareja, vamos al cine -solían decirme mis amigas, pero yo me excusaba alegando tener alguna tarea pendiente o indicando que debía estudiar para algún examen, aunque sabía que no era necesaria tanta preparación. Después de un tiempo, dejaron de intentarlo y yo caminaba a casa contando las grietas de la acera o los postes con los que me cruzaba en el camino.

Con la soledad como mi compañía, completé mis años de colegio y, al llegar el día de la graduación, decidí que debía seguir concentrada en mi primera meta, estudiar y obtener mi título de ingeniera comercial. Estudiar me hacía sentir útil y ver el orgullo pintado en los ojos de mis padres me inspiró a darles más dichas académicas, que era en lo que me destacaba.

Llegado el momento, corrí a la inscripción en la universidad pública, en donde me inquietó ver una mezcla de chicos y chicas entusiasmados por iniciar esa nueva etapa en sus vidas. Pensaba que yo era la única cobarde, mirando un precipicio tan grande que no sabía si lo iba a poder cruzar; sin embargo, el primer día de clases, estuve encantada de ver rostros tan asustados como el mío sin saber qué esperar en un sitio tan grande y concurrido.

—Nunca pensé ver a tantos chicos en una sola aula -una de mis compañeras me hablaba con su voz cargada de entusiasmo-. Hola, soy Cristina, vengo de un colegio femenino, ¿y tú?

—Hola, me llamo Vanessa; yo, igual, estuve en un colegio femenino, también es la primera vez que tengo de compañeros a tantos hombres, será una experiencia diferente.

Obviamente, me equivoqué. No hubo nada distinto al estudiar rodeada de hombres y mujeres. Mis compañeros me eran indiferentes y asumí que también yo lo era para ellos. Ninguno llenaba mis expectativas de «príncipe azul» o «caballero andante» y, simplemente, me negué a pensar que alguien, de mi salón o universidad, pudiera estar interesado en mí. En mis primeros años de carrera universitaria, simplemente archivé en lo profundo de mi corazón la espera de aquel amor de cuento de hadas, dedicándome ciento por ciento al estudio y a ser la mejor en lo que hacía. Claro está, el archivo solo era otra apariencia, porque continuaba viendo y llorando por cuanto película empalagosa se estrenara en el cine, y leyendo a Jane Austin y a Louisa May Alcott, soñando en ser Jo, una mujer independiente pero enamorada hasta el tuétano del bendito profesor alemán.

Ni siquiera mi hermana Micaela conocía lo que, en secreto, anhelaba mi corazón. Ella me tenía de ejemplo, aunque en realidad yo seguía siendo solo la máscara que proyectaba al mundo, toda resolución y dedicación; incluso, la tía Margarita, hermana de papá, una señora de aspecto adusto y mirada escrutadora, me tenía en el mejor de los conceptos, siempre me decía que le recordaba a ella de joven, cuando luchaba en contra de toda la sociedad por ser ingeniera civil, carrera poco pretendida por señoritas en los años 60.

Así, me conoció Fabián, alumno que llegó al salón en mi último año de estudios. Alto, fornido, con cabello castaño más bien claro que, a la luz del sol, parecía rubio, su piel blanca y sus ojos miel; no era, ni de lejos, mi ideal de hombre, el cual se inclinaba, especialmente, por aquellos de rasgos árabes, con ojos y cabello negros y pobladas cejas que les dieran un toque de misterio.

Además de la apariencia física, Fabián no me resultaba atractivo por sus constantes bromas pesadas y su falta de interés en la carrera. Yo, siempre leyendo y preparando ensayos y tareas; él y su grupo de amigos, burlándose de los cuatro ojos (entre los que estaba incluida) y de los «indios», como llamaban a aquellos compañeros que tenían más rasgos de nuestros antepasados indígenas. Porque, si algo tiene el Ecuador, es mestizaje, aunque haya personas que aún crean en

el mito urbano de ser parte de la realeza o de una *raza pura*, cuando su piel es un poco más blanca que la del promedio, algo que yo no dejaba de espetarles a la cara a Fabián y su grupito, a quienes parecía resbalarles.

Aborrecía su actitud, me parecía una persona arrogante que no tendría espacio entre mis pensamientos. Cada broma pesada suya inspiraba una de mis reprimendas y nos ponía como los típicos estudiantes antagónicos. En ese vaivén, pasaron los primeros tres meses de mi último año en la universidad y, ¿qué creen...? El refrán «del odio al amor» se fue abriendo paso en mi vida. Todo comenzó cuando a un profesor muy inteligente se le ocurrió ponernos juntos en un proyecto. Al inicio, íbamos a la biblioteca, tomábamos apuntes y yo me encargaba de sintetizar e ir incorporando las ideas en el trabajo; luego, quedábamos para almorzar e intercambiar ideas y hablar sobre nuestras posibles conclusiones. De eso, pasamos a encontrarnos desde la primera hora de clase solo para hablar de lo bien que nos fue en el proyecto, y terminamos compartiendo cervezas los viernes, incluyéndome en su grupo de amigos, sin un motivo aparente.

En un principio, lo veía como algo normal. ¡Qué emoción, encontré un amigo más en la universidad! Pasaría de estar sola o con mi mejor amiga a estar rodeada por el grupo de Fabián. Ya no lo veía como el pesado de las bromas y él dejó de verme como la «cuatro ojos». Disfrutábamos de la mutua compañía y fuimos algo así como una buena y mala influencia para cada uno.

Los meses transcurrieron y los almuerzos y salidas con Fabián nunca pararon. Mi mejor amiga siempre me decía que Fabián estaba enamorado de mí, pero yo no lo veía con esos ojos, era simplemente un amigo que me había abierto la puerta al mundo de la diversión en la universidad. Con su grupo, salíamos a bailar, tomábamos cervezas, empecé a fumar, aunque no tanto como ellos, y siempre, pero siempre, Fabián me dejaba en la puerta de la casa de mis padres, no importaba la hora, asegurándose de que me dejaba sana y salva... Esperen, pensándolo retrospectivamente, sí que estaba enamorado de mí.

El segundero, con su raudo paso, nos colocó al borde de terminar la universidad. Recuerdo claramente que faltaba algo más de un mes para dar los exámenes finales y prepararnos para salir a la vida laboral, cuando Fabián me invitó a las típicas cervezas de los viernes y, obviamente, asistí con el mayor de los gustos. Me llevé una sorpresa cuando entramos en el bar y no estaba ninguno de los amigos habituales. Fabián me llevó a una mesa reservada, eso me llamó mucho la atención, pero me decidí a pasar una velada amena.

—¿Mesa reservada...? ¿Ese milagro, Fabián? En estas butacas solo entraremos cuatro. ¿A qué hora vienen los demás?

—Hoy, solo seremos tú y yo, Vane.

La intensidad de su mirada me descolocó en un inicio, pero al ser mis ideas tan claras respecto a nuestra «amistad», simplemente seguí con la conversación.

—Últimamente, ese es nuestro estado natural, pero pensé que las cervezas te gustaban más con tus amigos. Sabes que no tomo mucho y esta celebración puede terminar muy pronto —reí con ganas.

—Durará lo que tenga que durar, verás que logro convencerte de quedarte conmigo.

Mi mente gritó «¡peligro!». Nuevamente, sus ojos miel centelleaban con algo que no había estado antes allí o, por lo menos, yo no lo había notado.

Llegaron las primeras cervezas y nuestra conversación se centró en los típicos temas de universitarios en su último año, los exámenes que venían y los proyectos de empleos futuros. Los dos teníamos la intención de buscar trabajo en empresas multinacionales porque queríamos ganar mucho dinero y viajar constantemente. Hablábamos de los países que visitaríamos, en giras

gratamente pagadas por nuestros empleadores. Estábamos muy contentos charlando del futuro, cuando la cerveza dio las primeras señales de haber atravesado mi cuerpo.

Me levanté, sonriendo a Fabián y asegurándole que no se iba a quedar solo por mucho tiempo. Habían sido dos cervezas, pero en mi cabeza ya empezaba a sentir la pesadez del alcohol. En el tocador, observé mi cara, seguía blanca y redonda, mis ojos oscuros seguían brillando tras los grandes lentes de marco azul que tanto me gustaban. Solo mis labios se veían un poco más rojos de lo habitual. Decidí que no parecía mareada y podría soportar una tercera cerveza.

En estas contemplaciones, observé también que en el espejo habían escrito, con lápiz labial de un rojo estridente, la frase «TE AMO», lo cual me pareció totalmente de mal gusto y, en mi manía por el orden y la limpieza, tomé una toallita de papel, la remoqué, limpié el mensaje tan empalagosamente romántico y, molesta, me dirigí a la mesa.

—¿Qué te pasó, Vane? ¿Quién te hizo enojar en el baño? -me recibió Fabián, riendo de mi entrecejo fruncido y mi expresión de asco.

—¿Puedes creer que alguien escribió «TE AMO» en el espejo del baño?

—Sí, lo creo, ya no me pude contener, es lo que siento.

Me quedé helada. Todo el mareo y el enojo por la cursilería de la frase se me pasaron de un plumazo. Busqué, en la expresión de Fabián, alguna indicación de que se trataba de una broma y lo único que encontré fue su cara sonrojada y sus ojos brillantes de expectación. Aun así, decidí que era una broma y, pasado el *shock*, me reí.

—Vane, no te burles de mis sentimientos... Bueno, no escribí la nota, se habría visto mal que entrara al baño de chicas, pero no miento cuando digo que es lo que siento por ti. Tú sabes cómo ha ido creciendo nuestra confianza y que disfrutamos nuestro tiempo juntos...

—Para, para, Fabián -levanté la mano, como reafirmando mis palabras-. Tienes que ser honesto contigo mismo, no soy el tipo de chica con la que sueles salir, no tengo un cuerpo de envidia y uso lentes, dos cosas que siempre has odiado en las mujeres.

Lleno de confianza, tomó una de mis manos y, sin apartar nuestras miradas, terminó lo que seguramente había ensayado durante varios días.

—Te decía que sabes lo mucho que disfrutamos nuestro tiempo juntos, ninguna de las chicas «sin lentes» con las que salía me había hecho pensar en el futuro o se había preocupado de recordarme que puedo esforzarme y sacar el título por el que ingresé a la universidad. Además, tu cuerpo sí es de envidia, porque, si me dejas, haré maravillas con él.

Liberé mi mano de manera brusca, al tiempo que mi corazón empezó a latir desbocado. Nunca había besado a un chico, y solamente pensar en el sexo me ponía más que nerviosa. El gesto asustó a Fabián, quien se levantó de su asiento y se dirigió hacia mí, buscando corregir sus palabras.

—No quise decir que ahora o en un tiempo cercano, no te asustes. Te aseguro que te quiero bien, iremos a tu ritmo. Juro por Dios que no te presionaré a nada, pero no quería terminar la universidad sin decirte lo mucho que te amo.

Con esas últimas palabras, perdí la noción del espacio-tiempo. Mi cerebro se desconectó y mi cuerpo obedecía solo a las palabras «te amo». Era como estar en una de mis novelas favoritas. Ese «te amo» hizo que mi cuerpo me jugara una mala pasada, secretando toda la oxitocina que traía acumulada por veintidós años. Cuando Fabián acercó sus labios a los míos, solo me puse a temblar, no pude responder al primer beso, pero el segundo fue todo un *show* de fuegos artificiales. Levanté mis brazos y lo estreché, entrelazando mis dedos en sus finos cabellos. Mi respiración se acompañó a la suya y, cuando el beso terminó, nos quedamos abrazados con nuestras frentes juntas.

—¿Esto quiere decir que me aceptas como enamorado?

—No sé lo que signifique, pero me gustó mi primer beso real —mi sonrisa tonta acompañó la frase, haciendo que Fabián también sonriera.

—Quiero ser tu primer todo, Vane. Te amo.

Así se debe sentir caminar sobre las nubes, pensé, divertida. No sabía si yo amaba a Fabián, pero mi cuerpo sintió tal descarga eléctrica que todo indicaba que podía ser que sí.

Pedimos una última cerveza, que compartimos entre besos y risas. Como siempre, tomamos juntos el taxi y me dejó en la puerta de la casa. Subí a mi cuarto y me tumbé en la cama con una sensación de felicidad que nunca había experimentado.

Muy temprano, en la mañana, me desperté asustada y atormentada por una avalancha de pensamientos negativos: ¿y si había sido una apuesta con sus amigos? ¿Si el alcohol había obrado su magia negra, haciéndole pensar que yo era alguien bello a quien amar? ¿Si todo había sido una broma típica de Fabián que, en ese momento, estaba sin pareja? Eran tantas las dudas que asaltaban mi cabeza, sumadas a la resaca, que, al bajar al desayuno, mi mamá me miró sorprendida.

—*Mija*, estás pálida, te he dicho mil veces que las salidas con esos nuevos amigos tuyos no son buenas para tu salud. Ahora tienes que estar más concentrada en tus estudios, estás a poco más de un mes de ser una ingeniera comercial, no debes descuidarte en el último tramo de tu carrera.

—Tranquila, mamita, con un café y un arrozito verá que se me pasa este malestar.

—Ojalá, Vanessita, no quisiera que me salgas con domingo siete.

—¡Mami! No empiece con eso, ya sabe que no soy así.

—Solo digo, toma mejor rápido tu desayuno para que me ayudes con las cosas de la casa.

A eso de las once de la mañana, sonó el teléfono.

—¡Vanessa! -gritó mi papá-. Fabián al teléfono.

En mi cerebro seguían circulando los *¿y si...?* Igual que en esas luminarias de la carretera que anuncian una y otra vez el cierre de una vía, agradecí a papá y colgué el teléfono sin tener la valentía de hablar con Fabián. Les dije a mis padres que, si llamaba o me iba a ver a la casa, le dijeran que estaba indispueta. Como a ellos no les agradaba, estaban felices pensando que me había peleado con «mi amigo mala influencia».

Así, transcurrieron sábado y domingo. Fabián llamó solo dos veces más y no hizo intentos de ir a verme. Lo interpreté como «no viene porque lo del viernes fue un error».

El lunes, estaba lista para ir a la universidad. Nunca me maquillaba, solo me ponía un poco de rímel en las pestañas y brillo en los labios, pero ese día me pareció que debía esforzarme un poco más. Me puse sombra de ojos y perfume. Mi intención era hacerle ver a Fabián que el viernes no significó nada para mí y que estaba tranquila.

Llegué al aula y saludé a Cristina, mi mejor amiga desde aquel día en que me habló en la primera clase de nuestra carrera. Era la mujer más puntual del planeta y llegaba siempre de primera. Sonreí, nerviosa y feliz de encontrarla, aunque mi mente tenía un debate interno entre contarle todo lo que pasó el viernes o mejor dejar las cosas quietas, por si Fabián, efectivamente, hubiese estado bromeando conmigo. Como leyendo mi pensamiento, Cristina fue directo al grano.

—Hola, Vane, me contó Fabián que estabas un poco indispueta el fin de semana. ¿Te fuiste de fiesta y no me invitaste?

—Cómo crees, Cris, nada de fiesta. Las típicas cervezas de viernes, pero creo que me excedí y pasé vomitando desde el sábado.

Aunque me cueste decirlo, la mentira se me da muy bien cuando quiero ocultar aquello que no me conviene revelar.

—Por eso estás tan pálida, entonces. Seguro no comiste nada. Cuando termine la clase, nos vamos a comer bolones.

—Qué buena idea.

Era la oportunidad perfecta para salir corriendo, antes de encontrarme con Fabián, quien, como era costumbre, aún no llegaba a clases.

Sin su presencia durante la primera hora, yo me había relajado bastante, recapitulando las formas de llenar un FODA y la importancia de los procesos de una empresa. Siempre me pasaba lo mismo, los estudios y trabajos alejaban momentáneamente mis preocupaciones, así como las bromas de Cristina, con quien teníamos un vínculo especial porque era igual de estudiosa que yo. Lo que sí distaba mucho era nuestra apariencia: ella era una mujer muy guapa y delgada, con piel dorada y cabello rubio ondulado, hermosos ojos almendrados de un color entre miel y verde, y cejas perfectamente delineadas. Su don de palabra le abría las puertas en todo lugar y hacía que le llovieran los pretendientes, de los cuales varios llegaron a ser sus enamorados, aunque no duraban mucho, pues ella estaba enfocada en terminar su carrera y, por eso, siempre volvíamos a estar solas en nuestras reuniones de estudio. En esa oportunidad, agradecía mucho más su compañía, no quería seguir esperando la llegada de Fabián y descubrir qué era lo que realmente pensaba de lo ocurrido el viernes.

Terminó la hora de clase y nos encaminamos a la cafetería. Estábamos saliendo por la puerta de la Facultad, cuando chocamos con Fabián, quien nos miró confundido.

—¿Se terminaron las clases tan pronto?

—Ja, ja, ja, ja, no seas bobo, Fabián, solo vamos con Vane a la cafetería de enfrente a comer bolones. ¿No ves lo pálida que está por su pésimo fin de semana?

—Vane, ¿qué tenías el fin de semana? Estaba muy preocupado por ti. El viernes pensé que estabas bien.

Yo, ni siquiera levantaba la mirada. En ese momento, las grietas del piso eran, para mí, un misterio por resolver, pero ante la pregunta de Fabián no pude más que aparentar serenidad, aunque mi corazón por poco y se salía de mi pecho ante la mención del viernes.

—Creo que exageré con las cervezas y mi estómago lo resintió —mi voz salió tan débil, parecía que aún estaba convaleciente. Pensé que debía estar nominada a algún premio por mi actuación.

—Vamos, entonces, las acompaño a los bolones. No quiero que sigas mal, Vane.

Su rostro preocupado y su media sonrisa me alteraron otra vez. La dichosa oxitocina se estaba extendiendo por mi cuerpo, haciendo que lo viera extremadamente guapo y cautivador.

La cafetería estaba llena en ese momento. Varios estudiantes se encontraban haciendo fila para degustar las delicias que servían a esa hora de la mañana. Con Cristina, encontramos una mesa libre y Fabián se ofreció a guardarnos los puestos en la fila hasta que llegara nuestro turno de hacer la orden, alegando que no quería que me quedara mucho tiempo parada, debido a mi palidez y debilidad.

—¿Es mi idea o Fabián está un poco más servicial este día? Se lo ve extraño.

—¿Tú crees, Cris? -yo no lo veía extraño, lo veía encantador.

—Sí, muy, muy extraño. Casi como lo estás tú ahorita.

Ya, sincérate, Vane, ¿qué se traen ustedes dos?

—Una hermosa amistad, lo sabes, Cris -esas palabras no me las habría creído ni yo misma,

ante el sonrojo evidente en mis mejillas, adiós premio, no llegaba ni a actriz de presentación escolar.

—Ajá, claro, ya veo que está hermosa su amistad -sonrió, cómplice-. Mejor me voy para que hablen.

—¡Ni se te ocurra! No me dejes sola con él, por favor.

—Solo si prometes que me contarás lo que pasó el fin de semana. Linda tu mentira de «me sentía mal, vomité todo el sábado» -me imitó, con voz de niña inocente.

—Perdón, Cris, ni yo misma sé qué pasó.

—No me digas que te emborrachaste hasta perder el sentido y tuvieron sexo desenfrenado.

—¡No, tonta! Ja, ja, ja, ja, no haría eso, pero es difícil de explicar.

—Casi me matas del susto. Mi inocente Vane, ja, ja, ja, ja.

—¿De qué se ríen con tantas ganas? -quiso saber Fabián, quien, en lugar de llamarnos para realizar la compra, llegaba con la orden cancelada y lista.

—De las típicas locuras de Vane, sabes cómo es cuando habla de FODAs. -Se notaba que mi amiga moría por saber lo que pasaba entre Fabián y yo, pero me quería demasiado y esperaría hasta que la confesión saliera de mi boca.

Seguimos hablando de temas sin importancia, disfrutando el exquisito sabor de los bolones con café negro bien cargado, hasta que Cristina se levantó, apresurada.

—Muévanse, chicos, vamos a llegar tarde a la clase.

Me levanté también, pero en ese momento Fabián me sujetó del brazo, haciendo un ligero movimiento de cabeza.

—Cris, parece que Vane aún está pálida, adelántate y nosotros iremos luego.

Cristina me miró y su sonrisa indicó que estaba feliz de que, finalmente, se descubriera lo que Fabián sentía por mí.

—Luego no me pidan los apuntes, ya saben que mi letra es incomprensible -rio y se alejó casi a la carrera.

Solos en la cafetería, Fabián me miraba, indeciso de tocar el tema del viernes. Reuniendo el valor necesario, acercó su silla a la mía y me tomó de las manos. Los otros alumnos habían desaparecido. Éramos solo él y yo en una burbuja.

—Vane, quise hablar contigo todo el sábado, tu papá fue muy enfático en que no te molestara porque estabas delicada de salud.

¡Ahh! Era mi padre el que había alejado a Fabián el fin de semana. Un suspiro de alivio llegó a mis labios. Él lo interpretó de diferente manera y siguió con su explicación.

—Te entiendo, debes estar pensando que lo que pasó el viernes fue un error, que solo somos amigos y que mis sentimientos hacia ti podrían arruinar nuestra amistad. Déjame demostrarte que, en verdad, te amo. Fui muy feliz con tus besos y no quiero que paren.

—¿Estás seguro, Fabi? ¿No fueron las cervezas las que te hicieron decir todas esas cosas?

—Solo me dieron el valor para expresar lo que he venido sintiendo desde hace meses, ¿no te habías dado cuenta de que no puedo estar lejos de ti?

—Es porque lo pasamos bien.

—Exacto, contigo la paso bien, me ayudas a cumplir mis tareas, me enseñas cosas que no sé, me río con tu orden y tus manías, eso me hace feliz. Además, bajo esa apariencia de chica *ñoña*, eres ardiente. Tus besos me lo demostraron.

Toda la sangre subió a mi rostro. ¿Yo, ardiente? Ni en sueños lo habría imaginado.

—Tus amigos se burlarán de nosotros. Tus enamoradas siempre han sido guapas y flacas. Mírame, no cuadro en ese esquema. A mí solo me incluyeron al grupo por ti y porque les presto

mis apuntes cuando los necesitan.

—Al que se burle, le rompo la boca. No me importa lo que ellos digan, quiero estar contigo. No por el tiempo que falta en la universidad, sino para toda la vida. No finjas que el viernes no desperté tus sentimientos hacia mí, tus labios me dijeron otra cosa.

—Deja de hablar de los besos —dije, exasperada, pero en ese momento Fabián tomó mi cara con sus manos y me besó apasionadamente.

Me separé al escuchar un murmullo que luego se agudizó. Los otros estudiantes no habían desaparecido, como había sido mi impresión, seguían en la cafetería y estaban silbando y brindando con café por la feliz pareja. Fabián, que adoraba ser el centro de atención, se levantó y preguntó a nuestro improvisado auditorio:

—¿Quién opina que esta preciosa mujer acepte ser mi enamorada?

Se alzó un coro, todos haciendo porras para que aceptara la propuesta. Fabián me miró, no con ojos de orgullo, sino de súplica.

—¿Qué dices, Vane?

—Acepto -dije, con el corazón henchido de una ilusión que tenía guardada desde hacía mucho tiempo. El amor verdadero llegaba a mi vida.

Nuevamente, me tomó del rostro y me besó, ahora, delicada y tiernamente, repitiendo «te amo».

Los presentes nos aplaudieron y, finalmente, salimos de la cafetería tomados de las manos.

Al llegar a la Facultad, Cristina nos miró y se acercó con su sonrisa radiante.

—Sabía que terminarían juntos, son el uno para el otro.

—¿Verdad que sí? —Fabián pasó su fuerte brazo sobre mis hombros, estrechándome cariñosamente.

—¿Cómo ustedes dos lo sabían y yo no? —pregunté, divertida.

—Porque casi nunca levantabas la nariz de tus libros, mi querida Vane —fue la respuesta de Cristina, que no tuvo más alternativa que aceptar por cierta, echarme a reír como ellos y seguir caminando para entrar a la siguiente clase.

El mes pasó como un rayo. Llegó el estrés de los exámenes. Pensé que mi nueva experiencia siendo enamorada de Fabián iba a alternar mi ritmo de estudios, mas, la verdad fue que sirvió para apoyarlo a ser un poco más disciplinado y tomar en serio los retos que teníamos. Incluso, se incorporó a las reuniones de estudio con Cristina y, así, empezamos a juntarnos los tres todos los días para repasar las materias e investigar para las pruebas que estaban a la vuelta de la esquina. Para no ser una carga a una sola familia, en las reuniones turnábamos las casas anfitrionas. En la mía, al vernos tan juntos en nuestras jornadas de estudio, mis papás sospecharon que algo había cambiado con Fabián, pero yo no soltaba prenda, mantenía mi secreto como un dragón su tesoro.

Con tanta preparación, los tres aprobamos los exámenes. El último día, lo celebramos con los compañeros de curso. Sentíamos que era necesario liberar la presión que habían significado las jornadas previas, y también era una suerte de despedida porque no volveríamos a esas aulas en las que habíamos departido por cuatro largos años.

Iniciaría una nueva etapa, a la que entrábamos con expectativas muy altas y la incertidumbre de poder alcanzarlas. Pero, antes de dar ese paso a la vida laboral, decidimos tomarnos unas merecidas vacaciones, aprovechando el tiempo que tardaba la legalización de nuestros títulos, con los cuales demostraríamos al mundo que éramos unos flamantes ingenieros y daríamos inicio a la búsqueda de trabajo.

En las semanas de libertad, Fabián y yo nos veíamos a diario. Nos encontrábamos en la esquina de mi casa y deambulábamos por las calles de Quito, abrazados o tomados de la mano.

Hacíamos planes para encontrar los trabajos soñados y, ahora, los viajes no los imaginábamos solos, sino juntos, recorriendo el mundo.

Con nuestra relación viento en popa, Fabián insistía en hablar con nuestros padres. Para mí, era un momento de terror solo imaginar la cara de mi mamá cuando le dijera que su primera hija había conseguido por fin un enamorado y, más aún, cuando supiera que se trataba de Fabián. Si bien es cierto, mi hermana menor había tenido varias parejas, siempre lo había llevado en total secreto. Solo yo sabía de sus andanzas. Por ello, durante dos semanas completas, me negué a publicitar nuestro recién descubierto amor.

—¿Acaso te avergüenzas de esta relación?

—Sabes que no es así, solo tengo miedo de la reacción de mi mami.

—Cualquier reacción la afrontaremos juntos, tu mamá tendrá que aceptar que nos amamos.

Escuchar diariamente que me amaba obnubiló mi mente y llegué a convencerme de que yo también lo amaba. Dejé de lado todos los peros expresados en meses anteriores, cuando Cristina insistía en que seríamos una linda pareja, y me centré en ver solo la parte bonita, los besos, las caricias, las risas. Oculté, bajo una pátina color rosa todos nuestros defectos y concebí una vida juntos, una vida que, por supuesto, debía incluir a nuestras respectivas familias. Por eso, acepté enfrentar a nuestros padres.

El viernes de aquella semana, Fabián se presentó en mi casa a las tres de la tarde, llevando un ramo de rosas color naranja, mis flores favoritas. Yo estaba pálida cuando ingresamos a la sala. Mis padres estaban sentados, mamá con expresión de enojo en sus ojos marrón oscuro, que desprendían rayos letales cuando uno menos lo esperaba, sus brazos cruzados fuertemente contra su pecho y los pies plantados en la tierra, como absorbiendo toda la energía del planeta para descargarlo contra nosotros. Papá, por su parte, estaba despatarrado en su sillón favorito, su cara blanca y sus preciosos ojos grises demostraban curiosidad y ternura ante lo que iba a ocurrir. Así permanecieron mientras Fabián les comentaba que nos habíamos enamorado y les pedía autorización para presentarse en nuestro hogar como mi pareja formal. Al final del discurso, mamá, con cara de haber tomado vinagre, nos dijo:

—Vanessa sabe perfectamente lo que pienso de usted, Fabián. Desde que empezaron a salir, mi hija, que era una niña de casa, se puso a tomar cerveza, a fumar —levantó la mano al ver mi conato de intervención, por lo que me tocó bajar la vista al suelo nuevamente—, descuidó sus estudios, lo que impidió que saliera como la mejor egresada de su promoción. No es, para nada, la opción que hubiese querido para mi primera hija, pero estoy consciente de que, al estar los dos graduados, se consideran adultos en toda regla y no puedo hacer nada para que cambien de opinión.

—Adriana, no seas tan dura con los chicos -intervino mi padre-. Gracias, Fabián, por venir a decirnos tus intenciones con nuestra Vanessita, solo te pido que la cuides bien porque ella es la luz de esta casa —la expresión de mi padre demostraba el inmenso amor que sentía por mí y eso me levantó el ánimo, que estaba a un centímetro del suelo en ese momento.

Luego de ese trago agridulce, salimos tomados de la mano a despejar nuestras mentes con una película, aunque últimamente el cine solo servía para intercambiar besos y caricias cada vez más intensas, haciéndome sentir el foco de todas las miradas.

De regreso a casa, Fabián me confirmó que la visita a sus padres seguía programada para el día siguiente. Sería un almuerzo que incluiría a toda su familia, en la que yo esperaba una recepción igual o peor que la ocurrida con mis padres, porque la mamá de Fabián era una señora muy dura que nunca había salido a recibirnos cuando llegábamos a estudiar a su casa.

Mi hermana pequeña, Micaela, quien en ese momento tenía dieciocho años y era totalmente

diferente a mí —con su contextura delgada, hermoso rostro alargado de piel canela, ojos que, en momentos de mucho sol parecían ser marrón claro y que, en la oscuridad, eran negros como noche sin estrellas, pómulos salientes y labios gruesos y rojos, con su cabello color caoba con un corte alto, lo que le daba el aspecto rebelde que ella adoraba—, se tornó en mi mejor aliada en el torbellino que se apoderó de mi corazón desde la declaración de Fabián. Cuando se lo conté, se puso de su lado para que no me sintiera sola ante las súplicas de mis padres de que lo pensara bien y las constantes críticas funestas sobre la calidad de persona en la que «ese chico» me había convertido. A ella le confié, también, el temor que sentía de asistir al almuerzo programado.

—Vane, lo que tienes que hacer es vestirme y arreglarte mejor, para que vean el partidazo que eres para Fabián.

—Si tú lo dices, Mica. Enséñame a parecer una *lady*.

—Chistosita, vas a ver que te dejo hermosa y causas buena impresión.

El sábado, a primera hora de la mañana, Micaela se presentó en mi cuarto con su arsenal: brochas, polvos, cremas, labiales de todos los colores, tres diferentes perfumes, plancha para el cabello y otras cosas de cuya utilidad yo no tenía ni la más mínima idea. Me ordenó que me duchara y, ante mis quejas de que faltaban cerca de seis horas para que Fabián fuese a buscarme, me dijo indignada:

—El arte toma tiempo. No creerás que Miguel Ángel pintó su Capilla Sixtina con el tiempo justo, ¿o sí?

Ante esa actitud de sargento de pelotón de frontera, no me quedó más que ir a la ducha y lavar concienzudamente mi cabello castaño oscuro, que me llegaba hasta la cintura. Siempre me había gustado mi cabello y creía que me habría parecido a Alanis Morissette si no fuera porque yo tenía como diez kilos más y cerca de veinte centímetros menos que ella.

Pasamos horas probándome atuendos. Cuando encontramos el perfecto para la ocasión, empezó el empastado y pintura de la Capilla Sixtina de mi hermana Micaela. No puedo negar que el resultado me encantó.

Mi cara redonda parecía más fina con los contornos de polvos que me había colocado, mis ojos pequeños se veían hermosos con sombras negras y verdes que resaltaban aun detrás de mis lentes, mis labios, delineados y rojos, semejaban una rosa en flor y mi cabello, normalmente ondulado, caía como una cascada perfectamente recta y lustrosa.

—El detalle final: este perfume te hará destacar, es dulce y a la vez sensual, lo uso para mis citas y me ha ido excelente.

—Hasta ahora, no entiendo cómo siempre sales a citas y mi mamá no se da ni cuenta.

—Ay, hermanita, lo importante es mentir con convicción. A ti se te nota cuando le ocultas algo a mamá, bajas la mirada y empiezas a entorchar tu cabello como niña malcriada.

—Eso es mentira, yo miento muy bien cuando me conviene.

—Puede ser a otros, pero a mamá, no.

Tuve que reconocer que la mirada de mamá siempre me descolocaba y terminaba por decirle la verdad, por más penosa que fuera.

—Bueno, estás lista y preciosa.

—Sabes que no soy preciosa, Mica, pero gracias, me dejaste linda. —la abracé con todo el cariño que nos unía.

Luego de diez minutos, llegó Fabián, nuevamente, portando su ramo de mis rosas favoritas. Nos dimos un beso casto a manera de saludo y nos despedimos de mi familia para ir en taxi a la reunión que tanto temía.

Nada más entrar, tuve mi primer mal presagio. La casa despedía un intenso olor a palo santo,

perfume que me produce alergia, haciendo que mi nariz se congestione y se ponga muy roja. Supe que la reunión no pintaba bien. Fabián me condujo a la cocina, en donde se encontraba reunida la familia. Me presentó a sus padres y sus hermanos. Él era el menor de tres.

La señora Carolina era una mujer bajita, de contextura delgada, piel muy blanca, y cabello y ojos color caoba. Lo que más me llamó la atención era lo juntas que tenía las cejas. En ese momento, se diría que desaprobaba mi sola presencia. Estaba vestida con un sencillo vestido color azul, zapatos bajos y un delantal blanco. Me pareció que había copiado su atuendo de una de las portadas de amas de casa perfectas que salían en las revistas de los años 60, aquellas que mi mamá tenía en casa.

Por su parte, el papá y los hermanos de Fabián eran iguales. Altos, blancos, con cabello castaño claro y ralo, parecían producto de fabricación en serie, ostentando las mismas cualidades y los mismos defectos. Solo se notaba la diferencia por las pocas arrugas que rodeaban los ojos del señor Pablo, en contraste con los rostros rebosantes de juventud, aunque igual de arrogantes, de los hermanos.

—Vanessa, si fuera tan gentil de ayudarme a pasar las cosas a la mesa. Ahora que vamos a ser dos mujeres en esta casa, será más fácil atender a tantos hombres.

Segunda mala señal. «¿Cómo que *‘atender’ a los hombres?*», pensé, indignada. «¿*No tienen ellos también manos para llevar las cosas a la mesa?*». Me guardé mi opinión, aunque mi rostro siempre ha sido un libro abierto y mis expresiones se leen a kilómetros.

—¿Acaso no le gustan las tareas del hogar? —preguntó la mamá de Fabián, con tono amable, aunque sus ojos expresaban lo contrario.

—Sí me gustan, dígame lo que tengo que hacer y le ayudo con gusto -dije rápidamente, para no dar la impresión de ser una completa inútil.

Entre las dos, pasamos fuentes, platos, vasos, cubiertos, mientras los hombres se habían dirigido a la sala a escuchar música, orondos en sus butacas, esperando que las sumisas mujeres les sirvieran deliciosas viandas. Sonreí para mis adentros, contándome esta historia con tono de narrador del siglo XIX.

Cuando todo estuvo preparado, la señora Carolina llamó para que pasaran a la mesa. Me pusieron en una silla junto a Fabián. Realmente, lo único bueno de todo ese encuentro. Apenas inició el almuerzo, empezaron a silbar, a mi alrededor, dardos venenosos que estuvieron a punto de hacerme llorar, y solo su mano sujetando la mía me sostenía en mi lugar.

—Veo que comes muy bien, Vanessa. Por eso estás así -la señora había indicado mi cuerpo con su mano-. Mi Fabi siempre ha sido delgado, él te puede recomendar algunos ejercicios o dietas.

—Mi mamita, siempre tan chistosa. No le hagas caso, Vane -apretó mi mano cariñosamente cuando sintió que estaba a punto de contestarle a su madre.

—Cuéntame, ¿es cierto que eras la mejor alumna de la clase? -intervino el papá de Fabián para cambiar de tema, al ver mi nariz cada vez más roja y no precisamente por el palo santo.

—Fuimos varios, la verdad, pero siempre he estado entre las mejores. Todos los años, la universidad me otorgaba una beca por mis notas.

—Ahora vemos por qué Fabián se pegó a ti -rio uno de sus hermanos.

—Me pegué a ella porque es la mejor persona que conozco, idiota.

—Respeto a tu hermano mayor -gritó la señora Carolina-. Vanessa, ¿le gusta cocinar?

—La verdad, no mucho, mi hermana Micaela es experta en eso, solo ayudo cuando puedo.

—Una buena mujer debe saber cocinar. Ya está grande, debería entrar a algún curso o algo para aprender. Fabián no debería entrar en la cocina cuando estén casados.

—Si es que llegan a casarse -punzó otro de los hermanos.

—Bueno, creo que terminamos -Fabián se levantó de la mesa tirando de mi mano. Ni siquiera le importó ver el rostro furibundo de su madre-. Muchas gracias por el almuerzo, mamita, estuvo delicioso, pero ofrecí a Vane que, de postre, la llevaría por un helado. Nos vemos más tarde.

Sin mediar otra palabra, y sin soltarnos las manos, nos dirigimos a la puerta. Solo alcancé a decir muchas gracias y hasta otra ocasión. Cerrada la puerta tras de mí, las lágrimas empezaron a brotar y solté la mano de Fabián, caminando apresuradamente en busca de un taxi.

Él no me dejó ir muy lejos, me abrazó con mucha fuerza y, subiéndonos al vehículo, me pidió que fuéramos a la heladería. Durante el trayecto no paré de llorar, mirando por la ventanilla del auto cómo nos adentrábamos en el Centro Histórico de nuestra ciudad.

—Vane, te juro que lo siento. No sé qué le pasó a mi mami, ella es muy cariñosa conmigo, soy su favorito y creo que por eso se portó así. Pero, verás que te llega a querer mucho, discúlpala.

—No fue solo tu mami, tus hermanos me ven como bicho raro, no dejaban de mirarme y sacudir sus cabezas, como si fuera la peor decisión que has tomado. Solo tu papá se ha portado amable conmigo.

—Sabes que no me importa lo que diga mi familia, eres tú quien me importa. Además, tu mamá tampoco se portó de maravilla conmigo, ya sabes, soy tu mala influencia.

—Tienes razón con lo de mi mamá, pero eso no justifica que tu familia me haga sentir peor de lo que ya me siento por mis kilos de más. Ahora, súmale el miedo que tengo a que crean que soy una inútil y que no serviré para ser tu esposa.

—Eso lo veremos cuando pase, por ahora somos enamorados. ¿Para qué quiero que sepas cocinar o arreglar la casa?

Tomados de las manos, bajamos del taxi. Me encontraba más calmada y nos encaminamos a la heladería, una de mis favoritas en el Centro Histórico. Tenía dos pisos, con mesas de fórmica beige y asientos de cuero rojo. Todo expresaba leyenda y romanticismo. Venía brindando golosinas y un sitio para los arrumacos de los enamorados por más de cuarenta años. Fabián pidió mi helado favorito y me mimó todo el tiempo, acariciándome y besando mi cabeza. No paraba de decirme lo hermosa que estaba con el maquillaje y mi nariz roja como Rodolfo el reno, lo que me hizo relegar mis temores ante la actitud machista de su madre y enfocarme nuevamente en las apabullantes sensaciones que emitía mi cuerpo cada vez que era rozado por sus hábiles manos.

Como siempre pasa en situaciones como la mía, coloqué bajo el tapete todos mis temores, desdije a mi ser racional para enfocarme en mi ser primitivo que quería más besos, más caricias, más amor.

Nuestras vacaciones llegaban a su fin. Para la ceremonia de incorporación organizada por la universidad, nuevamente Micaela fue la encargada de embellecerme y, con un terno marrón que mis padres me compraron para la ocasión, pasé al podio a recibir mi esperado título de Ingeniera Comercial, otro sueño hecho realidad. Luego, llegó el turno de Cristina, quien estaba despanpanante con un hermoso vestido beige y sus risos dorados sueltos alrededor de su cara. Por último, Fabián. Era la primera vez que lo veía con un traje formal. Había elegido el color azul marino que resaltaba el tono de su piel, llevaba camisa blanca y una preciosa corbata delgada y roja. Lo veía con ojos enamorados.

Nuestras familias asistieron a la ceremonia y se hizo las presentaciones del caso. Ninguno de sus integrantes estaba feliz de conocerse, pero fueron amables y concisos para terminar cuanto antes su presencia en el lugar.

Pasadas las pompas de la incorporación, mis amigos y yo, con los títulos bajo el brazo, nos dedicamos a ofertar nuestras recién adquiridas capacidades a las empresas que estaban en búsqueda de personal. En mi caso, tras varios intentos de conseguir empleo por mi cuenta, fue mi papá quien logró colocar mi carpeta en una pequeña empresa de importación que necesitaba alguien que les ayudara a levantar sus procesos, y me contrataron. Cristina, por su parte, al no lograr ubicarse en una organización que cubriera las expectativas que se había planteado, decidió emigrar a Estados Unidos para estudiar una maestría y, desde ese momento, nuestro contacto se limitó a unos pocos correos electrónicos que se hicieron esporádicos hasta desaparecer, al cabo de unos meses. Me hacía mucha falta, pero siempre estaba Fabián. Con él, llenaba las horas del día. Si no estábamos juntos, pensaba en su sonrisa, sus palabras y sus besos. Tenía suficiente para entretenerme.

A Fabián se le hizo muy difícil conseguir empleo y optó por reunirse con un grupo de amigos a realizar trabajos *freelance*. Todos los días, a las cinco de la tarde, me esperaba en la esquina de mi oficina para pasear antes de ir a nuestras casas.

Los meses transcurrían, Fabián había insistido en que su familia debía aceptar nuestra relación y, en varias oportunidades, me había llevado a su casa para compartir algún almuerzo o reunión en los cuales me veía obligada a repartir refrescos, ayudar en la cocina o lavar los platos, siempre escuchando alguna «frasecita» que hacía hervir mi sangre, sin poder responder: «eliminar el azúcar también ayuda a perder peso», «qué lindas son las mujeres hacendosas», «a mis hijos no les faltan atenciones en esta casa». Fabián hacía que olvidara mis enojos con sus besos y caricias, y llegué a acostumbrarme a esas actitudes, pensando que, si ayudaba sin quejarme, pronto verían en mí a alguien digna de compartir su techo.

En mi casa, las cosas tampoco cambiaban. Los viernes, al salir de la oficina, nos reuníamos con los amigos de Fabián para ir a discotecas a bailar y tomar. Y, el sábado, iniciaban las peroratas de mis padres: «estás despilfarrando tu sueldo en bares», «esta es una casa honorable y llegas a esas horas de la noche», «ese enamorado es mala influencia».

Todo, absolutamente todo, se olvidaba cuando estábamos abrazados. Parecía que necesitábamos cada vez menos espacio, nos apretábamos y besábamos con más intensidad. Así fue como, en la celebración de nuestro segundo aniversario de enamorados, decidimos irnos a vivir juntos. Ninguno de los dos necesitaba un papel que nos dijera que nos pertenecíamos el uno al otro y, con mi sueldo, podía pagar un pequeño apartamento hasta que Fabián consiguiera un empleo fijo.

En mi cuerpo, sentía la necesidad de entregarme por completo. Las pocas horas que pasábamos juntos no eran suficientes. Miles de vocecitas en mi cabeza lanzaban alarmas y consejos, pero estaba segura de que, con esta decisión, mi «felices para siempre» estaba por iniciar.

¿Cuento o pesadilla?

Así, di inicio al segundo acto de mi chiste personal. Cuando algo no va bien en tu relación, la formalizas esperando que las aristas que te pinchan cuando la abrazas se limen por el contacto diario con aquel a quien amas con locura. ¿Creen que eso sirve?

Un soleado día de febrero, cerré el trato para el alquiler de nuestro departamento. Tenía el tamaño de una caja de fósforos. En el último piso de un edificio de seis plantas, contaba con una mínima cocina, sala y comedor juntos, un ínfimo cuarto de baño y una habitación en la que únicamente entraba la cama. Pese a ello, y gracias a los colores de las paredes en tonos rosas y turquesas con vetas doradas, tenía un aspecto moderno y acogedor, claro está, dejando de lado que los muebles, por el momento, fuesen cajas y cojines.

Cuando llegó el día de mudarnos, mi madre estaba desconsolada. Me dijo que esperaba que no me arrepintiera de *una decisión tan estúpida*. Las mujeres de la familia se habían casado ante Dios y yo era una *irrespetuosa* con la familia por irme a vivir sin cumplir con tan sagrado sacramento. Cayeron en saco roto todos mis argumentos de que ahora la vida era así, que pertenecíamos a una era moderna y el matrimonio llegaría solo si lo viéramos necesario. Por su parte, mi padre y Micaela se esforzaron por ayudarme en los aspectos tanto materiales como anímicos, asegurándome que, si necesitaba algo, no dudara en contarles. Mi padre fue muy enfático cuando me dijo:

—Si algo sale mal con Fabián, tu cuarto estará esperándote, *mija*, sabes que aquí no te faltará nada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y abracé a mi papi con mucha fuerza, pero estaba decidida a irme con el amor de mi vida y disfrutar del cuento de hadas con el que siempre había soñado. Ningún consejo propio o ajeno —porque mi ser racional seguía lanzando alertas cada cinco minutos— me podía hacer entrar en razón en aquel momento.

Tomé las últimas cosas que quedaban en mi cuarto y me embarqué en un taxi rumbo a mi nuevo hogar. Allí estaba Fabián, en la puerta, con un ramo de rosas, esperándome. Su mirada era muy intensa y sentí mi corazón palpar más deprisa. Me entregó las rosas, besándome con pasión. Tomó mis paquetes, subimos a toda prisa los tramos de escaleras y cerró la puerta. El equipaje quedó en el piso y su mirada se intensificó a tal punto que me derretía. Me dirigió suavemente a la habitación y, cuando los besos iniciaron, no quisimos, ni pudimos, pararlos.

—Te dije que quería ser tu primer todo, Vane.

Su aliento rozaba mi piel y emitía descargas eléctricas a través de mi torrente sanguíneo. Mis manos descubrieron su independencia y encontraron entrada en la camiseta de Fabián, subiendo por su espalda y pasando a su pecho y abdomen marcados. Él se sacó la camiseta de un tirón para que pudiera seguir explorando su cuerpo y me miró para que hiciera lo mismo. El pudor que podía haber sentido, se esfumó. Confiaba ciegamente en mi amor por él y obedecí, desprendiéndome de mi camiseta. Besó mi cuello y dirigió sus hábiles labios a mi pecho. Sus manos, luego de soltar mi sujetador, recorrían mi espalda y mis prominentes caderas, subiendo por mi abdomen y levantando mis pechos para poder besarlos a su antojo. Sin previo aviso, me tumbó sobre el colchón y continuamos la exploración de nuestros cuerpos, cayeron los pantalones y luego los pantis y, así, desnuda, no tuve vergüenza de mi cuerpo con sus libras de más. Solo importaba Fabián: su boca, sus manos y su calor. Cuando sentí la penetración y el

dolor que ello implica, di un respingo, pero Fabián pareció no notarlo y siguió más y más fuerte hasta que, sin previo aviso, salió de mí y, sonriendo, me dijo:

—No queremos hijos aún.

Se dirigió al minúsculo baño, se lavó y regresó a la cama. Mientras tanto, yo había buscado la sábana para cubrir mi cuerpo, al sentir nuevamente vergüenza de las lonjitas que se formaban en mi contorno. Fabián tampoco lo notó y se acurrucó junto a mí, abrazándome fuerte.

—Te amo, Vane.

—También te amo. Era la primera vez que esa frase salía de mis labios y me sentí plena y feliz, estaba viviendo mi cuento de hadas.

Mi primera experiencia sexual fue casi como me la había imaginado en mis novelas personales, dando así por inaugurada una vida en la que me creía completa. Me ilusionaba pensar que, con Fabián, tendría hijos y una familia estable como la de mis padres. Esa noche, antes de entrar en el sueño verdadero, mis ilusiones me llevaron a imaginar mi futuro, con una casa hermosa, rodeada de césped y muchas plantas, niños sonrientes corriendo tras pelotas o globos, y mi amado y yo sentados, abrazados, muy juntos, diciéndonos cuánto nos amábamos. No podía estar más equivocada.

Los días siguientes se sucedieron entre el trabajo, mis nuevas obligaciones en el hogar y el amor compartido con Fabián por las noches. Al no tener experiencias previas, imaginé que lo que teníamos era mágico, me encantaban sus caricias y besos. Seguía sintiendo un dolor que mi mente llegó a asociar con placer, aunque mi cuerpo se llenaba de una expectación que no llegaba a descifrar y, luego, todo terminaba. Aun así, lo disfrutaba y Fabián se veía siempre satisfecho.

Por un par de años, pasamos disfrutando la recién adquirida rutina. Con altos y bajos, vivíamos enamorados o, por lo menos, eso me repetía cada vez que me miraba al espejo y notaba mi rostro triste y cansado. Todos los días, recordaba lo feliz que pensé ser al mudarnos juntos, las aventuras y el amor que compartiríamos. Sin embargo, nada es como lo pintan. Ni siquiera estábamos compartiendo las tareas del hogar. No me creo una feminista, solo sostengo firmemente que hombres y mujeres tienen la misma capacidad para las tareas domésticas, y así lo habíamos acordado. Fabián, en un inicio, cumplía su parte, lavando los platos y barriendo nuestra minúscula morada, pero luego empezaron a decorar la cocina pilas de trastes sucios y las pelusas de polvo se acumulaban en las esquinas de nuestro departamento, haciendo que siempre terminara mi jornada agotada tras limpiar todo yo misma.

Mi madre me repetía «tanto va el cántaro al agua...». Un día de marzo, que había sido particularmente pesado en el trabajo, me sentí ese cántaro. Al llegar a casa, encontré a Fabián tumbado ante el televisor y la conocida pila de platos sucios riéndose de mí en la cocina. Terminamos la cena que había comprado de camino y me preparé a lavar los platos. Al tomar el primero, una oleada de ira invadió mi ser, me rompí:

—¡Es el colmo! -grité, tirando el plato, que se hizo trizas en el fregadero-. No me apoyas con ninguna tarea de la casa y van meses sin que consigas empleo, ¿qué te pasas haciendo todo el día?

—Vanessa, no me grites, tranquilízate -había calma en su tono de voz, aunque sus ojos se habían tornado serios y duros-. En primer lugar, sí trabajo, hago proyectos independientes con mis amigos, ¿o no te has dado cuenta del dinero que apporto? En segundo lugar, la casa no se va a caer de sucia, eres una exagerada, ponerte a gritar como loca por unos pocos trastes del desayuno.

—No son solo los platos del desayuno -seguí, más indignada si cabe por el quemeimportismo de su voz-, también están los de la cena que ayer te preparé y que ofreciste lavar; además, está el

polvo en toda la casa, la ropa sucia en el piso del baño. Fabián, sabes que no me gusta vivir así.

—A ver -se plantó frente a mí con el ceño muy fruncido-, no empezarás con locuras y reclamos, no me gusta nada ese tono de mandona que estás utilizando, yo sabré a qué hora hago las cosas de la casa, si es que las hago. Eres mujer, a ti se te da mejor eso que a mí; en mi casa todo marchaba bien porque mi mamá nunca se quejaba como tú por simples platos que tienes que fregar.

—No soy tu mamá ni tu criada para hacer todo; quedamos en que íbamos a compartir las tareas de la casa, los dos vivimos aquí, ¿recuerdas?

—¿O sea que, además de trabajar, quieres que sea el criado? Estás loca, mejor me voy con mis amigos a tomar unas cervezas -sin dejarme contestar, tomó su chompa y salió echando chispas.

Empecé a llorar de rabia por su actitud, porque no le importó mi cansancio del día, ni parecía recordar nuestro acuerdo previo. Entre sollozos, recogí los trozos del plato que rompí, maldiciendo haberme desquitado con la poca vajilla que teníamos, y continué con las tareas de limpieza. A las nueve de la noche, pensé que llegaría más tranquilo, y me puse a ver una de mis películas favoritas para despejar la mente. Seguía llorando, ahora también por los sufrimientos de la protagonista, y Fabián no aparecía. Me puse el pijama y me preparé a dormir. Nunca se había demorado tanto con sus amigos y eso no me gustaba. Las lágrimas no cesaron, hasta que me quedé dormida. En la madrugada, me sobresaltó el ruido de la cocina. Me levanté asustada, entreabrí la puerta de la habitación y miré a Fabián, que estaba preparándose un sánduche. El reloj de la habitación marcaba un poco más de las doce de la noche. Esperé que llegara al dormitorio sin dar señales de estar despierta.

—Vane, llegué, perdóname por la hora, era el cumpleaños de Hugo y no me dejaban salir -el mal humor parecía habersele esfumado, dando paso a una tranquilidad con olor a cerveza y a algo más fuerte que no logré identificar.

Se tumbó a mi lado y empezó a besar mi cuello y deslizar sus manos bajo mi pijama. No tenía la menor intención de ceder ante sus caricias, mientras que Fabián actuaba como ensordecido: a cada *¡no!*, intensificaba sus besos y sus palabras de amor y no pude más que deshacerme nuevamente en sus brazos.

Fue una de las tantas escenas similares que se repitieron durante otros años, período en el que se sumaron a mi,

de por sí, escueto amor propio, sutiles referencias a lo holgado y feo de mi guardarropa, a mi manera de reírme, a mi falta de sentido del humor y una lista de defectos que ni sabía que tenía o que fueran tales: «lees demasiado, deberías pasar más tiempo conmigo y no dedicada a esos libros tontos», «no estás en la universidad para que estudies tanto».

Otro aspecto que fue incrementando con los años eran las críticas puras y duras de parte y parte, sumadas a los consejos, sugerencias y frases hirientes de las familias. Parecía que nos iba desgastando, sacando a pedacitos esa pátina tan linda que me había empeñado en colocar en nuestra relación. Siempre que alguien me decía que me veía cansada o triste, contestaba que no era nada, que era muy feliz porque estaba con el amor de mi vida. Me negaba a abrirme con la gente. En mi trabajo, evité hacer amigos verdaderos, por lo que no tenía con quién sincerarme y buscar ayuda, además de que me sentía tonta al querer que alguien me aconsejara cómo mejorar algo que, según lo promocionaba, era lo mejor que me había pasado.

A medida que mi autoestima bajaba, mi rendimiento laboral crecía. Pasaba las horas en oficina empeñada en dar lo mejor de mí, en demostrar que valía para algo, que mi inteligencia seguía intacta. Mis jefes siempre tenían palabras gratas para mi desempeño y llegué a ser, incluso, una guía para los nuevos empleados, lo que me hacía sentir mejor y contrarrestaba en parte las voces

que me decían que era poca cosa.

Con el tiempo, Fabián encontró trabajo estable como analista en una institución de gobierno. Le pagaban viajes al interior del país, que lo obligaban a irse dos o tres días seguidos, dejándome sola con mis intentos de colorear nuevamente de rosa mi vida.

En los días en que me quedaba sola en el departamento, me sentía culpable por la tranquilidad que me inundaba, era libre para leer, ver las películas que me gustaban en el idioma que quisiera, podía comer las papitas y los plátanos que se me antojaran sin que una persona criticara mi mala alimentación. Incluso, podía sentarme en el sillón de la sala a contemplar, desde la ventana, las montañas que se extendían como mantas dejadas con desdén, con sus miles de parches de colores, y los edificios y casas que brillaban con los rayos de sol que caían perpendiculares en Quito, o bien bajaban sus frentes para capear las tempestades en los meses de invierno. Me perdía en mis ensoñaciones y en la contemplación del pasado para identificar en dónde había perdido el camino, por dónde había errado el paso poniéndome en una situación que no me hacía feliz.

Los días pasaban y pesaban sobre mí. No me sentía una chica a punto de llegar a los treinta, sino una mujer de cien o más años, cansada de su vida y con deseos de salir de ella por la puerta que se le presentara. Pero, claro, para el exterior, era la activa y trabajadora Vanessa, que podía con las responsabilidades de casa y de oficina.

En el que no sabía que sería uno de los últimos años de mi relación, gracias a los avances de la tecnología y a nuestro creciente patrimonio compartido, adquirimos teléfonos celulares y hablábamos todas las noches cuando Fabián salía. Escuchaba siempre lo mucho que me amaba y extrañaba, sin embargo, al regresar de sus viajes lo notaba distraído y ansioso por tener sexo, que cada vez disfrutaba él solo.

—¿Es mi idea o estás más gordita? -preguntó una noche, después de lavarse, mirándome no con los ojos que me devoraban, sino con pena.

—No creo haber subido de peso, ¿por qué lo dices?

—Me pareció, no es nada...

Esa conversación se quedó marcada a fuego en mi mente. Siempre tuve unas libras de más, pero ahora me sentía una ballena, así que decidí hacer dieta e incorporar una rutina de ejercicios a mi apretada agenda. Además, fue el ladrillo que terminó de cubrir la pared con la que me separé del mundo. No me sentía digna de ser mirada, me atrincheré tras el gran muro de miedo y odio hacia mí misma y me olvidé de quién era Vanessa.

Mientras esto pasaba, mi compañero parecía abstraído, disfrutando su juventud y el dinero que entraba a nuestras cuentas. Las salidas con los amigos incrementaron, conmigo siempre excluida porque ahora Fabián me tildaba de aburrida y exagerada. La verdad sea dicha, siempre estaba cansada y prefería quedarme en casa. Mi rutina iniciaba muy temprano en la mañana, preparando el desayuno y mi almuerzo, porque, obviamente, Fabián almorzaba en casa de su madre. Luego, trabajaba hasta las cinco y llegaba a nuestro «*nido de amor*» a hacer de Cenicienta. Qué ironía, seguía viviendo en un cuento de hadas, pero no en la parte del «*felices para siempre*».

En las noches de fiesta, Fabián se transformaba en un troglodita. Ante cada reclamo mío por la hora cada vez más tardía de llegada, me besaba con una pasión frenética y hacía el amor con la fuerza que le imbuía el alcohol, dejándome enojada, adolorida y cada vez más insatisfecha.

Mis neuronas racionales me decían que debía salir de esa relación que no me estaba aportando nada, pero mi niña de quince años insistía en que Fabián era el amor de mi vida, el único hombre que me amaba y al cual podría amar. Me pintaba futuros felices siempre y cuando yo dejara de reclamar y aceptara, sumisa, las nuevas actitudes de mi príncipe azul. Así lo hice, dejé de

reclamar, acepté mi condición de mujer gorda, fea y aburrida, esforzándome aún más por tener nuestro hogar pulcro, cosa para la que me creía medianamente apta. Incluso, aprendí a cocinar algunas recetas para que almorzara en casa y no tuviera que correr a donde su madre, que lo alimentaba con manjares de los dioses. Todo, para intentar retornar a esa vida que imaginé cuando firmé el contrato de arrendamiento, para dar gusto a mi niña interior que mendigaba el amor de Fabián.

Cada plato fregado, cada pasada de la escoba, cada polvo aspirado y comida preparada, terminaron de opacarme. Mi papá solía siempre decir que yo era la luz de la casa porque era fuerte, viva e independiente. En esta etapa de mi vida, no llegaba ni a rescoldo, apenas con la fuerza suficiente para empezar un nuevo día.

—Vane, cada vez te veo más apagada. ¿Estás segura de que las cosas van bien con Fabián?

—Claro, Mica, solo que eso de ser ama de casa y mujer trabajadora ha sido más duro de lo que creí. No sé cómo mamá lo ha hecho tantos años.

—Porque ha tenido siempre el apoyo de papá y el nuestro. ¿Por qué no hablas con Fabián y que te ayude un poco más?

—Buena idea, hoy le voy a decir que me ayude -«si Mica supiera», era lo que decía para mis adentros, «*si ella hubiese asistido a mis múltiples intentos de arreglar esa parte de mi vida*».

—Sí, hermana, no puedes pasarte fregando pisos y trabajando, eso no es vida. Salgamos este viernes por unas cervecitas, tengo un nuevo novio y quiero que lo conozcas. Iremos los cuatro al bar que queda por la Ñaquito.

—Hecho. Me encanta la idea de salir con tu nueva pesca, *ñañita* picarona.

Ver a Micaela feliz era uno de los bálsamos que hacían llevadera mi vida.

—Excelente, el viernes a las ocho en el Bar *Cinnamon Rock*.

Salir y despejar mi mente era lo que necesitaba. Estaba muy emocionada ante la perspectiva de cambiar de ambiente y disfrutar una noche de fiesta. Esperé para decirle a Fabián de la cita que teníamos. Cuando llegó, estaba un poco mareado, lo que me sorprendió porque era miércoles.

—Amor, hoy me pasé un rato por la casa de mis papás y Mica me contó que tiene un nuevo novio. Quedamos en salir el viernes los cuatro para conocerlo.

—El viernes no puedo, quedé con Hugo para ver la semifinal, no deberías estar haciendo planes sin decirme antes.

—Creo que eso aplica para los dos. ¿No crees que debes también decirme que tienes compromisos que no me incluyen?

—No empieces. ¿Para qué te voy a incluir, si siempre pones mala cara cuando se trata de Hugo?

—Pongo mala cara porque, desde que sales con él, solo pasas tomando y nunca salimos solos como pareja. Ahorita, por ejemplo, tienes olor a licor, y es miércoles.

—Tranquilízate, Vanessa, no me gusta que me estés reclamando todo el tiempo. Hoy fue el cumpleaños de un compañero de oficina y teníamos que celebrar.

—OK, no quiero más peleas. Le diré a Mica que no puedes ir.

—No *podemos* ir, querrás decir.

—¿Cómo? —siempre había evitado salir sola porque se vería mal que una mujer comprometida saliera con los amigos de la oficina, pero evitar salir con mi hermana me parecía de lo más absurdo.

—Ya dije que no vamos con tu hermana.

—No te entiendo, Fabián. ¿Tú sí puedes salir de fiesta el viernes y yo no? -admito que mi tono

de voz había subido varios, bueno, miles de decibeles, pero nunca imaginé lo que vendría.

Fabián me tomó de los hombros, sacudiéndome por cada frase y gritando tan fuerte que mi estómago se encogió y estuve a punto de vomitar.

—Es lo que dije. Eres mi mujer, no una cualquiera que sale de fiesta sola. No estás buscando marido, ¿para qué vas a salir? Es la última vez que me gritas, Vanessa. En mi casa, me enseñaron que a los hombres se los respeta, ¡carajo!

Salió, dando un portazo. Me desplomé en el piso de la cocina. Mis piernas eran incapaces de sostener el peso de mi cuerpo y de mi miedo. Poco a poco, fui incorporándome y adoptando una decisión. Como fuera, iría a la cita con mi hermana. Fabián no podía tratarme así.

Cuando llegó en la madrugada, buscó nuevamente reconciliarse con besos y caricias, a los que me negué con toda la fuerza de la que fui capaz. Muy molesto, masculló algún epíteto que no logré descifrar, y se quedó dormido. Jueves y viernes, no cruzamos palabras. Madrugué más de lo normal y salí, sin preparar ni arreglar nada, directo a una cafetería para esperar la hora de entrada a mi lugar de trabajo. El día de fiesta con mi hermana, me dirigí a casa de nuestros padres para que Micaela hiciera su magia con el maquillaje, inventando una excusa absurda para la ausencia de Fabián. Micaela estaba feliz por salir juntas y me dijo que su novio nos cuidaría. Con mi cara de póker, seguí la corriente y, en verdad, disfruté la noche, tomando una o dos cervezas de más.

Muy inmersa en mi rol de Cenicienta, llegué a la casa antes de las doce, pero los corceles habían desaparecido y el príncipe azul se había convertido en una fiera que me miraba con ojos de fuego.

—¿Así vamos a jugar, Vanessa?

—La vida no es un juego, Fabián.

—No te hagas la inteligente conmigo, te dije que no fueras a un bar con tu hermana. Pero, como no te importa, también voy a hacer lo que me venga en gana.

—¿No es lo que haces siempre, dejándome encerrada en casa mientras vas de fiesta a quién sabe dónde?

—Soy hombre, puedo salir y no hago nada malo.

Sentí que el mal presentimiento que venía dando destellos de su horrible presencia ahora recorría mi espalda más intenso y frío. *Nada malo*. ¿Por qué había hecho tanto énfasis en eso?

Desde esa noche, Fabián cumplió su palabra. No solo salía los viernes, sino miércoles y sábados, y buscaba aún más comisiones para ir a otras ciudades. No dejaba de decir que me amaba, que estaba atravesando una temporada difícil, que le tuviera paciencia porque estaba seguro de querer pasar el resto de su vida conmigo, que las salidas eran por compromisos de su oficina... Pero ese presentimiento ponía en mi pecho un peso cada vez más difícil de sobrellevar.

Amigos, no se equivocan cuando piensan que las mujeres tenemos un poco de brujas. La intuición, el sexto sentido o como quieran llamarlo, siempre nos envía alertas y nosotras somos tan ilusas de pensar que las cosas ocurren sin previo aviso. Las señales estaban allí, sirenas y brillantes colores de alerta siempre estuvieron presentes. El miércoles, muy temprano por la mañana, llegó la confirmación, aunque en ese momento pensé que era una sorpresa. Tomó dos o tres segundos para que mi mundo terminara de derrumbarse. Fabián había entrado a bañarse, olvidando llevar su celular, que emitió un pitido antes de mostrar en la pantalla un nombre de mujer con el mensaje: «*Fabi, me encantó tu regalo, te espero con ansias*».

Me quedé contemplando cómo desaparecía el mensaje y, con él, varios años de mi vida. Descubrí el verdadero dolor. Los médicos y los entendidos en fisiología repiten siempre que el corazón no duele, pero por mi experiencia les digo, en mayúsculas, «*ESTÁN EQUIVOCADOS*»:

el corazón duele, todo el pecho duele como amenazando a explotar, en una mezcla de miedo, decepción, ira, un cúmulo de sentimientos que se instalan en medio de las costillas. Al menos, así fue mi tormento al leer el mensaje.

Cuando enfrenté a Fabián, sus palabras desmentían mi hallazgo con los típicos «estás loca», «es una conocida», «no hago nada malo», pero la traición estaba allí, con sus colores. Y yo lo sabía, lo había sospechado y ahora lo comprobaba por la cara de culpabilidad de quien imaginé sería mi compañero en las buenas y en las malas.

Siguió vistiéndose, como si no hubiese pasado nada. Me dijo que, al volver de la comisión, hablaríamos. Y salió, dejando mi corazón consumirse en las llamas de su desamor.

¿Por qué no salí en ese momento del departamento para jamás volver? Ni yo misma lo sé. ¿Por qué no aproveché ese momento para librarme de una relación que lo único que hacía era mermar mi confianza y mi autoestima? ¿Quería que él me explicara, que me convenciera de que estaba loca? ¿Quería complacer a mi niña de quince años y demostrarle que el amor era para siempre, aunque doliera o hiriese? Tal vez era eso, necesitaba volver a sentir que me amaba, como me lo recalaba todos los días en sus cortas llamadas telefónicas. Así que esperé, contra todo pronóstico de mi ser racional, que al regresar de su comisión se arreglaran las cosas y que no fuera un romance lo que terminara con nuestra unión, eso no encajaba en el guion de mi cuento.

Al segundo día de su comisión, encontré entre mis papeles de la oficina una carpeta que contenía los informes de un proyecto del cual el equipo de Fabián estaba encargado y, según el cronograma adjunto, debía ser presentado a su jefe en esa semana. Me preocupé de que esto le afectara de alguna manera y decidí pasar por su trabajo de camino a mi oficina y entregarla a alguno de sus compañeros.

—Buenas tardes, disculpe, ¿la oficina de Fabián Peñaloza?

La señorita de la recepción tomó el teléfono y anunció mi llegada al departamento en que trabajaba Fabián. Enseguida, se presentó uno de sus compañeros, a quien yo conocía de la única cena navideña que habíamos compartido, hacía un año. El aludido, en ese momento, me miraba con expresión de extrañeza.

—¡Vanessa, qué sorpresa verte por aquí! Pensé que sus vacaciones terminaban el lunes.

—¿Vacaciones...? -con mi pregunta, el hombre pareció palidecer más que un fantasma, balbuceó alguna explicación ridícula mientras yo le entregaba tranquilamente la carpeta y me dirigía fuera de la institución sin decir ni una palabra. Se me hizo fácil no desmoronarme de camino a la salida. Me di cuenta de que no había nada más que romper.

Tomé un taxi y me dirigí a casa. Llamé a mi jefe para excusarme por no poder asistir a trabajar. En mi habitación, me tumbé en la cama, sin lágrimas ni quejas. Sentí que mi corazón consumía el sentimiento que albergaba, transformándose en una caldera en su punto máximo de ebullición. Se agrandó de tal forma que ocupó mi pecho, en un dolor real, no literario o imaginario. Pensé que así debían sentirse los ataques cardíacos, pero lo que menos me importaba era si caía fulminada, para mí era mejor, la vida se me había terminado.

Las llamas que me estaban consumiendo terminaron con el amor guardado para esa persona por la que hubiera dado la vida y por la que cambié tanto esperando complacer. Al extinguirse, quedó ese espacio negro y vacío, un agujero de nada, con paredes que rezumaban odio, rencor y miedo de volver a infartarse.

Eso sentí al momento de descubrir o, más bien, de volver a comprobar la mentira y la traición. El agujero que antes había sido mi pecho palpitaba con un dolor tan agudo y angustiante, que me privó de la belleza de la vida, del deseo de comer, de existir. Me anclé a la vida por ese sueño ridículo de volver a sentir que tenía corazón.

Al día siguiente, tampoco pude asistir a trabajar. Puesto que no había consumido alimentos, me sentía demasiado débil y no estaba lista para que mis compañeros de trabajo vieran el estado en que me encontraba. Aproveché los dos días que tenía frente a mí antes de la llegada de Fabián de sus «hermosas vacaciones» y, como un ritual personal, fui rompiendo uno a uno los regalos y cartas que había atesorado durante nuestra relación. Saqué todo en una bolsa de basura, representación exacta de la imagen que tenía de mí misma en ese momento. Las lágrimas se habían terminado y mi cuerpo también empezó a secarse, privado de ilusión por la vida, y de luto por un futuro feliz que ya nunca sería.

El domingo por la tarde, Fabián regresó. Su semblante era de total felicidad. Estaba tan pagado de sí mismo que no se percató de mi cambio, sin siquiera inmutarse cuando le pregunté cómo habían estado sus vacaciones, ni al ver mis maletas en la sala.

—Tienes quince días para desocupar el departamento, cancelé el contrato que teníamos y el dueño de casa lo arrendó a otra familia. Espero que tu vida con Alexandra sea tan bonita como tus vacaciones. No quiero verte nunca más en mi vida. Lo que queda en la casa, aunque lo hayamos hecho juntos, te lo regalo, no son más que testigos de tu traición y machismo.

El hombre que había sido mi todo me dejó hablar sin interrupciones, mirándome con sus renovados ojos de arrogancia que tanto aborrecía en la universidad y que siempre habían estado allí, velados por mi idea absurda de verlo como el amor de mi vida.

Capullo

No sé cómo bajé las gradas sin desbaratarme por el camino. Abrí la puerta principal y me detuve en la calle, aferrándome a mis maletas. En ese momento, eran lo único que me sostenía en el presente. Estaba totalmente vacía, sin sueños, sin futuro y sin amor. Todo se derrumbó en ese instante en que nuestros caminos se separaron, lo que me rodeaba se tornó extraño, como un mundo desteñido en el cual hasta los sonidos sobaban.

Tomé un taxi y me dirigí al refugio de mi infancia. Cuando llegué a casa de mis padres, me quedé en la puerta, indecisa ante dar ese paso y cruzar el umbral. Pensaba que, al expresar verbalmente la traición de Fabián, todo sería irreversible, sería real. Mi padre me encontró allí, parada como una estatua, y suavemente me dirigió al comedor, el sitio más cálido de la casa, lugar de los consejos y las risas luego de las comidas. No me dijo nada, solo tomó mis maletas, las llevó a mi habitación y preparó café.

—Toma, Vanessita, esto te calentará —no me había dado cuenta de que estaba temblando, aunque no precisamente por el frío.

Tomé el café amargo como mi vida en ese momento. Su calor caía en saco roto. El gran vacío entre mis costillas no aceptaba ningún placer externo. Mi papá seguía observándome con ternura, esperando que mi aturdimiento pasara y le pudiera explicar qué hacía ahí con mis maletas y esa expresión desolada.

—Todo terminó, papá, es lo único que le puedo decir, no me pida explicaciones.

—Eso sí que no, Vanessa -se acercó y me abrazó muy fuerte-. No todo terminó. Tu relación con Fabián puede estar acabada, pero tu vida sigue y tu familia también.

En ese momento, llegaron mi madre y Micaela. Puedo imaginar su sorpresa al verme allí, pálida y seca como una vela sin mecha, pero no tuvieron oportunidad de hacer preguntas, pues la expresión de papá las cortó en seco. Micaela corrió a abrazarme y mi mamá me dio unas palmadas en la espalda, indicándome que fuera a mi cuarto a descansar hasta que estuviera la comida. Contrario a lo que mi Vanessa del pasado hubiese esperado, no derramé ni una lágrima, simplemente obedecí sin decir palabra y me desplomé en la cama, sin ánimos tan siquiera para retirarme los zapatos.

No me percaté del tiempo que transcurrió. Volví a la realidad cuando Micaela se acercó suavemente y empezó a acariciar mi cabello, susurrando que la cena estaba lista. Con los mismos movimientos mecánicos que me habían llevado a la habitación, mis piernas me dirigieron de vuelta al comedor, con la cabeza en una especie de limbo en el que flotaba entre recuerdos e imágenes de futuros que colapsaban como castillos de arena.

Sentada a la mesa, seguía ausente, imaginaba que si no salían de mi boca las palabras que anunciaran mi separación, pronto vería a Fabián atravesar la puerta pidiéndome perdón y asegurándome que me amaría para toda la vida. Mis padres y hermana respetaron mi estado y platicaban de cosas intrascendentes mientras yo pasaba la comida de un lugar a otro del plato sin poder llevarme nada a la boca, como se estaba haciendo costumbre desde el día fatídico en que descubrí que tenía unos hermosos adornos sobre mi frente. Lo único que me apetecía era tomar litros de café, esa energía me mantenía de pie, caso contrario, permanecía tumbada en la cama, con la mirada perdida y la mente divagando sobre aquel futuro de cuento de hadas que se diluyó entre mis manos, como el granizo cuando ha pasado la tormenta, y tratando de encontrar otros culpables, porque créanlo o no, para mí, la principal culpable era yo, con mi absurdo deseo de

una casa ordenada, mis reclamos y mis libras de más.

Con el paso de los días, mi mamá poco a poco fue indagando sobre la situación, haciéndose una idea a través de mis monosilábicas respuestas. Con ello tuvo que conformarse porque mi alma estaba cerrada a cal y canto.

Tomé tres días más de vacaciones, pensando en reponer el desorden reinante en mi cabeza e instalarme nuevamente en la vida de hija de familia, dejando atrás mi independencia y atendiendo a las tareas previamente marcadas por mi madre, sin rechistar, cumpliendo y anhelando que llegara la noche para embarcarme en mi autoinfligida tortura.

Al volver al trabajo, me enfoqué en ser, si cabe, más disciplinada y eficiente. Mis jefes me apreciaban, pese a haberme aislado aún más de lo normal. Los pocos amigos que tenía en la oficina descubrieron mi situación y me daban sus criterios, que si mejor estás sola, que si mejor vuelves con él, que ni pienses en encontrar a alguien diferente, que los hombres son iguales, que el destino dirá qué es lo que será de tu vida. La verdad es que los que me rodeaban se creían eruditos en temas del corazón, pero nadie me podía ayudar, nadie conocía el abismo que se había abierto en medio de mi pecho y que, a mis ojos, no tenía ni tendría jamás una cura, no había una bandita que lograra cubrir ese espacio creado tan abruptamente.

Con los meses que transcurrían, acepté que Fabián nunca se iba a disculpar, por dos simples posibilidades o por las dos juntas: había encontrado a una persona que satisfacía sus necesidades o era demasiado orgulloso para buscarme y reconocer el daño que me había causado. Por ello, para mi protección, grabé una frase a fuego en mi mente: «*el corazón es un simple músculo, el amor no existe*». Decidí enfocarme en lo único real que tenía a mi alcance, el trabajo.

Mi hermana, que siempre ha sido directa, buscaba enfrentarme con las posibilidades, sus palabras pasaban rozando mis neuronas, pero seguía cerrada en romantizar mi pasado, por feo que fuera.

—Vane, creo que separarte de Fabián fue lo mejor para ti, siempre te veía triste y creo que así no debe ser una relación.

—Tuvimos tiempos duros, no lo puedo negar, pero creo que pude haber arreglado las cosas antes... Aunque no sé qué más debía hacer -me sinceré.

—Nunca me contaste nada, *ñañita*, siempre te has guardado las cosas, pero conociéndote creo que diste todo e intentaste todo para hacerlo feliz, aunque eso a veces significaba alejarte de nosotros e incluso dejar de ser quien eras.

En una de mis tantas noches de tortura, recapitulando mi cuento de hadas, reflexioné sobre las palabras de Micaela y en cómo era Vanessa en el tiempo que pasé con Fabián. Se instaló en mi cabeza que llegué a sentirme una mariposa, bueno, no una *Monarca*, hermosa, grande y colorida, sino una pequeñita volando a ras de piso. Al haberme estrellado con la realidad, descubrí que nunca llegué siquiera a eso. Ahora lo veía claro, no era una mariposa, simplemente una oruga que caía impulsada por el viento. Decidí aprovechar mi reciente percepción para encerrarme en un capullo. Tomé mi dolor y lo fui entretejiendo a mi alrededor. Sabía que, por un tiempo, ese capullo iba a estar muy suave y podría ver por los resquicios cierta luz o recuerdos que detonasen nuevamente el dolor del que estaba huyendo, pero lo tendría que cuidar, renovar las capas si era necesario y, con el tiempo, se iría endureciendo hasta permitirme salir más fuerte y con otra apreciación de la vida.

Sabía que, al quedarme con mis padres, el capullo seguiría suave y vulnerable, por lo que decidí buscar trabajo en otra ciudad, poner kilómetros de distancia entre mi frustrado futuro feliz y la negrura que se había apoderado de mi pecho.

Mis padres, como era de esperar, no estaban de acuerdo con mi decisión. En el tiempo que

había transcurrido desde mi separación no habían logrado hacer que me alimentara bien o que recuperara alguna normalidad. Solo me veían cumplir mis tareas como un robot programado con tres simples comandos: «despertar–trabajar–dormir». No podían imaginarme en una ciudad lejana, sin lograr incluir, por lo menos, una comida decente al día y mantener las pocas conversaciones que me arrancaban con tirabuzón.

—*Mija*, mira cuántas libras has perdido en este tiempo, eso no está bien, tus pantalones se te están cayendo. Si te vas a otra ciudad, seguro desaparecerás o quedarás en huesos. Aquí te podemos cuidar. No entiendo por qué te empecinas en alejarte de nosotros.

—*Mamita*, no es que quiera alejarme de ustedes, solo siento que estar en esta ciudad llena de recuerdos me quita el apetito. Si tomo nuevos aires recuperaré el gusto por la comida, no se preocupe por eso.

Sabía que mi argumento en parte tenía razón. Cada calle, cada centro comercial, cada restaurante, me traía a la cabeza los momentos vividos con Fabián y hacía que mi estómago se revoliera. Reconozco que, a veces, eran recuerdos hermosos y otros más bien amargos, pero lo atesoraba por haber sido parte de mi supuesta historia de amor. Por ello, no creía que algún día recuperaría el gusto por la comida, no se diga por la vida. Todo para mí era oscuro y lo que quería era que dejaran de hurgar e intentar introducir luz en mi capullo.

Aprovechando la tecnología que nos permite conocer lugares distantes desde la comodidad de nuestras camas, encontré un trabajo a mi medida en la hermosa ciudad de Loja, lo más alejado que podía estar dentro de los límites de mi país. Me interesó, también, porque el sueldo prometido volvería casi imposible viajar con frecuencia a Quito, por lo que no tendría oportunidad de exponerme a los recuerdos de una vida que pudo ser y no fue.

Presenté mi carpeta y tuve la suerte de que mis jefes dieran buenas referencias de mi trabajo. Como contaba con algunos años de experiencia, los dueños de la empresa no me requirieron para una entrevista y, para mi sorpresa, me dieron un mes para presentarme a mi puesto de trabajo. Agradecí a Dios por abrirme esa puerta de escape y empecé a preparar lo indispensable para mi traslado.

Mis empleadores tampoco estaban felices por mi partida. Me pidieron que dejara todo en orden y tuvieron un detalle que me enterneció. Organizaron una pequeña reunión del personal y, pastel incluido, me auguraron todo tipo de éxitos para el nuevo reto laboral que había elegido. Ese gesto me animó a seguir trabajando con más ahínco, reforzando mi creencia de que en lo único que era buena era en aquello.

El día de mi partida, mi familia me acompañó al aeropuerto. Solo llevaba mi ropa porque había conseguido un apartamento amoblado, lo cual era un gran alivio. Si bien no me importaba vivir al estilo asceta, una cama y unos cuantos muebles podrían ser de utilidad.

Abracé a mis padres, no quería que sufrieran por mis problemas emocionales. Eran víctimas colaterales de la bomba que había destruido mis ilusiones, pero sentía que alejarme era lo correcto. La distancia haría que las heridas cerraran y, si algún día regresaba a Quito, me verían no con esos ojos de lástima, sino nuevamente con orgullo.

Al acercarme para abrazar a Micaela, noté sus ojos rojos y una expresión que mostraba su gran esfuerzo por no llorar.

—Vane, no tienes que alejarte de nosotros -la voz suplicante de mi hermana casi arrancó esas lágrimas que se negaban a brotar desde hacía meses-. Somos tu familia y por un idiota no deberías dejarnos atrás como si nosotros también fuésemos parte de lo que te hizo.

—*Ñañita*, sé que no son parte de lo que me pasó con Fabián. No los estoy dejando, estoy buscando una paz que aquí no encontraré. Quiero valerme por mí misma y en casa me siento otra

vez una adolescente desvalida.

—No logro entenderte, pero sabes que te apoyaré siempre. No dejes de llamarme, que yo sí necesito tu presencia.

—Y yo la tuya, nunca lo dudes -la abracé, sintiendo que una parte de mí se quedaba con ella para cuidarla.

El avión partió rumbo a mi nueva vida. Por la ventanilla, observé cómo el aparato me alejaba de la tierra. Esa sensación de vacío era parte de mí, por lo que no me aterraba como cuando era niña y tenía que apretar la mano de papá para darme valor.

El vuelo fue un poco turbulento y me encontré meditando respecto de que la vida es igual a ese tipo de viajes, subes y topas las nubes, llena de felicidad y, sin que te des cuenta, empiezan las sacudidas que te hacen despertar y ver que en cualquier momento puede terminar tu felicidad con una gran, pero gran caída o con un aterrizaje tan suave que te permite continuar hacia otro viaje tal vez menos ajetreado, como pasó en esa ocasión.

Aterrizamos sin contratiempos en el aeropuerto, ubicado en el cantón Catamayo, a unos treinta minutos en taxi de la ciudad que había escogido como mi nuevo refugio. El vehículo contratado me estaba esperando e hice el recorrido escuchando la música estridente del taxista, que me interrogó desde que colocó las maletas en el portaequipaje hasta que arribamos a la casa en la que quedaba mi departamento.

Al ingresar a Loja, le pedí que me llevara primero por la conocida Puerta de la ciudad, un desvío que estuvo feliz de tomar para que el importe de la carrera subiera, pero en mi manía por los rituales mi mente me gritaba que, si pasaba por esa puerta, sería la señal de que estaba lista para el inicio de una nueva vida.

Esta idea surgió cuando empecé mi búsqueda de trabajo y me dediqué a ver postales de la ciudad de Loja. Esta puerta, en particular, llamó mi atención. No era tan antigua, creo recordar que la habían terminado en 1998 o algo así, es decir, no tenía ni diez años cuando la atravesé. Se trata de la representación del castillo que compone el escudo de la ciudad y se supone que hace alusión a la entrada a la Amazonía, ya que, según la historia o la leyenda, de Loja partieron muchas excursiones que terminaron en asentamientos en esa parte selvática de Ecuador. Para mí, aún romántica de corazón, representaba la puerta de ingreso a un nuevo mundo, a una nueva Vanessa que quería conquistar su propia vida luego de haber sido allanada por un enemigo que casi la fulminó.

El taxista, tras el pequeño ritual de ingreso a la ciudad, me dejó en el nuevo apartamento. Bajamos las maletas y toqué el timbre. Apareció bajo el dintel la señora Carmen, la dueña de casa, una señora de unos setenta años, delgada y muy sencilla, con falda color café, blusa blanca y un saquito beige de punto. Me recordaba a mi abuelita cuando aún vivía. Su cabello gris, con algunos mechones más blancos, estaba recogido en un moño alto y bien colocado, con varias horquillas. Sus ojos pequeños, surcados alrededor por infinidad de arrugas, brillaban tras sus lentes sin marco. Su tez blanca se iluminó con una hermosa sonrisa que no me costó corresponder.

—Señorita Vanessa, qué alegría que haya venido tan temprano, así se puede acomodar con tranquilidad para que empiece su trabajo.

—Buenos días, doña Carmen, qué gusto conocerla en persona. Aproveché el vuelo de la mañana justamente para no estar muy cansada.

—Pase, pase, le enseño su departamento. Ya lo hice limpiar para que todo esté como le ofrecí por teléfono.

—Mil gracias, seguro me encantará, porque las fotografías en internet son preciosas.

—Mi nieto me ayudó con esa publicación, sabe que yo no entiendo de computadoras y esas cosas. Quién me iba a decir que alguien de Quito iba a ser mi inquilina.

—Mi mamá siempre dice que Dios pone las cosas para quien las necesita.

—Muy sabia su mamita.

Subimos un tramo de escaleras para llegar al segundo y último piso de la casa de estilo colonial. La señora Carmen sacó un juego de llaves y me hizo pasar. Las fotos, en verdad, no me habían engañado, aunque el departamento era minúsculo, era realmente acogedor. Los techos altos de madera vista, ventanas pequeñas que dejaban entrever la calle a través de visillos de color dorado, el piso también de madera pulcramente lacada que la dueña de casa se obstinaba en cubrir con feas alfombras con diseños de flores, el armario y los muebles de cocina despedían ese olor a madera vieja que, si bien es un poco agrio evoca recuerdos de la casa de los abuelos, los baños con grifería antigua que gorgoteaba en cada uso. En fin, una vez que entré, soñé con tener vestidos amplios con corsé para encajar con la decoración.

La señora Carmen se fue fascinada con mi reacción, no sin antes recomendarme que cuidara los muebles y el departamento, lo cual estaba encantada de cumplir porque veía, además de su utilidad, el valor histórico de cada una de esas preciosas piezas.

Nunca antes había estado en Loja. Aproveché la tarde para recorrer el camino que me llevaría a mi nuevo trabajo y no perderme al día siguiente, en que debía presentarme. La señora Carmen me dio instrucciones precisas y, para mi sorpresa, llegué en apenas media hora. Caminando con un propósito, no me entretuve en ensoñaciones y, más bien, pude realizar un análisis objetivo de la preciosa ciudad que me acogía. En primer lugar, puedo decir que Loja es mucho más pequeña que Quito, con sus mismos tintes de ciudad colonial que va cediendo a lo moderno, edificios altos y coloridos mezclados con casas de techos de tejas rojas o terracotas que parecen pétalos de rosas esparcidos aquí y allá. Su topografía es más bien plana, o por lo menos la parte en la que me tocó desenvolverse. Las calles del centro histórico están establecidas en forma de cuadrícula, haciendo más fácil la ubicación, aunque, claro está, en la primera etapa de mi estadía continué con mi rutina de robot, siguiendo la ruta trazada para el trabajo, sin desviarme ni a izquierda ni a derecha.

Me acoplé de inmediato a la ciudad que me recibía, desconociendo que era más un zombi que una mujer. Todos los días, sin importar el clima, hacía el recorrido a mi trabajo caminando, mirando las casas y sus colores sin atreverme a soñar siquiera en lo que podría pasar al día siguiente. En uno de estos recorridos, mirando la calzada, rememoré aquellos tiempos en los que recorría las calles de Quito al salir de la escuela de camino a casa, días en que la calzada se cubría de varios tonos por la lluvia que caía, calándome hasta los huesos. Escuchaba únicamente el sonido de mis pasos en los charcos y sentía la misma soledad y frío porque la tiniebla que ocupaba mi pecho no me permitía percibir el calor del sol que alumbraba en esa mañana de mayo.

En el trabajo, me desenvolvía con soltura. No me costaba ser meticulosa en la presentación de proyectos y en las sugerencias para mejorar procesos de la empresa. Aunque los primeros meses fueron de aprendizaje de políticas y necesidades, me di modos para poner en práctica lo aprendido y todo lo consultado y fui haciéndome un nombre, logrando que mis jefes me estimaran y me otorgaran más responsabilidades, lo que me agradaba porque así llenaba cada espacio del día, impidiendo que alguna fibra de mi capullo se moviera de su lugar.

Producto del éxito laboral, tomé la decisión de volcar toda mi capacidad en mi profesión, ingresando a una maestría a distancia. No estaba interesada en retornar a las aulas y tener que socializar con otros estudiantes, no otra vez. Para cumplir ese nuevo reto, trabajaba hasta las

cinco y me dirigía a mi departamento para continuar trabajando hasta las ocho de la noche. Me daba un respiro para recargar energías con un café, bueno, varios, en realidad, porque en Loja son deliciosos, e iniciaba mi rutina de realizar las tareas de la maestría hasta la madrugada, en que, vencida por el agotamiento físico y mental, me entregaba a sueños convulsos y pesadillas que no paraban hasta que la alarma me devolvía a un día más de rutina.

Una de las pesadillas que se repetía en esa época de mi vida, y a la cual no podía darle un significado, evocaba mi recorrido de regreso a casa, caminando por las calles conocidas del centro histórico de Quito, apretando el paso por la sensación de no pertenecer ni a ese tiempo ni a ese lugar. Se presentaba ante mí un hombre de aspecto intimidante, bajo de estatura y con ropa desgastada, sin llegar a ser harapos, quien empezaba a perseguirme. Mi mente se ponía a mil por hora. ¿Qué tenía que perder, un viejo teléfono móvil o ese sentimiento de indefensión que siempre me acompañaba? Incluso en el sueño, me sorprendía verme tomar una actitud de ataque, abalanzándome en contra del sujeto, apretando su garganta con todas mis fuerzas hasta sentir su tráquea bajo mi palma y saber que, aún si presionaba con el ánimo de causar el mayor daño posible, para ese individuo no era sino una caricia, y sus ojos y su sonrisa seguían clavados sobre mí con lascivia, lo que me decía que estaba perdida haciendo que salieran de mi garganta gritos pidiendo ayuda. Las personas que estaban en la calle se alejaban sin darse cuenta de que no tendría escapatoria, así que volvía al presente, casi todas las mañanas, empapada de sudor, con los latidos como caballos salvajes al trote en una pradera y el intenso dolor en el abismo que cargaba en medio de las costillas, tratando de recuperar el aliento y apagar el grito que se acumulaba en mí.

En mi formato de robot, no llegaba a comprender el significado de esa y otras pesadillas que lanzaban sus mensajes esperando que reaccionara. Simplemente, las trasladaba al final de mis pensamientos y activaba mi cuerpo para las tareas del día. Por ello, tampoco me percataba de que el tiempo seguía su raudo paso, solo notaba el cambio de semanas porque los miércoles o jueves tenía que «reportarme» con mi familia y, pese a no tener mayor cosa que contar, debía cumplir el ritual para que no se preocupasen más de lo necesario. Al principio, les conté lo hermoso de mi departamento y luego me enfoqué en relatar los nuevos retos que tenía en mi trabajo y maestría. Daba a mi voz una energía y entusiasmo que en realidad no sentía, con el único objetivo de no ser una carga para ellos. Varias noches, con Micaela, había caído en contradicciones, y llegó el día en que mi suspicaz hermanita me las hizo notar con su tono suave y amoroso.

—No tienes por qué ocultarme cómo te sientes, Vane, te conozco y sé que no estás bien. Recuerda que aquí me tienes para escuchar todo, lo bueno y lo malo. A los papis les puedes dorar la píldora, no a mí. Puedes desahogarte conmigo, así como te atormento con mi historia con Fernando, no te guardes todo para ti, puedes buscar ayuda si la necesitas.

—Lo siento, no quería engañarte, solo que no me gusta que me tengan lástima. De verdad estoy mejor, no debes preocuparte por mí.

—A ver, Vane, no es lástima, ¿por qué piensas eso? Es cariño y preocupación, no te confundas -siempre me asombraba lo centrada y madura que era mi hermana menor.

Otra cosa que casi olvido es que la vida no da tregua y menos a los que queremos huir de nosotros mismos. Por eso, me ponía la primera prueba: Navidad en Quito y sin Fabián. Mis padres se habían empeñado en tenerme de vuelta para la cena navideña, no hubo pero que valiera. Había encontrado excusas para declinar las invitaciones a todos los feriados desde que había llegado a Loja, pero esta vez no querían saber nada de una Vanessa ausente.

Ante el empecinamiento de mis progenitores, no me quedó alternativa que pedir permiso en el trabajo y comprar un pasaje de avión para el jueves 24 de diciembre, día que, en Ecuador, no es

feriado. En el aeropuerto, al tiempo que revisaban mi equipaje, identidad y boleto, hacía mi chequeo mental para comprobar que mi capullo estuviera lo suficientemente duro para enfrentar el torbellino de recuerdos y sensaciones que me produciría recorrer las calles de la ciudad en que nació y murió mi verdadero amor. Luego, ya en cabina, con los regalos que había comprado para mi familia y la determinación de no desmoronarme en el intento, remonté el cielo en el aparato que me llevaba de vuelta a Quito.

—*Mija* linda, bienvenida, no sabes cómo te hemos extrañado en estos meses -mi papá, siempre tan mimoso conmigo, había salido a abrirme la puerta del taxi y tomar mis maletas. Parecía que hubiese estado oteando mi llegada.

—La bendición, papito. Yo también le he extrañado mucho -lo abracé y seguí al interior de la casa, en donde estaban, aparte de mi mamá y hermana, varios familiares que no había visto en muchísimo tiempo.

—Vanessa, qué lindo que hayas podido pasar el feriado con tu familia. Es una pena que te hayas ido tan lejos, no es bueno estar sola en una ciudad ajena, te hablo por experiencia propia -mi tía, como siempre, sacaba a colación su estadía en Francia hacía mil años, pero ella seguía insistiendo que fue ayer y que lo mejor había sido regresar a su Ecuador del alma, porque la familia es lo primero.

—Solo estoy en Loja, tía Margarita, no es lo mismo, usted debió sufrir tanto por el cambio de cultura e idioma.

—Nada de eso, Vanessita, la sangre llama, y estar lejos de la familia es siempre doloroso por más que te separen pocos kilómetros o un océano.

No quise seguir discutiendo, tenía bien puesta mi máscara de mujer independiente, contenta con su nueva vida, por lo que cambié de tema, conversando sobre las maravillas de mi nuevo hogar, su deliciosa comida y, obviamente, el insuperable café, del cual había traído muestras sin imaginar que la casa de mis papás iba a estar tan llena y que tendría un pedido que me tardaría en enviar por lo menos un mes.

Avanzó la noche y, para mi tranquilidad, dejé de ser el centro de atención. Fui hacia la cocina para espiar el menú y tomar un poco de agua, y sentí que dos brazos me apretaban por la espalda. Me invadieron unos deseos intensos de llorar, una pequeña fisura se había abierto en mi capullo con el abrazo de Micaela.

—*Ñañita*, estás muy guapa tan delgada. Te cuento que te queda mejor así, aunque sigues vistiéndote como una anciana. De hecho, ese saco es igual al que trae la tía María, que tiene como ¿ochenta años?

—Ja, ja, ja, ochenta y dos, y sí me di cuenta, es igual, tenemos buen gusto ¿o qué? -reímos con ganas. Gracias a eso, las lágrimas habían desaparecido nuevamente y aprovechamos para hacer más bromas sobre mi apariencia de abuelita, para concluir que era imperativo aprovechar los dos días antes de mi retorno a Loja para mejorar mi guardarropa.

Ayudamos a mamá a pasar la comida preparada para la cena navideña y, en un esfuerzo por no hacerle sentir mal, comí, fingiendo disfrutar de cada guarnición. Luego, mi estómago me lo reprocharía, pero durante la cena mis padres estaban felices. Terminamos, y la tía María fue la encargada de dirigir la Novena. Por último, vinieron los abrazos y la entrega de presentes. A nadie pareció importarle que no hubiera traído los suficientes, abríamos los paquetes de colores con avidez, riendo por los pares de medias que la tía Margarita había previsto para cada uno de nosotros; las mías tenían conejos y zanahorias.

Cuando llegó el regalo de mi papá, mi máscara amenazó con salirse de su lugar. Era un libro antiguo, con cubierta de cuero café hermosamente decorada con letras doradas. Aunque el color

estaba desgastado, era precioso, nada más y nada menos que «El Conde de Montecristo», de Alejandro Dumas. Papá me miró y me dijo:

—Esperar y confiar, Vanessita.

Allí estaba el primer recuerdo que ingresaba entre las intrincadas hebras de mi capullo. Rememoré que la primera semana en casa, luego de mi separación, había emprendido mi primera acción para protegerme, escondiendo en un cartón, bajo la cama, mis novelas favoritas. Desde ese momento, mis ojos no se habían vuelto a posar en libros que hablaran de amor, tema que tenía catalogado entre la ciencia ficción y el esoterismo, argumentos irreales que no formaban parte de mi estructurada vida. Por eso, el roce de aquel libro me quemaba las manos. Lo aparté delicadamente, esperando que mis facciones no delataran mis verdaderos sentimientos, y agradecí a papá.

Luego del último brindis, los invitados empezaron a despedirse, algunos con claras señales de haberse excedido con el rompo navideño. Quedamos solo los cuatro, ese momento temido. Intuía que empezarían las verdaderas preguntas sobre mi estado de ánimo o las típicas alusiones a mi nueva figura desprovista de curvas, así que opté por lo más sano, huir. Me excusé en el cansancio del vuelo y corrí a encerrarme a mi habitación luego de dar las buenas noches, como una hija educada. Esperaba tener ocho o nueve horas de soledad y planificar mi estrategia para encarar los dos días que tenía ante mí.

Las paredes de mi habitación me transportaron a los años en los que amaba a Fabián. Recordaba con enojo la ilusión con la que empaqué mis cosas para irme a vivir con él. Repasaba escenas que nunca se repetirían y algunas que nunca llegaron a pasar. Afloraba mi vocabulario para decirle cuánto lo odiaba por haber desinflado el mundo feliz que quería para los dos. Pasé en vela, sin poder encontrar el interruptor con el que apagar mis ideas, recuerdos y continuos reclamos por haber sido parte de la debacle de mi relación.

Cerca de las seis de la mañana, no aguanté más y, con todo el cuidado del mundo, salí a recorrer mi barrio de la infancia. Bajé la escalinata que tantos recuerdos me traía, deslizando mis dedos por su frío barandal. Recordé el ritual, pero no podía ver a la Virgen del Panecillo y contarle mis sueños, no los tenía. Solo bajé la mirada y me encaminé hacia el parque infantil que quedaba a unas cuatro cuerdas de casa. Me senté en uno de los columpios a contemplar a los niños que salían con sus recién estrenadas bicicletas, ajenos a los dolores del corazón y las desilusiones de la vida adulta. Perdí la noción del tiempo, retornando a la realidad con la voz estridente de mi hermana.

—Vanessa, mi mamá está como loca, ¿por qué no dejaste una nota o algo?, ven pronto a desayunar.

—Lo siento, vamos -la cara de enojo de Micaela no me dio tiempo de pensar en una réplica inteligente.

Nos encaminamos juntas en silencio, sabía lo que me esperaba en casa.

—No puedes irte, así como así. ¿No has visto tantas noticias de chicas desaparecidas? Por favor, ten compasión de tus padres, que ya somos mayores, no nos des estos sustos -fue el *buenos días* de mamá.

—Perdón, mamita, la bendición. Le aseguro que no volverá a pasar, estaban tan dormidos que no me pareció cortés despertarlos por mi rutina de caminata -mentí.

—Vaya rutinas las tuyas, hasta en Navidad caminando -hizo un gesto de desaprobación y se dirigió a la cocina para ayudar a papá con el desayuno.

Micaela, más tranquila, salió en mi auxilio y me dijo que conocía una *boutique* hermosa que no cerraba en feriados. Podríamos salir en la tarde mientras nuestros padres descansaban. Accedí,

feliz de pasar tiempo con mi hermana. A eso de las tres, estábamos listas. Esperamos el taxi y tomamos rumbo hacia la avenida Amazonas, en donde se encontraba el almacén. Al entrar al establecimiento, lo primero que me impresionó fueron las gamas de colores. Mis atuendos tenían tonos negros, grises y marrones, mientras que los exhibidos eran amarillos, turquesas y rosas. Micaela rio ante mi aturdimiento y empezó a hablar con la dependienta para que me entregara todo tipo de prendas coloridas y escotadas que debía probarme sin rechistar.

—¿Estás segura de que no parezco foco con esta blusa tan amarilla?

—Ja, ja, ja, para nada, Vane, ese color hace que resalten tus ojos. Deberías llevar algo más que ropa negra. Creo que va siendo hora de dejar el luto por el idiota de Fabián.

La mención de su nombre me puso en guardia. Nadie había hablado de él por meses, excepto, claro está, mi mente que lo recordaba cada media hora.

—No es por él que llevo estos colores. Me gustan y van con mi personalidad -repliqué, no muy convencida.

—¿Tu personalidad? Déjame decirte que tu personalidad ha ido cambiando para mal. De niña, eras una mandona, siempre diciéndome que tenga cuidado, no corra, no salte, que me puedo lastimar. Luego, una chica independiente que quería conocer el mundo. Con Fabián te volviste una ostra que no salía de su casa y, ahora, una sombra que se esconde por los rincones para que nadie la vea. Te cuento que las últimas dos son las que menos me han gustado y quiero de vuelta a mi Vanessa fuerte, independiente y libre.

—No la encuentro —luego de meses de haberme abandonado, las lágrimas quemaron mis ojos y empezaron a brotar, reconocer mi debilidad las llamó sin vuelta atrás-. Se perdió en el momento en que mi mundo se rompió, nunca seré la misma, Mica, esa Vanessa desapareció, al igual que mi futuro feliz con el hombre de mi vida.

—Qué tonterías dices, Vane -su voz era de asombro por mi confesión y su abrazo me hizo sentir muy pequeña, como si ella fuera la mayor y yo una niña que necesitaba consuelo-. Fue un hombre en tu vida, no el hombre de tu vida, y definitivamente no tu vida. Tienes apenas treinta años y te estás autocondenando a una sentencia de aislamiento perpetuo. Todo puede cambiar. ¿Crees que no sufrí cuando terminé con Fernando? También pensaba que era el indicado y que me llegaría a casar con él. Pero ya ves, sigo adelante. Vendrá alguien perfecto para mí y, si no, seguiré disfrutando de la vida, lo único que realmente existe. Deberías pensar en eso.

Sequé mis lágrimas. Me sentía aliviada de que algo en mí se restableciera, aunque fuesen aquellas gotas que siempre han significado debilidad. «Por algún lado se inicia», pensé.

Entonces, repuestos los ánimos y sin lágrimas, seguimos en la búsqueda de los mejores atuendos. Mi hermana bromeaba cada cinco minutos y eso me hizo desear cambiar los colores de la paleta de mi vida. Terminé comprando la ropa sugerida por Micaela, incluida una blusa fucsia que imaginé que nunca estrenaría, pero su color me recordaría siempre su alegría.

De vuelta a casa, las palabras de mi hermana seguían resonando en mi alma, chocando con las paredes del agujero que era mi pecho: «La vida es lo único que realmente existe». No estaba viviendo, eso era un hecho comprobado. Me limitaba a ser un robot. ¿Era justa la condena que me impuse solo por una mala experiencia en el amor? La respuesta era obvia, ¿o no?

De fiesta

Mi capullo no sufrió tantos estragos como lo había previsto y el domingo, entrada la tarde, regresé a Loja con mi maleta llena de ropa por estrenar y un nuevo plan formándose en mi mente. Apenas desempaqué, y antes de que mis neuronas dejaran escapar las ideas con su típica llamada al confort de la rutina, tomé una bolsa de basura e hice una depuración del armario, sacando la ropa que, si bien era cómoda, no me favorecía. Al día siguiente, tenía que ir a trabajar, por lo que me levanté un poco más temprano, vestí un hermoso conjunto nuevo con falda gris y una blusa verde con vuelos, muy femenina, y que, a decir de Micaela, hacía ver curvas donde no las había. Me subí a mis tacones, que amaba porque me subían el ánimo, la estatura y nunca me había molestado caminar largas distancias con ellos. Tomé la bolsa, con el claro objetivo de deshacerme de ella lo más rápidamente posible para no caer en la tentación de sacar la ropa nuevamente, y me desvié de mi camino normal de día laborable para dirigirme hacia la iglesia más cercana. Me recibió una monjita con rostro muy amable a la que siempre veía en los oficios de los domingos. Me saludó más efusiva de lo normal.

—Que tenga usted unas felices navidades, gracias por su donativo, dar al prójimo sin esperar recompensa es el mejor regalo en estas fechas. Siempre que se comparten, las alegrías se multiplican.

«¿Y qué pasa con las tristezas?», pensé. Nunca había compartido la mía con nadie, simplemente me aislé y lo que pasó con Micaela en la *boutique* fue la única demostración de debilidad que me había permitido. Bueno, aparte de ser un pequeño zombi caminando por las calles de Loja. Aun así, descarté la idea de mostrarme frágil ante el mundo, mi máscara de independencia y eficiencia en el trabajo me seguiría acompañando por mucho tiempo, por lo que me concentré en el escurridizo plan que, a veces, se presentaba ante mis ojos y, otras, corría al fondo de mi cerebro llamándome, como en el juego de la «gallinita ciega».

Mascullando esos pensamientos, volví al camino que disfrutaba todos los días, con sus casas coloniales pintadas de múltiples colores que brillaban a esa hora de la mañana, aunque el cielo estaba aún gris. Miré con renovada emoción los balcones llenos de geranios que me saludaban con sus pétalos y su olor característico, diciéndome que valía la pena volver a reír honestamente, bailar y cantar. Aunque el amor no existiera, la diversión sí que lo hace.

Llegué a mi trabajo y ese buen ánimo no me abandonó. Mis compañeros me veían extrañados, como si un bicho raro me hubiese picado en Quito o tal vez imaginaron que seguía bajo los efectos del delicioso rompope navideño. No les podía contar de esa escueta idea que aún no tenía forma definida, pero sí algo de picardía que iluminaba mi rostro y hacía que mis ojos, normalmente inexpresivos, tuvieran brillo, luego de tanto tiempo apagados.

Los días pasaron volando. En Ecuador nos encanta festejar el Año Viejo, aprovechando que el primero de enero es día de descanso. Mi magro presupuesto no me permitía viajar nuevamente a Quito en avión y la perspectiva de pasar en un bus interprovincial cerca de ocho horas me nublaba la vista, por lo que estaba totalmente descartada. Así que preferí pasar sola en el cambio de año, decidiendo disfrutar de la ciudad, que se vestiría de fiesta. Salir con los compañeros del trabajo aún se me hacía difícil, por lo que decliné las invitaciones a fiestas de fin de año, optando por quedarme únicamente a la quema del «viejo» en la calle frente a la oficina, llena del entusiasmo que desprende esta tradición. Estreché en un abrazo sincero a cada compañero que se encontraba cerca, deseándole lo mejor para el nuevo año que iniciaría, y caminé tomando otra

ruta hacia mi departamento. Observé que varios corros ya estaban instalados alrededor de los monigotes, escuchando músicaailable que llamaba a disfrutar del cambio que representa la culminación de un año. Pasé frente a una tienda y, por no sé qué impulso loco, compré una botella de vino, exultante con el ritmo y la felicidad que irradiaban las personas con las que me topaba en el camino.

Sonreía a cada «viuda» y leía los carteles de los «viejos». La mayoría hacía alusión a la política ecuatoriana o a alguna noticia que llamó la atención en ese año. Me parecían ocurrentes, llenos de esa picardía de mi pueblo. Llegué a reír por alguno especialmente divertido. Me sentía en las nubes, y eso que no había ingerido nada del alcohol que tintineaba reposando en mi cartera.

Llegué a mi departamento y preparé una frugal cena, piqué un poco de papas fritas y una manzana. Encendí la pequeña radio que tenía en la cocina y empecé a bailar con las cumbias que sonaban para despedir el año. Decidí abrir la botella, cosa por demás complicada sin los implementos adecuados. No había previsto que, al no tener un sacacorchos, la apertura de un vino puede ser igual a abrir una cerradura sin la llave, pero nada podía bajar mis ánimos, estaba decidida a pasarla bien en el cambio de año.

Tras luchar con el corcho durante media hora, logré hundirlo en lugar de sacarlo. Lo importante fue el resultado: el líquido rojo cayendo en mi vaso (no tenía copas en mi minúsculo departamento), despidiendo los olores a fermento y uva que inundaron mis fosas nasales. La primera impresión al probar el vino fue de disgusto, la concentración de taninos era alta y hacía que el vino fuera amargo. Poco a poco, fui acostumbrándome al sabor y bebía mientras bailaba, colocando en mi cabeza las piezas que quería incluir en mi nuevo plan de vida para el nuevo año. Al segundo vaso, mis pensamientos empezaron a ser incoherentes, sin que ello me importara. Más bien aumentaron el ritmo de mis caderas, mientras mis brazos se alzaban trazando círculos al compás de la música.

No sé por cuánto tiempo disfruté de ese frenético movimiento. Al despertar, a la mañana siguiente, mi cabeza lanzaba punzadas desde el centro a las sienes y de regreso. Observé a mi alrededor. Estaba tumbada en el pequeño sofá de la sala. En el piso, pude observar los restos de mi «cena» y del vino que me había hecho perder el sentido. El sonido insistente de mi celular me devolvió a la realidad, lo tomé y vi que eran las ocho de la mañana.

—Mamita, la bendición, feliz año nuevo -intenté dar a mi voz cierta emoción, pero el dolor por la deshidratación no me dejaba pensar claramente.

—Vanessa, ¿qué te pasó? Eres el colmo, te hemos estado llamando desde las doce para desearte feliz año y no eres capaz de contestarnos.

—Perdón, mamita, estaba muy triste y no quería molestarles con mi continuo bajón -esperaba que la posición de víctima me granjeara su solidaridad y limitara el tiempo del sermón. Mi resaca no aguantaría una perorata muy larga.

—Sé que vives triste, *mija*, por eso te pedí que no fueras a otra ciudad, aquí estarías cuidada por nosotros.

—No se preocupe, mamita, ya me pasará. Solo fue el cambio de año lo que me afectó. Por favor, le desea lo mejor a papito y a Mica, los llamo más tarde.

—Que Dios te bendiga, *mija*, y que este sea un mejor año para ti.

—Gracias, mamita.

Sin ánimos para levantarme, decidí seguir tumbada en el sofá, pero el olor de mi reciente decoración en el piso se estaba volviendo insoportable. De mala gana, me incorporé, caminé lentamente hacia la cocina, tomé un gran vaso de agua, que en nada ayudó a la creciente sed que

sentía, me enfundé los guantes y, con los implementos de limpieza necesarios, concienzudamente desaparecí todo rastro del vino de fin de año. Luego, tomé una ducha de lo más reparadora y, vistiendo un pantalón deportivo y camiseta, preparé el café, mi compañero de la mañana.

El ruido de la televisión y de la radio me aturdían, por lo que decidí armarme de valor y empezar la lectura del libro que papá me había regalado. Una de las aristas de mi plan era volver a interesarme por la lectura. Acomodé las almohadas para dar soporte a mi espalda y, sentada en mi cama, abrí con cariño la pasta tan bella y delicada de «El Conde de Montecristo». De inmediato, como me pasó la primera vez, me enganché en tan hermosa historia, siguiendo los pasos de Edmond y su amor por Mercedes. Las horas transcurrieron y me olvidé del mundo. Estaba en Marsella y no en Loja. Se terminó mi jarra de café y eso fue lo único que logró sacarme de las letras y los sentimientos que me inspiraba esa obra clásica. Me dirigí nuevamente a la cocina y escuché golpes en la puerta.

—Buenos días, doña Carmen, que tenga un muy feliz año nuevo.

—Buenas tardes, querrá decir, señorita Vanessa, es más de la una.

—¡Oh! No me había dado cuenta de la hora.

—Le traje el recalentado para que se sirva. Imaginé que, al estar su familia tan lejos, le gustaría compartir un poco de comida casera.

—Qué amable, doña Carmen, es usted un ángel.

—Ni tanto -dijo con una sonrisa cómplice-. Solo una cristiana devota. Que tenga buen provecho y este sea un mejor año para usted.

—Cuánto le agradezco, doña Carmen.

Cerré la puerta. El delicioso olor que desprendía el recalentado me hizo recordar que no tenía más que café en mi estómago y, sin quererlo, empecé a salivar ante la expectativa del manjar. Prendí nuevamente la radio, sintonizándola en la emisora de mi preferencia, que tocaba en su mayoría música de los 80s y 90s, y me dispuse a dar buena cuenta del regalo.

Cada bocado era una delicia. El pavo había sido desmechado y revuelto con cebollas y pimientos fritos, colocados sobre una cama de papas salteadas en mantequilla y perejil. Pensé que me iba a terminar todo de un solo bocado. Mi estómago opinó lo contrario. Cuando había consumido la mitad del plato, sentí las típicas náuseas que acompañaban todos mis intentos de disfrutar de mis alimentos. Guardé el recalentado en el microondas y preparé una limonada. Decidí que era tiempo de caminar y, colocándome zapatos deportivos y una chompa, salí a disfrutar del olor a humo que inundaba la ciudad, observando las manchas oscuras de las calles que señalaban que el año había sido «bien quemado». Los pasos me dirigieron a la iglesia y entré, no muy convencida de saber para qué. Saludé a Dios, agradeciéndole por el año nuevo, poniendo en sus manos mi vida y sin querer contarle el loco plan que estaba trazando para mi nueva etapa, por miedo de que el suelo se abriera bajo mis pies y me persuadiera de seguir siendo la niña de casa de toda la vida.

Así empezó el nuevo año, con la expectativa de continuar en el trabajo que me gustaba, terminar mi maestría para tener opciones de ascenso y cambiar mi vida de acuerdo con el plan trazado entre sorbo y sorbo de vino.

Como siempre que tienes una idea fija, llega inesperadamente la pieza faltante que te hace gritar «*jeureka!*». Eso ocurrió el lunes cuatro de enero, cuando conocí a Juan, un joven egresado de economía que venía a reemplazar a uno de los compañeros del departamento financiero. Tenía una estatura más bien pequeña, pero una sonrisa enorme que iluminaba la oficina. Su piel de alabastro, ojos claros y cabello rubio lo hacían muy atractivo y las chicas quedaron prendadas del

compañero nuevo desde su presentación. Lo que más me llamó la atención fue su soltura y naturalidad. Imagino que se sabía guapo sin tener que pregonarlo o sentirse orgulloso de ello.

En la primera actualización de los procesos del departamento financiero, se sintió la sinergia que teníamos. Compartíamos las mismas ideas de mejora continua y el concepto de que lo más sencillo es lo más eficiente. Desde ese día, charlábamos siempre que podíamos, intercambiando ideas y luego, sin quererlo, anécdotas de nuestras vidas. Espontáneamente, comenzamos a almorzar juntos y nos divertíamos con las locuras de cada uno.

—Lo que te falta, Vane es, más diversión. ¿Cómo es eso de ir de la casa al trabajo y del trabajo a la casa?

—Incorporar diversión en mi vida es una de mis metas para este año, y creo que eres experto en eso. Te nombro, desde hoy, mi asesor fiestero.

—Entonces, manos a la obra. En diversión, soy un experto —aplaudía y reía ante su «nombramiento»—. Como tu nuevo asesor, recomiendo que este viernes visitemos un bar que conozco.

—Hecho, siempre y cuando no tomemos vino, no tengo buena experiencia con eso —reí para mis adentros, recordando mi locura del fin de año.

—Vino, para nada. ¿Qué somos, aristócratas? Quiero cerveza de barril y picadas.

—Ese es un muy buen plan, señor asesor.

El viernes, fui a la oficina con mi mejor pantalón de mezclilla y un saco negro con cuello de tortuga que se apretaba a mi figura, botas altas, negras también, y el cabello muy bien planchado. Recibí varias miradas en el trayecto, lo que me hizo sonrojar más de una vez.

—Esa es la pinta con la que quería verte, Vane. Estás lista para pescar un buen partido -Juan aplaudía y sonreía, como siempre que estaba emocionado; me recordaba mucho a mi hermana cuando abría regalos.

—Ja, ja, ja, no voy a ir a un bar vestida de abuela, como me dice mi hermana.

—Nunca, Vane. Ahora que me tienes de asesor, debes verte como una mujer seductora.

—Qué chistoso eres, Juan. Nunca podría ser una mujer seductora.

—¿Quién dice? Eres guapa y, si mostraras más tus curvas, todos en la oficina estarían molestándote.

—¡Guapa! No me hagas reír. Mejor cambiemos de tema. Te doy un par de horas libres de tu cargo de asesor para que trabajes. Nos vemos en el almuerzo.

—Ja, ja, ja, qué jefa tan buena eres -dijo, y se alejó entre risas.

Pasó el día de trabajo, casi sin sentirlo. Me llenaba la misma elevación que el 31 de diciembre, haciendo que todo me pareciera novedoso y lleno de oportunidades. Con Juan a mi lado, caminé hacia el bar. Mis ojos tuvieron que acostumbrarse a la penumbra que reinaba en el lugar, el olor a cerveza de barril inundaba mis sentidos y las velas lanzaban destellos de esperanza a mi oscuro pecho. Ensilenciar con la música me hizo volver a vivir, contemplaba como niña en dulcería las caras felices de las personas en el lugar. El sabor amargo de la cerveza, si bien en un inicio me hizo estremecer por la nostalgia, después se llenó de un nuevo significado con las risas de mi amigo.

Los minutos se iban sumando de manera inversamente proporcional a las cervezas. Seguía siendo pésima para esos menesteres. Juan bebía por los dos y terminó contándome sobre sus nuevas conquistas, pasando a molestarme con cada chico que miraba a nuestra mesa.

—Deberías ser más coqueta, si sigues poniendo mala cara a cada hombre que pasa, mi misión de encontrarte un galán será muy dura.

—¿Y quién dijo que quiero que me encuentres un galán? Es lo último que quiero, estoy en

plan Cyndi Lauper -con mi mejor voz, empecé a cantar *Girls just wanna have fun*.

—Está bien, vamos a divertirnos -me tomó de la mano y bailamos hasta cansarnos. Éramos una pareja muy rara, nos reíamos y abrazábamos sin señal alguna de romance.

Las salidas se hicieron continuas. Juan me inspiraba mucha confianza. Le conté mi historia con Fabián, hechos fríos, al estilo reporte de cumplimiento de procesos, sin juicios de valor y, obviamente, sin contarle de mi gran agujero o de mi capullo, algo que no podía revelar aún. Le aseguré que no quería a nadie en mi vida porque estaba convencida, sin lugar a refutaciones o hipótesis, que el amor era una ilusión absurda. Me escuchaba divertido, no compartía esas ideas sobre el amor. Pensaba firmemente que existía el *hilo rojo* que nos ataba a la persona que sería nuestra compañera o nuestra otra mitad en este mundo.

En una de las tantas noches de fiesta que compartimos, retomamos el tema.

—Ja, ja, ja, sigues con eso, amigo. Te dije que el hilo rojo es como los cuentos de hadas, historias para niños que no tienen ningún fundamento -no supe si por la influencia de la cerveza o porque realmente necesitaba gritar lo que sentía, me levanté con el vaso en alto y, a voz en cuello, el bar me escuchó-. Para iniciar este año, decidí que la vida se hizo para divertirse y a la mier... el amor y a la *mier*... ese bendito hilo rojo -tal como lo ven, por más que lo intentaba, no lograron salir las palabras completas, seguía siendo la niña reprimida de siempre, por más que tuviera alcohol envalentonándome.

—¡Salud por eso! -Juan también se levantó con su jarra de cerveza y, mirando mi mano, dijo: Aunque, igual, tienes uno pegado al dedo meñique.

Sin pensarlo, miré también mi mano, en espera de ver el hilo y los dos terminamos desternillados de la risa.

Seguimos de fiesta en fiesta. Conforme los meses transcurrían, se empezó a agrandar nuestro grupo. Se juntaron algunos compañeros del trabajo, como atraídos por la fuerza gravitacional de Juan, quien no perdía oportunidad de hacer bromas y mostrarse amigable con los que se acercaban. Yo era la primera de sus lunas. Siempre que podía, lo buscaba para compartir algún evento o idea que se me venía a la cabeza. Me encantaba escucharlo reír y me entretenían sus intentos por convencerme de que yo no era el homúnculo que mi imaginación me pintaba cuando me observaba al espejo.

Pasé a ser una persona casi normal, incluso pude entablar un par de relaciones fugaces con amigos de Juan que, por ser ocho o más años menores que yo, no llegaron a nada más que besos y caricias que no me encendían ni con un par de cervezas encima. Aun así, puedo decir que me sentía casi a gusto en mi faceta de mujer alegre y divertida.

En los reportes semanales a casa, obviaba los detalles de mis salidas, aunque mis padres debieron imaginárselas porque cada viernes tenía entre tres o cuatro llamadas perdidas en mi celular. Micaela sí conocía de mis nuevos amigos, en especial de Juan. Me animaba a seguir saliendo y se emocionaba con mi tono alegre cada vez que le refería alguna chanza de mi mejor amigo, como aquella en la que me dijo que pensaba, como alternativa para nuestras soledades, irnos a vivir juntos.

Fue una tarde en la que había terminado con una de sus tantas conquistas. Fuimos por unas cervezas para pasar el trago amargo.

—Si seguimos así, terminaremos viviendo juntos, mi querida Vane. No encuentro el otro extremo de mi hilo y tú rechazas toda idea del amor, pero pasamos de lo más divertidos juntos. Creo que eso nos haría una pareja sensacional.

—Es la verdad, con los años no notarán nuestra diferencia de edad y seremos los viejitos fiesteros del barrio.

Esa idea se me antojó divertida. Vivir con mi mejor amigo, cero hormonas que enturbiaran los sentidos, solo charlas y la confianza de una verdadera amistad por años y años. Guardé como un tesoro esa opción por si algún día podía ser canjeada.

Durante esos meses, dividí mi vida. Resultó que podía trabajar, estudiar y tener espacio para la diversión, aunque en el fondo me daba cuenta de que, por más diversión y risas, el dolor no amainaba y simplemente había adoptado otra fachada para sentirme menos presente en mi negrura. Con las salidas, empecé a tolerar mejor el alcohol, aunque me cuidaba de no dar espectáculos, pendiente de que mis horas de llegada no importunasen a la dueña de casa, para que no tuviera nada que reprocharme. Amaba mi departamento y quería ser la inquilina perfecta por muchos años más.

Así, llegó septiembre, mes de mi cumpleaños. Mi familia vino de visita el fin de semana anterior a la fecha indicada. Fuimos a comer y recorrer los lugares turísticos de Loja. Tomamos el bus de dos pisos, en el que el guía pasó mostrándonos los sitios más relevantes y haciendo que cada vez me gustara más el rincón al que había decidido huir. Micaela, conocedora de mi amistad con Juan, quería que se lo presentara e incluirlo en la pequeña celebración que estábamos teniendo. Decidí mantener a mi amigo lejos de los reproches de mis padres por mi nuevo estilo de vida, por lo que opté por inventar alguna excusa y, más bien, distraerlos con las delicias y bellezas del arte y cultura de la ciudad.

Al despedir a mis padres, sentí una cierta añoranza por la vida familiar, las comidas en conjunto en las cuales no faltaban los consejos y las anécdotas, las conversaciones en un ambiente amoroso en el que no existían juicios. Lo quería de vuelta y allí saltaba mi vocecita a decirme que no era parte de eso. Lo volví a sepultar para concentrarme en la fiesta de cumpleaños que teníamos planeada con Juan.

Mi día especial comenzó con la típica llamada de antes de las ocho de la mañana, en la cual mis padres, en conjunto con Micaela, entonaron la canción de cumpleaños y gritaron a una voz el «viva la cumpleañera». Vinieron los saludos individuales que intentaban arrancar lágrimas y, finalmente, salí a trabajar contemplando cómo Loja me brindaba un cielo azul y despejado a modo de saludo y celebración por haber alcanzado un nuevo cumpleaños. En la empresa, trabajé normalmente, recibiendo los saludos y abrazos del caso. Uno, especialmente efusivo, de mi querido amigo Juan, con quien no podía faltar la nota divertida. Muy animada, terminé mis labores y me dirigí a casa para prepararme. Me atavié con un vestido turquesa, chaqueta beige, cartera y zapatos a juego. Peiné con mucho cuidado mi cabello, que seguía muy largo, y me maquillé como *femme fatale*. A las nueve, llegó Juan, muy guapo, vestido de negro, y me miró de manera pícaro.

—Estás de infarto, Vanessa, no me hagas esto que voy a dejar de lado que seas mi mejor amiga y te raptó en este momento.

—Deja de hablar tonterías, Juan. Vamos a la fiesta -lo abracé con toda confianza y empezamos a caminar, a la espera de algún taxi.

Tomamos el primero que pasó y fuimos a nuestro bar favorito, uno de tantos que quedan en la hermosa y pintoresca calle Lourdes. Allí estaban reunidos varios de los invitados a la fiesta. Me vi aturdida por muchos abrazos y palabras de felicitación. En un momento, perdí de vista a Juan, llevada por un torbellino de amigos que me condujeron a la mitad de la pista para iniciar el baile.

Luego, lo vi aparecer tras el mostrador del bar luciendo su mejor sonrisa y portando un hermoso pastel decorado con un ovillo de hilo y la frase «*a la mier... el hilo rojo*».

—Feliz cumpleaños, Vane. Para que veas que el hilo rojo existe.

Reí con ganas. Aunque nadie entendiera por qué, me importaba poco. Miraba mi hermoso

ovillo y quise creer que podía ser verdad. Mi amigo encendió las velas y llegaron las primeras notas del «cumpleaños feliz». Con voces destempladas, cantaban, y el bar en su totalidad se unió a la celebración. Cerré los ojos y soplé las velas deseando con todas mis fuerzas que el humo se llevara consigo los recuerdos y me dejara disfrutar de mi recién adquirida vida de fiesta.

Desde ese instante, Juan no se separó de mí. Bailamos, bebimos y nos divertimos. En un momento, creí reconocer una cara del pasado que me miraba desde la esquina del bar. Mi pulso se detuvo por una fracción de segundo, pero deseché la idea ante los giros con los que Juan me arrastraba por la pista.

Estaba tan divertida que no quería abandonar la fiesta, pero se impuso mi ser racional y, con la compañía de Juan, tomé un taxi y llegué a casa pasadas las doce de la noche. Tenía que descansar algunas horas para poder ir a trabajar al día siguiente. Fue la primera noche en varios años en que el sueño no tardó en llegar y darme un respiro. Sin el sobresalto de pesadillas que me despertaran oprimiéndome el pecho o, por lo menos, sin que las recordase.

Debo ser sincera, trabajar con resaca no se lo recomiendo a nadie. La luz de la pantalla del computador lastimaba mis ojos aún rojos por la noche de fiesta. Sabía que era un error y que debí excusarme y cargar ese día a mis vacaciones, pero no quería pasar sola en casa y sabía que Juan, acostumbrado a las juergas, iría a trabajar sin mostrar señales de haberse trasnochado. En el almuerzo, se burló de mi cara de anochecida y me contó que, en la fiesta, una persona había estado de lo más extraña, mirándome desde que llegó hasta que abandonó el bar, y que se había acercado a una de nuestras invitadas a preguntarle en dónde trabajábamos. Sentí una punzada en una de las paredes de mi pecho hueco. Al regresar a la oficina, me acerqué a Raquel, quien también tenía aspecto de haberla pasado en grande la noche anterior, y le pregunté las características del hombre que la había abordado.

—Era bastante alto y fornido, con cabello un poco claro. No me pareció agradable, pero me dijo que creía conocerte de la universidad. Sabía tu nombre y todo. Cuando le pregunté por qué no te saludaba, me dijo que no quería interrumpirte con tu novio, lo cual me dio mucha risa porque solo estabas bailando con Juan.

—¿Y te preguntó algo más? ¿Te dijo su nombre o algo? -la punzada era cada vez más fuerte.

—No me dijo su nombre, solo quiso saber en qué empresa trabajamos y luego salió con cara de pocos amigos.

—Gracias, Raquelita -fue lo único que alcancé a decir y, ante su mirada atónita, corrí a mi oficina a recoger mis cosas. No podía seguir ahí.

Fantasmas del pasado

Sabía perfectamente de quién se trataba. No había sido una ilusión, lo había visto en la fiesta. No sabía qué hacer. ¿Cómo habíamos podido coincidir en un bar a más de 680 kilómetros de distancia? Nunca lo habían enviado en comisión a esta ciudad. Fue una de las razones por las que la escogí. No estaba lista para verlo sin que mi capullo se rompiera en mil pedazos y dejara a la vista esa alma dolorida y amorfa que tenía mucho que aprender y tanto más por reparar, porque, aunque sea un dicho popular y repetido hasta la saciedad, el tiempo NO lo cura todo.

Al igual que Raquel, Juan también se preocupó por mi reacción. Ese día, terminé pidiendo permiso a mis empleadores y me dirigí a casa a pensar, no quería saber de nada ni de nadie. Mi determinación estaba tambaleando. ¿Cómo era posible que, luego de casi dos años, siguiera afectándome así? Los días de fiesta, mi afán por divertirme y mi constante trabajar no habían logrado mudar ni un ápice la debilidad que sentía ante mi pasado y mi dolor.

En las gradas, me crucé con doña Carmen, quien se sorprendió por verme tan pronto de regreso a casa y, aún más, por mi tez más pálida que de costumbre.

—Señorita Vanessa, le invito a un cafecito. Aprovechando que vino tan temprano, tengo unos tamales, que hizo mi nieta, que están espectaculares.

—No me siento muy bien, doña Carmen. Dios le pague, pero quisiera irme a recostar.

—Insisto en que me acompañe, creo que le va a sentar bien –pese a su tono dulce, sentí que era una orden.

En todo el tiempo en que había sido mi arrendadora, nunca me había invitado a su departamento. Intercambiábamos saludos y uno que otro platillo en las puertas de nuestras respectivas trincheras. Me tomó por sorpresa y, obviamente, mis vocecitas interiores empezaron a soltar su retahíla de escenarios funestos. El más plausible era que me iba a pedir el departamento, enfadada por las llegadas tardías o mis salidas de fiesta casi todos los viernes. Bajé la cabeza, como lo hacía cuando mi madre se preparaba a darme un sermón, y la seguí al interior.

Ingresé y lo primero que sentí fue el delicioso aroma a café recién tostado y molido. Era como flotar en un aroma que, para mí, representaba energía y vitalidad. Cruzamos el salón principal, profusamente amoblado con varios sillones estilo Luis XV, forrados de terciopelo que en sus mejores días debió ser rojo, pero el paso del tiempo hizo que adoptara tonalidades más bien rosas, y vastos anaqueles con infinidad de figurillas de porcelana. En la mesa central, contaba con un enorme florero blanco con orejas, que tenía varias rosas amarillas y rojas. Y, al igual que en mi departamento, cubría el piso una horrible alfombra de flores.

En la cocina, la abundancia no era menor: dos grandes muebles contenían todo tipo de piezas de vajilla, tazones, ollas y jarros; en la mitad, estaba una mesita con seis sillas de madera, en las que doña Carmen me invitó a tomar asiento. Ofrecí mi ayuda para colocar las tazas o los platos, pero ella se negó rotundamente.

—Usted tranquila, señorita Vanessa, yo lo tengo todo controlado, no crea que por tener sesenta y ocho años me he vuelto inútil.

—Nunca diría eso, doña Carmen, si usted es la persona más hacendosa que conozco, bueno, aparte de mi mamá que no para de hacer cosas en la casa. Ella sí hace honor al dicho «parece lanzadera», está de arriba abajo, si no está organizando algo para su trabajo, está cuidando el jardín o arreglando algo, ustedes dos son abejitas obreras, si me perdona la comparación.

—Ja, ja, ja, usted es muy ocurrida, señorita Vanesa, lo que pasa es que, si uno no se ocupa, se preocupa —me obsequió esa mirada de abuelita que lo sabe todo—, aunque a veces uno se ocupa en cosas que no son buenas —apostilló, poniendo una humeante taza de café frente a mí.

—Sé a qué se refiere -me sentía culpable por andar de fiesta, no sé exactamente por qué, pero recordé la frase «no hago nada malo» y sentí náuseas, aunque en mi caso podía ser aplicada, nunca saldría de mis labios, estaba en mi diccionario de *malas palabras*-. ¿Puede darme hasta el fin de mes para conseguir otro departamento, por favor?

—Ja, ja, ja, señorita Vanessa, no le estoy pidiendo el departamento.

—Ah, ¿no?

—No, solo estamos conversando sobre las ocupaciones que tenemos los mayores; también vamos a comer los ricos tamales de mi nieta.

Como dicen en mi tierra, *me volvió el alma al cuerpo*. Le agradecí por la invitación y, sin ese temor inicial, empezamos a conversar de todo un poco. Descubrí que doña Carmen había enviudado hacía pocos años, luego de cuidar y educar a cuatro hijos, tres de los cuales vivían en el extranjero y el último, que estaba casado y tenía dos hijos, vivía con ella. Recordé que siempre me topaba en la mañana con ellos, saludando con la cortesía del caso, pero con ninguno había entablado una conversación, tan obsesionada con mis propios problemas y dolores.

—Cuando llegué a Loja y la vi bajarse del taxi con sus maletas y la ropa muy ancha para su cuerpo, me recordó mucho a mí. También me rompieron el corazón en mi juventud.

—¿Cómo sabe que me rompieron el corazón? —pregunté, sorprendida, porque nunca le había contado mi historia.

—Las mujeres somos iguales, nos podemos reflejar unas a otras por nuestras experiencias. Las que hemos padecido por un hombre, vemos claramente el dolor en otras.

—No lo había pensado así.

—Eso se aprende con la edad, así como a recordar las cosas que nos han pasado, sin resentimientos ni envidias.

—¿Se puede? —tanto mi tono como mi expresión denotaban duda, sabía que siempre iba a recordar mi relación con Fabián de la peor manera.

—Le voy a contar mi historia, para que sepa que se logra perdonar, aunque no olvidar. Los recuerdos son parte de nosotros, son como los colores que pone un pintor capa sobre capa para formar una obra de arte, solo debemos verlos con otra luz.

Tomó un largo trago de café, como creando el ambiente para que su historia llegara con todos sus colores y, con un tono muy dulce, empezó su relato.

Tenía catorce años cuando Efraín pasó por la calle en la que yo vivía con mis padres. Somos una familia tradicional de Loja. Nuestra casa quedaba en la calle 24 de mayo y, por allí, siempre había muchas personas que iban y venían. Todas las tardes, mi afición era sentarme en el poyo de la casa a mirar a la gente y sus atuendos, mientras fingía que bordaba o tejía alguna obra que mi mamita me había asignado.

Efraín era un muchacho tres años mayor que yo, y desde la primera vez que lo vi, mi corazón lo amó; cuando sus ojos negros se percataron de mi presencia, fui la niña más feliz del mundo, así que decidí que él iba a ser mi esposo. Como me ve, yo nunca he tenido miedo de hablar con extraños; y, al día siguiente, preparé una limonada y esperé a que Efraín pasara, me acerqué y se la ofrecí. Eso bastó para empezar a conversar.

Con el tiempo, se me declaró y me llevaba chokolatinas o flores. Era todo muy romántico. En esos tiempos, no había mensajes de celular y Efraín me escribía cartas que dejaba en el poyo cuando pasaba al colegio. Yo las retiraba con la ilusión de una niña enamorada.

En esas épocas, que un chico frecuentara a una chica sin la autorización paterna, era muy mal visto. Por eso, les conté a mis papás y, cuando Efraín se presentó, ellos estaban felices y veían con buenos ojos mi relación, porque al ser la menor de ocho hijos querían verme bien casada con un chico de buena familia.

Pasaron los años y yo estaba convencida de que nuestro amor había crecido. Al cumplir los dieciocho años, me encontraba lista para que Efraín me pidiera en matrimonio, como habíamos conversado en nuestras salidas y paseos. Con esa ilusión, planifiqué con lujo de detalle la fiesta. Pensaba que era cuestión de días para que los padres de Efraín se presentaran en mi casa a la pedida de mano y a fijar la fecha para los desposorios, pero él había trazado sus propios planes. Al ser un chico de familia adinerada, fue el periódico quien me hizo saber del anuncio de su boda. En letras muy grandes, constaba que el guapo heredero de la familia Ruiz de Castilla contraería nupcias, el sábado siguiente, con la hermosa María Chantal, igualmente, heredera de una gran fortuna.

Días enteros, pasé llorando mi infortunio, deseando morir para no padecer ese rechazo. Efraín había estado jugando a dos bandas, tenía dos enamoradas y, por pertenecer a estratos sociales tan diferentes, ninguna de la dos sabía de la otra. Mi posición jugó en mi contra y, obviamente, la familia de Efraín estuvo feliz de que María Chantal fuera la digna esposa de su hijo.

Al igual que usted, me encerré en mi dolor y olvidé el gusto por la vida, pensé que convirtiéndome en otra persona lograría superar el desengaño, me volví cerrada y huraña, incluso con mamita, que siempre había sido mi consejera. Justamente, fue gracias a ella que terminé dándome cuenta de que mi cambio solo me hacía daño a mí misma e incrementaba mi amargura. Que el ser envidioso que moraba en mi alma no lograría disminuir la alegría de María Chantal, que el odio que les profesaba por el desplante que sufrí me estaba acabando en los pocos años que tenía.

Con el apoyo de mis padres, terminé afrontando la realidad. Efraín y su esposa ni se acordaban de mí, de hecho, María Chantal nunca me conoció, y el odio que yo sentía solo se acumulaba en mi corazón, impidiéndome ver la verdadera belleza de la vida. Con esta nueva percepción de las cosas, volví a mi esencia, estudié corte y confección, que era lo que me gustaba, y decidí que nunca era tarde para ser quien verdaderamente estaba llamada a ser. Con el tiempo, mi alegría regresó y perdoné a Efraín, incluso le agradecí en mi corazón por el amor que, en su momento, sentí por él. Hice un esfuerzo por recordar con cariño los momentos lindos que compartimos y decidí que el orgullo y el odio que llegué a sentir no debían ser la razón para privarme de ellos y olvidarlos.

Al volver a ser risueña y feliz, tuve la suerte de que mi querido José me encuentre, con él fue todo diferente. Yo no esperaba nada de él, pero lo recibía todo y, sin ningún deseo de complacer o encajar, también yo lo daba todo, solo por el hecho de que era él. Fue hermoso compartir por años. Cuando se me adelantó al cielo, ya no creí morir, sabía que era el ritmo natural de la vida y siento siempre en mi corazón su presencia y su voz que me recita poemas y me dice que me estará esperando arriba para continuar con nuestra unión.

Sin percatarme siquiera, las lágrimas habían estado brotando durante el relato, y doña Carmen me miraba con expresión de ternura. Entendiendo mi estado, se levantó y vertió más café en mi taza, apretando mi hombro con su mano de dedos finos y nudosos.

—Todo rompimiento puede ser duro, la vida nos pone pruebas que parecen insalvables, pero cuando las analizamos, nos damos cuenta de que eran necesarias para volver a nuestra esencia; señorita Vanessa, no deje de ser quien es, no se esconda -dijo, con voz dulce-, no busque la

felicidad en el exterior o en otros, porque ahí no la encontrará.

Levanté los ojos, sorprendida de que alguien hubiera descubierto que me escondía tras máscaras y apariencias. En los ojos de doña Carmen, solo vi paz y esa calma que tienen los maestros cuando conocen el dolor de las pruebas de sus discípulos.

—Gracias por compartir su historia conmigo, doña Carmen. La verdad, no busco la felicidad, quiero volver a vivir. He estado varios años sumida en mi dolor y, como usted hizo, quisiera salir de este hoyo.

—Las fiestas y el alcohol no le ayudarán a salir -bajó la mirada, como avergonzada por su comentario, y volvió a su silla—. Perdóneme que sea metida, pero usted es muy dulce y no me gusta ver que se vaya deteriorando cada día.

—Discúlpeme usted a mí, doña Carmen -contesté, tomándola de la mano-, gracias por sus consejos, le aseguro que me vienen muy bien.

Terminamos los tamales con el espíritu más ligero y, después de ayudarla a lavar los platos que usamos, subí a mi departamento, procesando la historia de amor, desengaño y superación que se me había confiado.

El día siguiente era viernes y tenía que presentarme al trabajo. Llegué aún perturbada porque la imagen de Fabián en la fiesta no se iba de mi cabeza, y también intentando dar forma a los consejos de doña Carmen. ¿Quién era yo, de verdad? ¿Cuál era mi esencia? Había tenido corazas para protegerme; como el camaleón, había adoptado la imagen que me venía bien para el momento. Así, ahora que era amiga de Juan, era «Vanessa la fiestera», pero en mi interior la crisálida no estaba definida para saber qué aparecería cuando tuviera que abandonar mi capullo.

En el almuerzo, Juan me interrogó respecto de mis sospechas sobre la identidad del hombre que había estado haciendo preguntas en la fiesta. Sabía, por mi reacción, que se trataba de Fabián, pero quería escucharlo de mis labios.

—Sin lugar a dudas, es Fabián. No te lo conté, pero me pareció reconocerlo en la fiesta, aunque deseché la idea porque la estaba pasando muy bien -mis manos se dirigieron a mi rostro, tratando de desechar la imagen que recordaba de aquel fantasma en el rincón del bar.

—Te entiendo, Vane... ¿Pero, tienes alguna idea de qué pueda hacer con la información que le dio Raquel?

—Si te soy sincera, cuando estaba con él, creí conocerlo, pero me decepcionó tanto que, la verdad, no tengo idea de sus motivaciones o intenciones en este momento. Me pasé pensando toda la noche, espero que no haga nada, no quisiera que apareciera en mi vida luego de tanto tiempo.

—¿Y... si lo hace?

Esa era la pregunta que no tenía respuesta.

Micaela casi me destrozó el tímpano cuando le conté de la aparición de Fabián por mi ciudad refugio. Estuvo casi quince minutos despotricando contra él y el dolor que me había producido, y aconsejándome que, si aparecía, simplemente lo mandara a volar. Terminada la llamada, pasé hasta altas horas de la madrugada revolviéndome en mi cama, imaginando escenarios en los que Fabián se presentaba en mi oficina pidiendo hablar conmigo y yo lo echaba, armando una escena de mujer dolida, o lo recibía para decirle cortésmente que se alejara, así como había hecho estos cientos de días. ¿Cuál resultaría la opción que aplicaría? Estaba por verse.

Ese fin de semana, me dediqué a estudiar para los finales de la maestría y, como dijo doña Carmen, al estar bien ocupada olvidé el asunto de Fabián. El lunes, aprobé todos. Mis compañeros de oficina y mis padres, a quienes llamé para dar la noticia, estaban felices. Otra meta cumplida. Debía seguir así, eso me daba una razón para vivir y me sacaba, por momentos,

del dolor que me producía pensar en Fabián.

La semana inició y transcurrió sin señales del fantasma de mi pasado. Eso me dio tranquilidad, aunque también me desilusionó un poco; era como regresar a los primeros meses de separación, en los que había esperado que viniera a casa pidiendo disculpas y, asegurándome que me amaba como siempre, me convenciera de volver a estar juntos y continuar con el futuro perfecto que yo había soñado, cosa que nunca pasó. Lo que sí ocurrió es que perdí todo contacto con él, y solo su recuerdo me acompañaba o, debería decir, me atormentaba.

Desde el momento en que creí verlo en la fiesta, mi vocecita que se creía guionista de novela rosa hizo que cruzaran por mi mente destellos de futuros en los que me buscaba para pedirme perdón por el daño causado, procuraba la reconciliación y yo lo aceptaba, porque el amor podía más que el odio o, por el contrario, lo enviaba a pastar cualquier bovino que más le conviniera y que me dejara en paz. Mi mente, en esos días, estaba literalmente en caos total.

Así, llegó el viernes. Salí, como siempre, con Juan. Caminamos por la calle Lourdes, buscando un lugar que nos convenciera para pasar el rato. En esa ocasión, no quería la estridencia de un bar, tampoco quería estar sola en mi departamento. Terminamos eligiendo un café y la pasamos conversando sobre otra nueva conquista de mi amigo, mi tema favorito para despejar la mente de mis propios problemas. Me encantaba escuchar la emoción de su búsqueda del amor y del hilo rojo que lo condujera a su media naranja. Me divertía que, por más consejos negativos que le diera sobre lo absurdo de ese sentimiento, siguiera ilusionado en encontrarlo.

—Solo digo que, si no sales con más personas, nunca podrás afirmar que el amor no existe. Una sola experiencia no es suficiente para que lo digas como una verdad absoluta.

—No entiendes, Juan. El amor no existe, es un estado de emoción creado por químicos que tu cerebro secreta para poder procrear. Esos químicos se extinguen con el tiempo y, listo, todo se acaba.

—La química no lo explica todo, mi querida Vane. ¿Por qué hay parejas que se mantienen unidas por años?

—Por costumbre, por necesidad, no lo sé, tú pregúntales, yo no quiero saber de relaciones.

—Está bien, está bien -terminaba diciendo, exasperado por mi actitud, aunque al final parecía divertirse con nuestras eternas discusiones en círculo.

Pasamos el resto de la noche hablando de música y de películas. Era lo bueno de Juan, tenía muchos temas de conversación y sabía cuándo no llegaríamos a ningún lado sobre el espinoso tema del amor.

Lunes, otra vez. La vida no otorga vacaciones y debía seguir adelante, cargando el peso de mis decisiones y mis indecisiones también. Lo bueno de estar en el trabajo es que siempre mi mente se concentraba, apartando por ocho o más horas, el foco que apuntaba a mi negrura. Aproveché casi todos los segundos de mi mañana para revisar el seguimiento de los procesos que habíamos actualizado en conjunto con Juan, una actividad metódica que requería hacer múltiples entrevistas a los empleados e ir midiendo la efectividad de los pasos que habíamos mejorado, algo que disfrutaba. Estaba en ello, cuando Raquel me interrumpió.

—Vane, te buscan en la recepción.

—¿Quién me busca?

—Solo me dijeron que debes bajar, no sé quién te busca -me dijo, con tono de *no soy tu secretaria*.

—OK, gracias, Raquelita.

Bastante intrigada, bajé las escaleras rumbo a la recepción. Me llevé una sorpresa que rayó en el miedo. Un mensajero cargaba un enorme ramo de rosas naranjas. Solo una persona en el

mundo, aparte de mis padres, sabía que habían sido mis flores favoritas. Me acerqué para recibir el ramo y firmar la constancia. La chica de recepción me miraba con una mezcla de envidia y extrañeza, ante la fría actitud con la que había recibido el ramo.

Me dirigí a mi oficina y tomé el pequeño sobre que venía pegado a una de las rosas. Mis manos temblaban, no sabía explicar muy bien por qué. Dudaba sobre si abrirlo o, simplemente, tirar todo a la basura, sabiendo quién era el remitente. Opté por saciar mi curiosidad y abrí el sobre.

Vane, volverte a ver fue como encontrar un ángel en la tierra
Fabián

«¿Qué? –pensé, indignada–, ni siquiera un *lo siento*, ni una pequeña disculpa por la traición. ¿Acaso habíamos terminado como amigos y el reencuentro sería de lo más natural?». Por más que me esforzaba, no lograba comprender las palabras de la tarjeta.

Juan llegó y se mostró feliz de ver que tenía un admirador:

—¡Caramba, mis consejos para que seas más coqueta han dado resultado! Te dije que pronto tendrías a alguien a tus pies. ¿Pero, por qué tienes esa cara de vinagre? ¿No te gustan las rosas?

—Estas eran mis flores favoritas, Juan... hasta hace poco menos de dos años –mi mirada debió decirlo todo.

—No digas que son de tu ex.

—Exactamente –extendí la tarjeta para que Juan la leyera y me ayudara a comprenderla.

—¿Solo dice esto? ¿No hay una segunda tarjeta o... algo?

—Solo es eso, ¿qué crees que pueda significar? La verdad, no entiendo cómo puede enviarme un mensaje, como si fuera una nueva conquista y no alguien a quien le destrozó la vida.

—No te pongas así, Vane –me abrazó, porque las lágrimas surcaban mi rostro una vez más. Desde que las había recuperado, parecían no perder oportunidad de arruinar mi maquillaje-. No permitas que te afecte, tal vez no comprende lo mucho que te dolió la separación.

—Sería alguien sin corazón, si no lo comprendiera.

—Los hombres somos diferentes, mi querida Vane. Tú nunca se lo dijiste, ¿o sí? Para él, pudo ser una simple transición de una pareja a otra.

—Pero vivimos juntos cerca de cuatro años, eso no era una simple transición.

—Lo que quiero decir es que cada persona interpreta las cosas de diferente manera. Él tal vez pensó que no te afectó tanto, además de lo que me has contado, cortaste todo tipo de contacto desde que se separaron.

—Bueno, técnicamente, no hubo contacto porque él tampoco me buscó.

—Sea como sea, no vio el desastre que dejó: por egoísmo, orgullo o lo que quieras, él continuó su vida, e imagino que pensó que harías lo mismo.

Juan podía tener razón. Fabián nunca supo lo mucho que me hirió. Las palabras que le dije cuando me fui de nuestra casa no expresaron mi dolor, solo hicieron evidente su traición. Decidí no tirar a la basura las flores, pero sí rompí en muchos pedacitos la absurda nota.

Al día siguiente, nuevamente llegó el mensajero, ahora con un paquete de mis chocolates favoritos. Para que la chica de la recepción dejara la mirada de envidia, le regalé los chocolates y me llevé la nota para leerla en privado en mi oficina.

Vane, estás más preciosa de lo que te recordaba
Fabián

Otra vez, molesta por un mensaje tan disparatado a mi modo de ver, rompí el papel, arrojando con furia los restos en el cesto de basura.

Toda la semana fue igual. Llegaban a mi nombre las cosas que alguna vez fueron mis favoritas: frutillas con chocolate, una caja de donas rellenas de manjar y un enorme pedazo de torta de tres leches, golosinas que, con tan solo contemplarlas, me hicieron recordar mis lonjitas y me producían náuseas. Aparte de que venían acompañadas con sus notitas estúpidas que me molestaban e iban a parar a la basura. Los regalos pasaron a manos de compañeros o compañeras que los veían con ojos golosos. No quería probar nada que fuera obsequio de Fabián, me sentía como *Edmond*, no tomaría más que agua de manos del enemigo.

Juan estaba preocupado por mi creciente ansiedad. Si normalmente no comía lo suficiente para alguien de mi estatura y edad, con los regalos que llegaban a mi oficina, ahora prácticamente pasaba en ayunas, todo el día enfurruñada, por lo que decidió ser mi niño de fin de semana.

—Vane, no te vas a librar de mí. Como tu mejor amigo, tengo la obligación de evitar tu muerte por inanición. Mañana, paso por tu casa a las nueve, más vale que estés lista, porque desayunarás y almorzarás conmigo.

—Juan, en verdad te agradezco, pero no es necesario. Yo aprovecho el fin de semana para hacer algunas tareas de la casa.

—¿Cómo ves que no me importa? Dije que vas a pasar conmigo, y punto.

Cuando a Juan se le metía algo en la cabeza, era poco probable convencerlo de lo contrario. No me quedó más remedio que estar lista a las nueve y pasar con él todo el sábado. Desayunamos en una cafetería cerca de la Puerta de la ciudad y luego estuvimos paseando por su museo. Yo tenía especial cariño por ese monumento, y Juan sabía de mi pequeño ritual de llegada a Loja, por eso fue tan enfático en que sería bueno volver para reencontrarme con mi decisión de empezar una nueva vida. Para el almuerzo, estaba muy animada, la historia y cultura de mi país siempre me han fascinado, así como recorrer los museos. Por eso, y porque la presencia de Juan siempre me tranquilizaba, los alimentos me supieron a gloria y estuve a punto de sobrepasar la mitad de mi plato, cosa que alegró mucho a mi *niño*.

Cuando estaban por dar las cuatro de la tarde, me dejó en casa para descansar, prometiéndome, para el domingo, otro día de aventuras y relax. Sonreí ante la expectativa de seguir paseando por la ciudad que había sido mi guarida durante todo ese tiempo y de la que, prácticamente, conocía un cinco por ciento, o menos.

El domingo, terminada la misa a la que siempre iba, Juan me esperaba con su amplia y bella sonrisa. Nos encaminamos a nuestra calle, así tenía catalogada a la calle Lourdes desde que Juan entró a brindar un poco de color a mi oscurecida existencia. Allí, tomamos un sustancioso desayuno y, entre broma y broma, paseamos por todo el centro de Loja, ingresando en las iglesias y capillas que adornan la ciudad con sus diferentes estilos de construcción. El factor común es lo bellamente decoradas que están. Con tanto paseo, se abrió nuestro apetito y entramos a uno de los restaurantes típicos que abundan en la ciudad. Pedimos el delicioso repe, una sopa de plátano que, desde que lo conocí, simplemente me encantó, todo acompañado de una cerveza que no podía faltar en mis salidas con Juan.

Terminado nuestro paseo, y con el ánimo a tope, me dejó en la puerta de mi departamento. Le agradecí de corazón haberse ocupado de mí el fin de semana. Había disipado mi preocupación y sabía que estaría lista para cualquier nueva estúpida nota de Fabián, porque no estaba sola.

Pero, del dicho al hecho.... No podía intuir el plan de Fabián. Llegado el lunes, volvió a aparecer el mensajero con otro ramo de rosas anaranjadas, y la supuesta determinación del fin de semana se esfumó. Subí con las flores y, entre fastidiada y emocionada, leí la nota que las

acompañaba.

Vane, una flor por cada día que me separará de volver a verte, ¿aceptas?
Fabián

Conté las rosas... Había nueve. Solo podía significar que el siguiente martes Fabián visitaría Loja. ¿Pero, cómo podría decirle si aceptaba o no? Nuevamente, la nota me dejó un sabor amargo. Corrí a la oficina de Juan.

—Juan, mira esto —le tendí la nota, con mano temblorosa.

—Este chico es un desastre. ¿Cómo carajo sabrá tu respuesta?

—Eso mismo pensé. ¿Qué crees que se traiga entre manos, volverme loca?

—Parece que está funcionando —me abrazó con cariño—. Debes tranquilizarte, Vane.

—No puedo tranquilizarme, desaparece todo este tiempo y, ahora, de la nada, viene con notas ridículas y mensajes encriptados queriendo ingresar nuevamente a mi vida, como si nada.

—Todo debe tener una explicación lógica. Ahora, lo que debo preguntarte, porque sinceramente no lo puedo leer en tus reacciones, es: ¿lo vas a volver a ver?

—Obviamente, no —mi tono era de total convicción, pero una de las tantas vocecitas murmuraba en el fondo de mi cerebro «tienes que verlo».

El paquete del día siguiente aclaró la forma en que Fabián planeaba obtener la respuesta. Junto con los chocolates, llegó la consabida nota:

Vane, estoy contando los días para volver a ver a un ángel. Espero que tu respuesta sea sí
Fabián

En la parte trasera de la nota, se encontraba un número de celular.

Las paredes del agujero de mi pecho palpitaban, no sabía a ciencia cierta si para cerrar el agujero o para expandirlo a su máxima capacidad. No rompí la nota de manera inmediata. Miraba el número, como queriendo que saliera del papel la respuesta que debía dar, algo así como descubrir un mensaje de cábala cifrado, una pista que me indicara los posibles resultados aplicables a mi futuro. Al concluir mi jornada laboral, opté por dar a la nota el mismo final que a sus antecesoras, y me dirigí a casa.

El miércoles, esperé a que el mensajero apareciera y, no les puedo mentir, me desilusioné cuando, llegada la hora de salir, no tenía otra nota de Fabián. Mi parte racional me indicaba que era lo mejor y que, al no tener el número, no estaría tentada a escribirle. Pero la voz me taladraba las sienes con sus constantes palabras negativas y expectativas turbulentas.

El jueves, pese a la mala noche, me decidí a afrontar el día con ánimo, retomé mi trabajo, intentando sepultar los días pasados con regalos y notas. Cuando me llamaron a la recepción, allí estaba el sonriente mensajero con la cajita de donas y seis rosas naranjas. Tomé la nota y dejé en la recepción lo demás.

Vane, aún no pierdo las esperanzas
Fabián

En el reverso, el número celular que lanzaba punzadas a mis dedos.

—Juan, no sé qué hacer, estos mensajes me están generando un estrés terrible. Si tan solo dejara de escribirme y mandarme tonterías, sería más fácil ignorarlo y que se olvidara de mí... Pero esperar seis días más para que deje de molestarme, me desgasta —tenía las manos en la

cara, estaba al borde de que mi alma se rompiera totalmente por tanta tensión.

—Otra opción es que le escribas y le digas que te deje en paz.

—Pero, si le escribo, tendría mi número de celular y sería capaz de molestarme por ese medio.

—Aunque no te guste, existe la opción de bloquear un contacto o, si quieres, escríbele desde mi teléfono.

El plan de Juan tenía sentido. Podía enviarle un mensaje y decirle que me dejara tranquila, que se olvidara de mí para siempre, pero aquella vocecita seguía torturándome con su «tienes que verlo».

—O... puedes reunirte con él -dijo, con voz triste.

Como era mi costumbre, pasé otra noche en vela. El papelito con el número de celular descansaba sobre mi velador, como acusándome de un delito que aún no había cometido. Muy temprano, en la mañana, decidí responder a la invitación: «Fabián, acepto verte solo para cerrar ese capítulo de mi vida».

No tuve una respuesta inmediata y borré la conversación para no tener la tentación de verificar si mi interlocutor estaba conectado o si estaba escribiendo. Me alisté para salir al trabajo y olvidé que tenía que desayunar. En la oficina, ocupé mi mente en los pendientes y, ante la mirada interrogadora de Juan, asentí. En la tarde, se presentó el mensajero. Portaba una pequeña caja con lazo rojo. La tomé, exasperada ante la mirada de la recepcionista que esperaba saber de qué golosina se trataba.

En mi oficina, abrí la cajita y, ante mi sorpresa, encontré un precioso ángel de cristal. La nota que venía bajo el regalo decía:

Vane, gracias por aceptar verme, el celular es muy impersonal, el martes tengo reserva en el restaurante «Hojas de oro», a las seis de la tarde. Allí podremos conversar.

Fabián

Las cartas estaban echadas. No me podía hacer para atrás, debía prepararme para el impacto que sería conversar con él. Mi capullo se mantenía, pese a las grandes grietas que se habían abierto en las últimas semanas. Debía resistir un poco más, aún no estaba lista para salir.

Los días pasaron como pasan los sueños, de los que recuerdas destellos, en el mejor de los casos. Micaela y Juan estuvieron siempre a mi lado, apoyándome y dándome consejos para salir victoriosa, pese a la absurda -opinión unánime de los dos- decisión que había tomado.

El amanecer del martes no me tomó por sorpresa. Lo estaba esperando con temor. Cada segundo era acompañado por un escalofrío. Inconscientemente, contaba las horas que faltaban para el encuentro con Fabián. Tenía poco más de doce horas para huir, había tiempo de sobra, pero sabía que debía afrontar el encuentro. Dentro de mí, la vocecita que gritaba *tienes que verlo* me decía, en un tono que me recordaba mucho a doña Carmen, *esto te definirá*.

Llegó la hora de arreglarme. Me paré frente al armario, sopesando las opciones. No quería que Fabián pensara que me había esmerado para ir a su encuentro, por lo que decidí vestir un sencillo, aunque favorecedor, atuendo azul que siempre usaba para ir a la oficina. Nada en mí decía que lo quería reconquistar, ni mucho menos. Juan pasó el día dándome ánimos. Tal como la voz que resonaba en mi cerebro, me decía que, si ya había tomado la decisión, debía llevarla hasta el final. Terminada mi jornada laboral, salí y tomé rumbo al restaurante, que quedaba relativamente lejos, lo que me dio la oportunidad de disfrutar de un tiempo a solas con mis recuerdos y planes, previo al encuentro.

Cinco minutos antes de las seis, estuve en la puerta del restaurante, preguntando por la reservación. Una muchacha muy elegante me dirigió a la mesa y me ofreció un vaso de agua

hasta esperar la llegada de mi acompañante. Decidí que, si Fabián no se presentaba hasta las seis y cinco, me retiraría. No pensaba esperar mucho tiempo. Me distraje observando la decoración del restaurante. Fabián recordaba mis gustos del pasado. Era un sitio muy romántico, con mesas vestidas con manteles rojos y sobremanteles blancos, una decoración de flores en cada una de ellas y un par de velas que la mesera había encendido apenas me senté. En las paredes, había cuadros que replicaban piezas hermosas del siglo XIX y la música clásica llenaba el espacio, trasladándome a escenarios de novelas que alguna vez quise vivir.

Me encontraba en estas ensoñaciones cuando Fabián apareció, guiado por la misma señorita. Llevaba pantalón de casimir gris, una camisa negra sin corbata y una chaqueta de cuero, negra también. Había engordado un poco, pero seguía siendo el mismo hombre del que me enamoré en mi otra vida. Un impulso extraño hizo que me levantara, sentía que me iba a llegar la embestida y quería tener los pies firmes en la tierra para que no me arrastrara muy lejos.

—Vane, muchas gracias por haber aceptado mi invitación, no sabes lo feliz que he sido al encontrarte nuevamente.

Se acercó, como queriendo besar mi mejilla. Mi reacción fue hacerme a un lado y extender la mano para un saludo formal.

—Hola, Fabián. Como te escribí en el mensaje, solo quiero cerrar esta parte de mi historia para que no nos molestemos en un futuro.

Fabián estrechó mi mano más tiempo de lo necesario e ignoró mis palabras. Me invitó a sentarnos para disfrutar de la velada y pidió a la señorita que nos trajera vino tinto para celebrar nuestro *reencuentro*. Habló de lo bien que le estaba yendo en su trabajo, lo habían ascendido y tenía más responsabilidades; por ello, debía viajar de vez en cuando para reunirse con el coordinador del Austro y comprobar el avance en la planificación de este sector del país.

La cena estuvo deliciosa, aunque prácticamente piqué de cada plato, porque mi estómago estaba cerrado por los nervios, la emoción y las típicas náuseas que me acompañaban en lo referente a mi vida amorosa.

Terminadas las viandas, Fabián acercó su silla a la mía y, así, transcurrieron poco más de diez minutos en los que no paró de charlar.

Mi mente solo se percataba de que estábamos sentados muy juntos, mirándonos, y se dedicaba a flotar como en un abismo. No era la copa de vino que me había terminado mientras se contaban las nimiedades de la vida, era esa presencia, ese magnetismo. Veía cómo sus labios se movían, como articulando palabras, pero yo no escuchaba, fijos los ojos en aquellos que me habían perdido miles de años atrás.

Me sentía fuera de mí, estaba cayendo arrastrada por el viento, hasta que sentí un fuerte golpe en la negrura de mi pecho y otra voz interna me dijo: «Es él, te traicionó una vez, lo puede volver a hacer», y regresé súbitamente a la realidad.

Miré a mi alrededor, pues había perdido el hilo de la conversación. Le pedí que repitiera lo último que había dicho y escuché con mi alma, corazón y mente.

—Te decía que verte en tu cumpleaños fue lo mejor que me pudo pasar. Creo que me estuve engañando todo este tiempo, pensando que estar lejos de ti era lo que necesitaba, pero era solo eso, un engaño. Nunca dejé de quererte, tal vez por un momento me desvié, pensando en lucir un diamante, ilusionado por bellezas exteriores que, al final, nunca dieron paz a mi vida ni a mi alma. Dejo de lado mi orgullo y hoy digo la verdad, soy humano, me equivoqué, ¿puedes perdonarme?

¿Qué fue lo que pasó luego? No logro explicarme. Mi boca buscó aquella que había amado, fue un beso tan irreal, realmente dulce, pero ya no existía pasión, solo la voz que martillaba *es él*,

es él...

Al separarnos, Fabián me contemplaba triunfante. Antes de perder mi coraje, lo tomé de las manos.

—Fabián, fueron unas hermosas palabras, justo las que soñé que pronunciarías para poder volver a estar juntos. Créeme cuando te digo que algún día te perdonaré el daño que me hiciste, pero, por hoy, solo puedo decirte gracias. Gracias, porque las noches sin dormir me hicieron más fuerte. Gracias, porque las lágrimas que derramé hicieron que creciera. Gracias, porque tu traición me hizo comprender que a quien debo amar primero es a mí. Sin ser tu intención, me embarcaste en otro camino, uno en el que ya no tienes parte.

Me levanté, dejándolo clavado en el asiento. Extraje de mi cartera el ángel que me había enviado y lo coloqué en la mesa, justo antes de dirigirme a la puerta, con la suerte de que en ese momento pasaba un taxi. Me embarqué a toda prisa y lo vi por el retrovisor, saliendo del restaurante en mi búsqueda, con la figurita en sus manos y con expresión de sorpresa. Yo misma estaba sorprendida, pero ese beso me lo había dicho todo. No quería volver a mi vida anterior, no podía. La negrura de mi pecho era tan grande que no dejaba entrar ningún sentimiento. En verdad, para mí, el amor ya no existía.

Experiencias

Y el tercer acto llegó, como el dicho, *tanto nadar para morir en la orilla*. Era increíble que, después de tanta espera, luego de las noches en que me preguntaba si Fabián seguía siendo el amor de mi vida, en las que idealizaba mi relación haciendo caso omiso de los gritos de mi ser racional para aterrizar, dejando flotar a mi mente en futuros felices, se me ocurriera decir ese rotundo NO. ¿Ven por qué digo que mi vida parecía un mal chiste?

Con las primeras luces que entraron, rompiendo la barrera de los visillos que decoraban las ventanas de mi habitación, me percaté de que mis párpados pesaban sobre mis ojos. No había dormido más que unas pocas horas. Con tantos pensamientos, había pasado la mitad de la noche llorando. Si me hubiesen preguntado por qué, no habría sabido qué contestar. Lloraba por todo y por nada, por el pasado que regresó y por el futuro que no pudo ser. Pero, más que nada, lloraba por mi gran agujero en el pecho.

El encuentro con Fabián era lo que había soñado desde nuestra ruptura. Me pidió perdón, me dijo que me amaba y, aun así, no podía albergar sentimiento alguno hacia él. En verdad, no lo odiaba como en los primeros meses, tampoco lo amaba porque no era la persona que imaginé cuando la oxitocina inundaba mis venas. Juntos, no éramos nada y, sola, me sentía aún menos.

Llegué a la oficina con los ojos rojos e hinchados. Ni el más poderoso ungüento, ni una libra de pepinos me habrían ayudado a mejorarlos ese día. Y, de hecho, no me importaba. Por el pasillo hacia mi oficina, Raquel me observó apenada, y en la cara de Juan se veía la tristeza que le provocaba con mi estado. En el almuerzo, no aguantó más:

—Sabía que era una mala idea, Vane. ¿Qué pasó? Ayer no contestaste mis mensajes... me tenías muy preocupado. Verte así me mata, sabes que te quiero mucho y si ese cretino te hizo algo, dime para salir este rato a buscarlo y darle una buena paliza.

—¡Ay, Juan! No me hizo nada, creo que en realidad estoy un poco loca.

—No digas eso, Vane. Mejor cuéntame lo que pasó.

—La mitad de la velada, la pasamos hablando de trivialidades. Creo que los dos estábamos nerviosos. Luego, me dijo que volver a verme era lo mejor que le había pasado. Caí como en un trance porque, en un principio, no entendía nada y luego, cuando escuché que me pedía disculpas, me lancé y lo besé.

—¿Así como así lo disculpaste y lo besaste? Sí, me sorprende. No es propio de ti, Vane, pero eso no es tan grave.

Tenía mis manos en la cara, me avergonzaba por lo que había hecho y tampoco tenía explicación para el final de mi encuentro con Fabián.

—No, Juan, no lo disculpé. Cuando nos besamos, sentí que los recuerdos se acumulaban ante mis ojos: las lágrimas que derramé, incluso antes de su traición, la persona sumisa y apagada en que me convertí, las oportunidades que desaproveché por cuidar algo que era irreal. Supe que no era la vida que quería y terminé agradeciéndole por las enseñanzas que su egoísmo y traición me habían dejado. Me levanté y me fui. ¿Ves por qué digo que estoy loca?

Los ojos de Juan denotaban sorpresa. Le tomó varios minutos y, tras aclarar su garganta, continuó con la conversación:

—A ver si entiendo. Te presentaste para verlo, luego de tantos años obtuviste tus disculpas, lo besaste y te fuiste. Me encantas, amiga, eres impredecible.

—No te burles, Juan.

—No es burla. De corazón, me encanta que te dieras cuenta de que no lo necesitas, de que eres una mujer completa sin necesidad de que él esté presente. Cerraste el ciclo, Vane. Estoy orgulloso de ti.

—No estoy tan segura de haber cerrado el ciclo...

¿Qué era cerrar el ciclo? Nunca logré comprender esa frase. Todos hacen ver a las relaciones como un círculo que inicia en un lugar y debe terminar en el mismo, como una linda O de las que te enseñan en los primeros años de escuela. Para mí, no era así. Más bien, fue como viajar en un vehículo por una carretera desconocida. Comenzó atravesando valles hermosos de los que disfrutaba, luego pasó por caminos empedrados con sus saltos y brincos, y terminó incrustado en una ciénaga de la que estaba casi segura de que no podrían sacarlo ni con remolque. Así, ¿cómo podría llegar nuevamente a ver esos paisajes hermosos del principio? Era algo imposible.

Hice mi mayor esfuerzo por volver a la relativa tranquilidad que había ganado antes de la intromisión de mi fantasma. Mis padres nunca supieron de mi «recaída». Solo Micaela me llenaba de consejos para pasar la página de mi ex, enviándome todo texto de superación que caía en sus manos. Algunos fueron leídos y otros, simplemente, archivados en el interminable baúl etiquetado «Algún día lo haré».

Las semanas siguieron su curso. Recibí un par de mensajes de Fabián, que me pedía explicaciones por mi actitud y, casi casi, pretendía obligarme a aceptar una nueva salida, porque «necesitábamos vernos para aclarar las cosas». Como si yo pudiera aclarar algo que estaba totalmente en tinieblas: mi vida. Por ese pensamiento, en todas las ocasiones, me negué. No contesté sus llamadas, sin llegar a bloquear su contacto, pues aquello me parecía un exceso. Ese silencio, al final, debió terminar persuadiéndolo de que mi decisión era definitiva. Poco sabía él que seguiría siendo parte de mi vida. Lo pensaba, una vez sí y otra también, imaginando los cambios positivos o negativos que habrían podido operar en mi existencia de haber aceptado. Pero el tiempo, implacable, me llevó a caer en la rutina: trabajar, pasar el rato con Juan y llegar a casa a ver películas o leer, porque poco a poco había ido perdiendo el miedo a las novelas y, en mi cuarto, guardaba varias pilas de libros junto a mi hermoso *Conde de Montecristo*.

Más o menos a los cuatro meses de mi encuentro con Fabián, en una de tantas salidas con Juan, se presentó Sandra, quien se convertiría meses después en su esposa. Me comprenderán cuando digo que fue un *shock*. En mi cabeza, mi mundo estaba compuesto por el trabajo y mi inseparable amigo. También lo perdería a él. ¿Acaso debía pasar sola el resto de mi vida?

Cada vez que hablaba con Juan y, velada o directamente, le pedía que pensara en lo rápido que había tomado la decisión de casarse, me explicaba que en Sandra había encontrado lo que necesitaba, y que esperar sería en vano. Con el tiempo, tuve que reconocer que, en verdad, se complementaban de manera increíble y, sin egoísmo, le deseé lo mejor y llegué a querer mucho a Sandra, por su manera sencilla de ser y más porque no me veía como una rival o intrusa en la vida de Juan, sino como lo que siempre habíamos sido, amigos incondicionales.

No se imaginan la alegría que experimenté cuando, terminada su luna de miel, Juan regresó a la oficina y todo volvió casi a la normalidad, con nuestros almuerzos, compartir sus locuras y, en especial, lo hermoso de ver la vida con ojos de amor. Las que sí cambiaron fueron las salidas de fiesta, más esporádicas y cortas, lo que terminé agradeciendo porque esa fase de mi vida fue la que más me costó interpretar. Me venía bien ser una persona tranquila y casi ermitaña.

Sin tantas malas noches, me esmeré más en mi trabajo y en tomar cuanto curso virtual se atravesara en la pantalla de mi ordenador, con lo cual conseguí el ascenso que estaba buscando en la empresa. Era la coordinadora del área de planificación y procesos, lo que supuso un gran reto y muchas más responsabilidades. El trabajo llenaba mi vida.

Con mi nuevo sueldo, pude viajar más seguido a Quito a visitar a mis padres y hermana, no solo en Navidad, sino varias veces, a lo largo de los años que siguieron. La vida se propuso hacerme testigo de hermosas historias. Mi hermanita encontró al hombre que la hacía feliz y, no podía ser de otra manera, al ser la solterona de la casa, me tocó hacer de dama de amor.

—Micaela, te estás burlando de mí -fue lo primero que se me ocurrió, ante la loca propuesta.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Por qué siempre tienes que ver el lado negativo de las cosas? La dama de amor es siempre la mejor amiga o la hermana de la novia. En este caso, cumples los dos requisitos. ¿Cómo podía pensar en otra persona?

—Pero soy tu hermana mayor, Mica. La gente va a murmurar. Y eso es lo peor en una boda. Imagínate el cuchicheo en la iglesia cuando la vieja de tu hermana vaya pasando con su vestido rojo.

—Sí que eres ocurrida, *ñañita* -continuó, riendo, mi obstinada hermana-. En primer lugar, no eres para nada vieja y, en segundo, sabes que no me importa si cuchichean, siempre me ha gustado salirme de los esquemas. De hecho, estaba pensando casarme de fucsia, ¿qué opinas? ¿Crees que allí no cuchicheen por ti, sino por mí?

—¡Noooo! Prefiero que lo hagan por mí. Cásate de blanco y con la parafernalia del caso, eso hará feliz a mamá.

—Con eso cerramos el trato, entonces. Tienes que venir a Quito a la prueba del vestido y para que me ayudes en los demás preparativos.

—Con todo gusto, loquilla. Sacaré vacaciones para tan magno evento -siempre terminábamos riendo de nuestras locuras.

Efectivamente, tomé vacaciones para ayudar a mi hermana y tuve que pasar por toda serie de pruebas para caber en un vestido de un rojo sangre que me iba a granjear no una, sino mil críticas por su corte un poco atrevido. Pero los caprichos de mi hermana eran difíciles de contradecir y, para hacerla más feliz si cabe, acepté todo lo que ella quiso.

El día de la boda fue espectacular, Micaela estaba hecha un sol, brillaba y contagiaba su alegría a los que estábamos a su lado. La ceremonia fue de lo más emotiva y, por primera vez en muchos años, mis lágrimas fueron de emoción por la felicidad de mi hermana y no por recuerdos dolorosos de mi pasado o por mi solitario presente.

Como era de esperarse, me acompañó en el evento la mirada juzgadora de la tía Margarita, tanto por mi atuendo provocador como por el hecho de no haber sido la primera en casarme.

—Mijita, siendo tú la hermana mayor, debiste buscarte un buen esposo. Ya es mucho tiempo que estás sola.

—La soledad me viene bien, tía. Me concentro más en mi trabajo y soy feliz.

—Pero no has pensado en la vejez. ¿Qué será de ti cuando tengas mi edad? Con el Pablo, vamos a todos lados y nos acompañamos.

—Sí he pensado, tía. Cuando me jubile, viviré en un crucero. En internet, vi la historia de una señora que paseaba por el mundo de esa forma. Así, nunca estaré sola. ¿Qué le parece?

—¡Ay, hijita! Siempre tienes las respuestas más extrañas -molesta, se dio la vuelta y me permitió seguir disfrutando de la celebración.

Después de la boda de mi hermana, estuve dos años acompañada de eventos que se siguieron como fichas de dominó que caen empujadas unas por otras, en esos intrincados diseños creados por artistas o entusiastas. El siguiente, fue la celebración del aniversario de bodas de coral de papá y mamá. Con mi hermana, organizamos una reunión muy significativa. Verlos juntos y saber que, pese a los altos y bajos que normalmente tienen los matrimonios, ellos superaron todo con paciencia y cariño, fue una motivación más para Micaela, que los tenía como ejemplo para

su recién estrenado matrimonio. Para mí, significó lo lejos que estaba de ser igual a los integrantes de mi familia, cosa que no me dolió, sino que encajó como otra pieza que me hacía ser quien era.

Por último, estuvo la celebración de mi cumpleaños treinta y seis. Lo hice coincidir con unas merecidas vacaciones para pasar una velada tranquila, rodeada por mi familia y en la quietud de mi hogar de juventud. Mi mejor amigo se dio modos para acompañarme. Utilizando la tecnología, estuvo cantando con mi familia mientras yo soplabas las velas, uno de los rituales que más me gustaban. Siempre imaginé que el humo de las velas se llevaba lo malo del año y hacía que la vida tuviera espacio para nuevas experiencias. Aunque, en mi caso, debo decir que siempre eran repetitivas, reconociendo muy a despecho de mi ego que no podía culpar de eso a nadie más.

Como ven, todo en mi vida marchaba tranquilamente. Entre trabajo, estudios, capacitaciones y mi amistad con Juan -que, pese a mis miedos, no cambió tanto como se hubiese podido esperar luego de su matrimonio-, establecí una rutina tan propia que me hizo llegar a resignarme ante la idea de disfrutar de la compañía de la soledad y el dolor. Estaba conforme con mi destino y sabía que, gordita o flaquita, mi seriedad ahuyentaba a los hombres, más aún cuando el capullo que me rodeaba -y nunca se desprendió- me hacía una persona difícil de tratar y de complacer.

Con el bagaje de todas esas vivencias, y con la resignación instalada en medio de mi negrura, esa mañana de julio empezó como las anteriores. Ni en mis mejores sueños había imaginado que ese día descubriría que se puede sentir, pese al gran agujero en mi pecho, una cierta emoción inusual que cambiaría mi vida.

Caminaba a casa, por la calle que me había visto llorar, reír y empaparme con las lluvias continuas de agosto, consumida en los pensamientos dolorosos que me habían acompañado por muchos años y que se habían convertido en mi mantra. Miraba a las personas que pasaban a mi alrededor, pero no les otorgaba corporeidad. Eran sombras o proyecciones en el juego de la vida. Mis pensamientos volaban, aunque intentaba estar atenta a los peligros de la ciudad. Por eso, me sobresalté cuando mis pasos fueron detenidos por un saludo interesante:

—Si por cada vez que he sido ignorado por usted me dieran un centavo, tendría toda mi alcancía repleta.

Me detuve en seco. La sombra, que se encontraba unos pasos a mi derecha, tomó forma de un hombre alto, elegantemente vestido con traje gris, camisa color vino y corbata plateada. Era dueño de una presencia que me impactó, con una voz dulce, que me recordaba a algún actor de cine, sin que mi memoria lograra ubicar a cuál. La comparación me divirtió e inevitablemente una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Entonces, tendría que compartir su fortuna. Así, habría espacio para volver a llenar la alcancía -fue lo único que se me ocurrió decir, para guardar las apariencias, porque mi corazón dio un vuelco al saber que alguien me había mirado, ¡a mí!, que me creía deshecha y amorfa, sin que mi crisálida superase su fase de transformación.

El desconocido rio, tanto por mi sobresalto como por mi respuesta, y creyó ver abierta la puerta de la oportunidad, aquella que, hasta entonces, había creído herméticamente cerrada.

Cautelosamente, se me acercó y, luego de asegurarme que no era un psicópata ni cosa parecida, entablamos una conversación que duró unos cinco minutos, un récord para mí, que me cuidaba mucho de hablar con extraños. Transcurrido ese tiempo, la despedida llegó.

—Creo que mi alcancía, por fin, va a dejar de recibir su centavito. Ha sido un verdadero gusto conversar con usted, Vanessa. Hasta mañana.

Extendió su mano para la despedida. Me pareció rudo no corresponder a su educación y,

tímidamente, puse mi mano en la suya. Parecía un gesto inocuo, pero mis células se crisparon como a la espera del dolor. Sin embargo, lo que llegó me sorprendió aún más. Como un actor de cine, besó mi mano, al puro estilo de las películas que representaban las costumbres del siglo XIX. Sonreí más de lo necesario. Tanto el calor de su mano en la mía como la sonrisa tonta que se instaló en mis labios, me acompañaron hasta mi departamento, en donde no dejé de pensar en que la conversación terminó en un «hasta mañana». ¿Querría decir que debía prepararme para verlo en el mismo lugar al día siguiente? Era la pregunta que se revolvía en mi mente, mitad esperanzada, mitad cautelosa. Con estas nuevas experiencias y dudas, me fui a dormir, por primera vez sin que el vacío de mi pecho me estorbara llamando a las constantes pesadillas, sino con un destello de esperanza que ni las más absurdas fantasías negativas que mi mente podía conjurar pudieron acallar.

El día siguiente era viernes y me esmeré un poquito más en mi atuendo y maquillaje. Erick, que así se llamaba el hombre del saludo, me podía estar esperando y quería darle la mejor de las impresiones. En la ruta al trabajo, estuve a la expectativa de encontrarlo, aunque, la verdad, nunca me había percatado de su presencia hasta el día anterior. Me llevé una decepción al no ver ni rastros de mi nuevo amigo.

Como me pasaba siempre, el trabajo me hizo olvidarlo todo. Juan estaba de vacaciones y no podía comentar con él mi encuentro con Erick. Los dedos me picaban por enviarle un mensaje para que me aconsejara qué hacer, pero preferí no interrumpirlo. Sandra me quería, pero eso no me daba derecho a ser tan intrusiva. Decidí que lo mejor era seguir trabajando.

Terminé con mis obligaciones, retoqué el maquillaje con la esperanza de que aquel «hasta mañana» realmente significara que lo vería ese día. Salí de la oficina y, cuando estaba por llegar al sitio del encuentro, lo vi. Llevaba un pantalón de mezclilla azul de corte recto y un saco de cuello alto que enmarcaba su quijada cuadrada.

—Vanessa, qué hermosa coincidencia. Estar aquí parado esperándola y que usted pase -me encandiló con una hermosa sonrisa.

—Ja, ja, ja, sí, ¡qué coincidencia! -me ponía nerviosa y, a la vez, me daba confianza, era algo tan contradictorio que solo acertaba a sonreír.

—Siendo viernes, ¿la puedo invitar a tomar un café?

—Siendo viernes, ¿no sería mejor una cervecita? -dije, fingiendo ser más interesante de lo que en realidad era.

—Lo que usted pida será una orden, Vanessa -extendió su mano como queriendo tomar la mía y, sin pensarlo, me eché para atrás-. En verdad, no muerdo, creo que ayer dejé eso claro.

—Aún no estoy tan segura, prefiero tenerlo controlado, Erick -pensé que mi tono de broma suavizaría las cosas.

—Entonces, será imposible que la invite a ir en mi carro hasta el bar -dijo.

—Correcto -le guiñé el ojo sin pensarlo y él volvió a sonreír. Estaba segura de que me tomaría como un reto. Y eso me encantaba.

Caminamos por la misma calle que siempre habíamos visitado con Juan. Quería estar en un sitio conocido y público, por si las cosas no eran tan bonitas como parecían. Entramos a uno de los bares de la zona y nos dirigimos al rincón más apartado. Allí, tuve la oportunidad de ver a Erick con detenimiento: su abundante cabello se elevaba sobre una amplia frente, con un color castaño oscuro en el que brillaban canas esparcidas aquí y allá, en una mezcla perfecta de juventud y madurez que solo se logra a partir de la cuarta década de la vida. Su mandíbula le otorgaba un aspecto muy varonil. Fue lo primero que me llamó la atención, pero ahora que analizaba su rostro, pude ver en él lo que siempre soñé de un hombre. Su piel, un tanto oscura,

era tersa, con unas pocas arrugas alrededor de los ojos; sus cejas pobladas casi se unían sobre unos ojos almendrados de color verde, con tintes grises; tenía ojeras que acentuaban la profundidad de su mirada; su nariz era recta, un poco grande, pero encajaba de manera perfecta en el cuadro de su cara; y sus labios eran la tentación máxima, el superior, un poco más delgado, y el inferior, carnoso y rosado, con el don de despertar algún instinto dormido que me hizo sonrojar. De su rostro, pasé a examinar sus manos, grandes y rectas, con dedos gruesos y uñas muy cuidadas. En el dorso de la mano, se veían venas que denotaban fuerza. Todo me cautivaba.

Pasamos una velada muy agradable. Me contó su vida, en un tono suave y cadencioso. Seguía sin identificar a quién me recordaba, pero era una voz que me llevaba a campos verdes y praderas llenas de flores. Su risa encajaba con su personalidad. Era grave y divertida. Tintineaba en mis oídos y estiraba inconscientemente las comisuras de mis labios. Contemplándolo un tanto embobada, escuché que tenía cuarenta y tres años, se había divorciado nueve años atrás. No me atreví a preguntar por qué para no contar con malos antecedentes que destiñeran la imagen que me estaba haciendo del galán. Era el arquitecto en una firma pequeña de la ciudad. Le encantaba el fútbol, aunque no lo jugaba, debido a una lesión en su espalda, y amaba caminar.

—Le he resumido mi vida, Vanessa. Le toca a usted hablarme un poquito de su historia.

—Mi historia... -medité sobre si debía arreglar los detalles oscuros o mostrarme totalmente sincera-. Mi historia no es tan interesante como la suya -aseguré.

—Todos somos interesantes a nuestra manera, tenemos zonas oscuras que ocultamos, pero que son la esencia de nuestras personalidades. Me encanta pensar que, a dos personas, en el momento de conocerse, les sucede lo que dice el verso de la canción de INXS, «*two worlds collide*», porque en mi experiencia es así: nos topamos y podemos dejar huellas en el otro, justamente por esas diferencias que nos hacen únicos. Lo importante es que esas huellas sean positivas y no dolorosas. Esa es la parte difícil.

—En verdad, usted es muy profundo.

—No tanto como sus ojos, Vanessa. Si no me tiene confianza, la comprendo, apenas estamos conociéndonos. Lo bueno de ser humanos es que nos consideramos eternos y nos permitimos dejar las cosas para otra oportunidad. Por eso espero tener la dicha de que haya muchas otras ocasiones para seguir compartiendo con usted estos momentos y que lleguemos a descubrir nuestras zonas iluminadas y nuestras zonas oscuras.

No supe qué contestar. Moría de ganas de seguir conociendo a Erick, pero tenía miedo. Mi negrura lo podía ahuyentar y, para ser sincera, no creía tener luz, o por lo menos no la sentía. Evité entrar en detalles y opté por cambiar de tema. Continuamos la conversación sobre nuestros gustos en cosas, la música y la comida, haciendo al tiempo pasar volando entre risas y miradas coquetas. Decidí que, para un primer encuentro, había sido suficiente y me dispuse a ir a mi departamento.

—¿Puedo acompañarla a casa? No me parece seguro que camine o tome un taxi sola.

—Me he cuidado mucho durante los años que llevo en Loja, estoy acostumbrada a estar sola.

—Puedo asegurarle que, de ahora en adelante, no estará sola.

—No me haga reír, Erick. ¿Ahora va a ser mi caballero andante, protegiéndome? Eso pasó de moda en el siglo XIX.

—Ser caballero nunca pasará de moda. Solo quiero ser su apoyo, si me lo permite.

—Usted parece sacado de uno de mis libros -me reía, nerviosa, porque, en realidad, me sentía halagada por su preocupación-. Está bien, acepto su apoyo por hoy -enfaticé la temporalidad para que no se creara falsas expectativas.

Tomamos el taxi y me dejó en la entrada de la casa. Al ser la primera vez que salía con él, solo

había aceptado una cerveza. Aun así, mi cabeza daba vueltas. Era un hombre de lo más encantador. La profundidad de sus palabras, lo enigmático de su mirada, la fuerza de sus manos y esa voz... Todo en él era varonil y atractivo.

Las viejas costumbres seguían tan fuertemente incorporadas en mi psiquis que me costó dormir. Cada nueva experiencia, cada dolor, cada preocupación ahuyentaban a Morfeo y hacían que mis neuronas repasaran una y otra vez las cosas. Les tocó el turno de rememorar con lujo de detalles lo vivido desde el día anterior, y aquella vocecita nuevamente me interrogó: ¿valía la pena compartir con Erick los dolores que me habían llevado a Loja? Eran demasiados años y seguía protegida por mi capullo. Comprendí que no era sano. Algo en la conversación con él me hizo ver que debía aceptar mi oscuridad. Tenía razón: formaba parte de mí, negarla me había conducido a desconocer mi propio yo. Pensé que, con los años, había superado mi faceta de robot, pero, la verdad, solo incorporé unos pocos comandos más. El código fuente, como lo llaman los entendidos en *software*, seguía allí: «despertar–trabajar–dormir». Muy entrada la madrugada, concilié el sueño sin tener respuestas para las preguntas de mi atormentadora vocecita.

A la mañana siguiente, desperté con el pitido del celular anunciándome un mensaje: «Vanessa, su caballero andante le desea que tenga un hermoso día». Volví a sonreír más de lo necesario y contesté: «Muchas gracias. Un día maravilloso para usted también. Se lo desea una damisela que NO se encuentra en peligro». Reí de mi ocurrencia y me quedé acostada, disfrutando la pereza de un sábado.

Los mensajes se repitieron durante el fin de semana. Erick era muy divertido y no se cansaba de lanzarme indirectas. Me tenía enganchada, mi mente corría a cien por hora para responder con igual sagacidad. Era un reto de inteligencias y eso despertaba mi «niña noria» interior, aquella que quería contestar las preguntas del profesor y estar de primera en el listado de honor de la clase.

El lunes, salí como siempre camino al trabajo. No esperaba encontrar a Erick en mi trayecto, por lo que me dediqué a contemplar las casas que, pese a los años, no perdían su atractivo para mí. Estaba distraída, hasta que escuché:

—Un centavo por conocer lo que piensa, Vanessa.

Nuevamente el sobresalto. Apunté que debía estar más atenta para no exaltarme cuando alguien mencionara mi nombre en la calle. Lo vi cruzar a mi encuentro, deslumbrante con terno negro y camisa y corbata a juego.

—Le cuento que mis pensamientos valen mucho más.

—No lo dudo, usted es muy interesante.

—Interesante... Ja, ja, ja... Si usted lo dice.

—¿Puedo acompañarla a su trabajo?

—La calle es de todos -argumenté, encogiéndome de hombros.

—Pero su preciosa compañía solo será mía -sus ojos me devoraban y mis piernas temblaron. ¡Qué deliciosa sensación!

Caminamos lentamente. Sentía el calor que irradiaba su cuerpo. A punto estuvo de rozar las paredes del gran agujero en mi pecho. Reíamos y nos poníamos serios, era como una danza en que nos sincronizábamos a la perfección.

—Espero que piense en mí durante su día de trabajo.

—Eso sería contraproducente, Erick. ¿Quiere que me equivoque en mis labores? No sea malvado.

—Si eso significa que remuevo algo en su mente, estaría encantado -y allí estaba esa preciosa

sonrisa pícara. Quiso tomar mi mano para despedirnos antes de llegar al umbral de la empresa y, como siempre, di un respingo-. No me tema, Vanessa, por favor, le demostraré que conmigo está segura.

—Lo siento, no es que le tema. No estoy acostumbrada a los gestos de cariño, dejé de practicarlos hace muchos años.

—No tiene que disculparse. Así es usted, y es perfecta. Todo llegará en su momento.

Se despidió, galante, y entré a cumplir mis labores. Mi ser racional se impuso a las nubes que empezaban a formarse bajo mis pies, evitando que me elevara por ilusiones absurdas. Me anclé al piso pensando: «Todo es parte de un plan. Ojo, Vane, no dejes que la oxitocina te juegue otra mala pasada, recuerda... ¡El amor no existe!».

A las diez de la mañana, escuché el pitido de mi celular: «Vanessa, espero esté pensando en mí y se distraiga en su trabajo, sería un buen cambio». Mi risa se esparció por la oficina. Me parecía divertido que Erick quisiera distraerme de mis labores. ¿Acaso no sabía que yo era una trabajadora empedernida? Le contesté: «Obvio que no. Mi trabajo es lo más importante». La réplica fue inmediata: «No hay nada más importante que vivir».

Touchée!, Erick tenía razón, vivir era lo más importante. Era la segunda persona que me enfrentaba con esta realidad, aunque siempre había encontrado la forma de aplazarla. Sin embargo, con este caballero no iba a dar mi brazo a torcer tan fácilmente. Opté por mi estrategia más antigua, huir, en este caso, cambiando de tema. «Y usted, ¿qué hace?».

Mi oponente era implacable. «Distraerme en mi trabajo, pensando en lo bella que es usted». Me ponía incómoda y decidí ser frontal: «Uyy, así vamos mal, no me agradan los mensajes empalagosos». Erick no se arredraba: «Decir la verdad no es ser empalagoso, solo debe acostumbrarse a escucharla». *Touchée!*, nuevamente. Si fuera una disputa de esgrima, estaría a tres puntos de perder. Decidí alargar la partida para poder recuperarme, es decir, no contesté.

Erick lo había logrado. Terminé pensando en él y sus palabras empalagosas. Una sonrisa tonta me acompañó en las reuniones. Mis compañeros de trabajo no parecían notarlo. Si Juan hubiese estado allí, seguro habría iniciado con sus bromas respecto a mi recién descubierto pretendiente, pero mi amigo seguía de vacaciones una semana más y yo estaba sola con esta divertida experiencia.

Terminé la jornada laboral, y allí estaba Erick, parado en la acera frente a mi oficina. Seguía impecable, tal como lo encontré en la mañana. El negro resaltaba sus ojeras y tornaba aún más cautivadora su mirada.

—Qué sonrisa tan hermosa. Valió la pena la espera.

—¿Así de empalagoso va a ser siempre? -pese a que en mi cara se mantenía la sonrisa, noté que también expresaba lo poco agradables que me resultaban los piropos, por lo que me sorprendió su respuesta.

—Le aseguro que sí, y se va a acostumbrar -por su tono y sonrisa, no me cupo la menor duda de que eso iba a ser cierto, y quedé encantada. Por más cortante que fuera, él encontraba el lado positivo y seguía halagándome.

Me indicó que tenía su auto parqueado cerca, pero respetaba los límites que yo imponía. Accedió a caminar conmigo la ruta a mi departamento, poniendo como única condición que compráramos helados. Esta vez, invité a la golosina y me causó mucha gracia que pidiera helado con sabor a chicle, como un niño. Me bastó para molestarlo durante el camino. No paramos de reír hasta estar frente a mi puerta.

—Nunca dejaré de pedir helado de este sabor, si con eso la veo reír con tantas ganas.

—Me va a dar mucho material para molestarle y luego no podré parar.

—Trato hecho, seguiré haciéndola reír, porque se ve hermosa.

—¡Ay, Erick, no empiece!

Levantó las manos, en señal de rendición, y se despidió con una reverencia, causando que riera más. Doña Carmen había estado observando la escena desde su ventana.

—Buenas tardes, señorita, Vanessa. Qué lindo el señor que la vino a dejar. Se nota que es un caballero. ¿Sabe que me recordó mucho a mi José?

—Buenas tardes, doña Carmen. ¿De verdad?

—Sí, mi José también era así de elegante y me hacía reír todo el tiempo -haciendo un guiño, se retiró a su departamento, dejándome la espinita clavada de que, tal vez, mi historia de desamor terminaría como la de ella, archivada gracias a un buen hombre que me acompañaría hasta la vejez.

Caminé mascullando esa posibilidad, pero me asaltó el miedo de hacerme vanas ilusiones y mandé también esa idea al baúl más profundo de mi cerebro, que pronto lo olvidó, pensando que era para mi propio beneficio.

En esa semana, Erick no dejó pasar un día sin escribirme. No nos pudimos ver a diario porque su trabajo demandaba, a veces, jornadas que se extendían hasta la noche, en especial, cuando debía hacer visitas en obra. Pero los mensajes no paraban, cada uno más empalagoso que el otro y, aunque al principio los rechazaba de plano, después se me hicieron tan familiares y necesarios como mi café de la media mañana.

Me guardé muy bien de contar a Micaela sobre mi nuevo amigo. No quería preocuparla en su nuevo estado. Como se imaginarán, mi hermana estaba embarazada, ¡iba a ser tía! El miércoles de esa precisa semana, mi hermana me sorprendió con la noticia. Por eso, no pensé prudente mezclar mi reciente experiencia con la alegría que se desbordaba por la línea telefónica cuando ella me contaba que había esperado a pasar los tres primeros meses y que ahora se sentía libre de pregonar al mundo que iba a ser mamá. La escuché relatarme los pormenores de sus antojos y cómo su esposo la mimaba y le daba gusto en todo. Qué hermoso debía ser sentirse así, pensé, con una mezcla de resignación y añoranza. Alguna vez soñé tener hijos, pero fue en mi vida pasada, algo que estaba muy, pero muy enterrado en la oscuridad de mi capullo.

Sin tener a nadie con quien compartir mis recientes emociones, esperé pacientemente el regreso de Juan, quien, luego de haber viajado fuera del país con su esposa, apareció el lunes con un aspecto renovado y más henchido de amor hacia Sandra y la vida. Pasamos varios días hablando exclusivamente de sus vivencias en vacaciones y de cómo el sol y unos buenos cocteles a orillas del mar pueden recargar las baterías del más agotado de los hombres.

—Bueno, basta de hablar de mí. Te noto algo extraña, Vane, como que estás de mejor humor. Ni siquiera me has refutado cuando hablo de mi amor. ¿Pasó algo en mi ausencia?

—Ahora que lo preguntas...

Aproveché la oportunidad para soltar toda mi emoción por haber conocido a Erick. Relaté con lujo de detalle los encuentros y las frases empalagosas, en parte porque confiaba en mi amigo y, también, porque quería que me hiciera aterrizar con algún comentario acertado, como casi todos los que me lanzaba.

—Este tipo parece interesante. Te noto ilusionada, ¿o es mi idea?

—¿Ilusionada? Ja, ja, ja, Juan, me conoces. Solo me intriga saber hasta dónde llega con tanto almíbar que me echa.

—Sigue engañándote, mi querida Vane. Soy tu amigo desde hace tantos años, y ese brillo en tus ojos me dice otra cosa.

—Calla, calla -empujé a mi amigo, no era ese el comentario que quería escuchar, porque,

insisto, él solía dar siempre en el blanco.

—Te propongo algo, ¿por qué no salimos este viernes en plan parejas y así lo conozco y te doy mi opinión profesional? Recuerda que nunca me quitaste mi cargo de asesor.

—Chistoso, mi asesor. Pero, la verdad, no es mala idea. Aunque, aclaro, sería en plan amigos, no en plan parejas.

—Insisto, lo que digas, mi querida Vane, ilusionada.

No perdí el tiempo. Antes de cambiar de idea, escribí a Erick contándole sobre el plan para que conociera a mi mejor amigo. Como era de esperarse, Erick estaba encantado.

Otra constante en mi vida. Las cosas importantes me pasaban los viernes. Por ello, decidí que ese día le sacaría el mejor de los provechos. Escogí uno de mis vestidos favoritos: negro, con flores rojas, tacones rojos y un chal negro, nada ostentoso, casual para una salida de parejas. Sonaba muy raro en mi cabeza, pero decidí que Juan tenía razón. Esa tarde, Erick sería mi pareja.

Terminamos el trabajo y no me sorprendió ver a Erick en la acera, frente a mi oficina. Era una postal de la que esperaba gozar por mucho tiempo. Estaba impecable, con un pantalón caqui, camisa blanca, chaqueta de gamuza café y la sonrisa que se filtraba por las grietas de mi capullo.

—No me cansaré de decirlo, Vane, usted es hermosa.

—Gracias, Erick -tener a mi amigo junto a mí hizo que me sonrojara y no acertara a encontrar la respuesta para apuntar lo empalagoso del saludo-. Le presento a mi mejor amigo, Juan Izurieta.

—Un placer, Juan.

—¿Siempre son tan formales? Parecen dos ancianos.

La manera de cortar el hielo de Juan hizo que Erick y yo nos descosiéramos de la risa. Desde ese momento, empezamos a tutearnos, por el miedo a pasar como un par de ancianitos frente a mi querido amigo. Erick ofreció llevarnos en el auto para recoger a Sandra, quien salía un poco más tarde. Al estar con Juan, accedí, y nos encaminamos a su oficina.

El beso apasionado con el que recibió Juan a su esposa me incomodó un poco y miré a Erick como ofreciendo una disculpa.

—Ya llegarán saludos así para ti -fue su respuesta, en voz tan baja que solo yo lo escuché.

—Lo dudo -le guiñé un ojo, tratando de ser coqueta, algo que obviamente no conseguía.

La presentación de Sandra evitó que pudiera rebatir mi afirmación, pero vi en sus ojos aquel brillo que hacía temblar mis piernas.

En el bar, se mostró de lo más natural, como si el grupo hubiese estado conformado siempre por los cuatro. Bailamos, reímos, conversamos de todo un poco y, al final, hizo de chofer dejando a la feliz pareja en su departamento. Durante el trayecto para dejarme en la casa en que habitaba, no lograba encontrar las palabras. Estaba muy nerviosa por estar a solas con el hombre que despertaba algunos instintos que creía haber perdido. Cuando parqueó, me puse a temblar. Habían transcurrido muchos años desde que mi cuerpo había sentido por última vez tal descarga de energía.

—La pasé sensacional. Ahora entiendo por qué Juan es tu amigo, es una persona muy divertida y abierta. Puedo decir que me sorprendió ver su trato de hermanos.

—No eres la primera persona que me dice eso. Juan sabe casi todo de mí y siempre me ha apoyado. Creo que yo también he hecho eso por él. De allí, que seamos como hermanos.

—No me importaría saber también todo sobre ti. Aunque se me haría difícil tratarte como a una hermana, la verdad... Me gustas mucho, Vane.

—Será mejor que entre, las cervezas se te subieron a la cabeza -abrí la puerta del auto, pensando que me iba a detener, pero no. En su lugar, salió apresuradamente y se colocó a mi

lado, extendiéndome la mano para ayudarme a bajar.

—Puede que tengas razón. No quisiera que pienses que mis palabras son producto del alcohol. De ahora en adelante, me limitaré a beber café en nuestras salidas para que me vayas creyendo - aprovechó mi asombro para acercar su cara a la mía. Cerré los ojos esperando un beso y lo obtuve, aunque fue un roce delicado en mi mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, lo cual me pareció tan tentador que a punto estuve de lanzarme sobre él.

Abrí la puerta y subí apresuradamente a mi departamento. Mi cuerpo estaba consumiéndose por el deseo de besar a ese hombre que hacía que mis células se aceleraran, amenazando con entrar en ebullición. Pero mi miedo pudo más y, como siempre, hui.

Hilo rojo

Esa sensación primitiva llenaba mi cuerpo y mi mente. Obstinada, como siempre, la «pateaba» al fondo de mis ideas, exigiendo a mis neuronas que pensarán en algo más que en los carnosos labios de Erick, creando cortocircuitos más difíciles de ocultar, en especial para Juan, que reía de mis vanos intentos por parecer normal y me lanzaba toda clase de consejos para que dejara mi actitud de monja de convento y aprovechara al «galanazo» que tenía enfrente.

—Si no te conociera bien, diría que Erick te atrae -bromeé un poco, harta de tanto empujón para lanzarme a los brazos de ese hombre.

—Si fuera mujer, me lo hubiera despachado, mi Vane. No sería tan escrupulosa como tú.

Esa respuesta hizo que saliéramos muertos de risa, y a Erick, quien casi todos los días esperaba frente a la puerta de mi trabajo, se le iluminaron los ojos al verme. ¿Cómo podía desprender esos rayos y solo afectarme a mí, haciendo que temblara de pies a cabeza?

—Hola, chicos. Me encanta cómo se divierten. ¿No hay una plaza de trabajo para mí en esta empresa?

—¡Y que Vane te vea todo el día y se nos desconcentre! ¡Estás loco, Erick! -dijo, entre risas, mi amigo, a modo de saludo y despedida.

—¿De verdad he logrado desconcentrarte, Vane?

—Solo cuando te veo con estos ternos que te quedan como anillo al dedo. -mi tono era irónico, mas no logró convencerlo.

—Yo creo que es siempre -se acercó a darme un beso en la mejilla, y yo me preguntaba cuándo llegaría el verdadero.

Los días y las semanas se fueron acumulando. Erick seguía igual de galante y cuidadoso, no se atrevía a sorprenderme con caricias, y eso hacía que mi mente y mi cuerpo estuvieran a la expectativa. Mis labios anhelaban sentir los suyos, morderlos y descubrir el sabor de su tentadora boca. Era entonces cuando mi ser racional disparaba las alertas y mi rostro cambiaba, haciendo que Erick fuera, si cabe, más cauteloso.

Un cumpleaños más. Erick y mi mejor amigo se encargaron de preparar mi celebración. No fue una fiesta con bombos y platillos, de las que le gustaban a Juan, ni una callada velada familiar, de mi preferencia. Entre los dos, lograron una combinación entre estridencia, colores, calma y tranquilidad. Organizaron una cena en casa de Juan, con música, cervezas, picadas y juegos de mesa. Mi mejor amigo estaba tan inmerso en su papel de asesor que parecía la proverbial celestina. Los cuatro volvimos a pasarla de maravilla, aunque siempre con los límites que mis vocecitas imponían a cualquier intento de acercamiento por parte de Erick. Llegada la hora de las velas, Juan, que conocía mis rituales, se me acercó, mientras Sandra las encendía, y me susurró:

—Si quieres mi consejo, sopla de una buena vez tu pasado y vive.

¡Tercera vez! Debía ser muy ruda para no entender el mensaje. Vivir, no sabía aún cómo, pero debía intentarlo. Acepté el consejo de mi amigo y soplé las velas con más fuerza de la necesaria. Luego, tomamos una copa de vino. Convencí a Erick de que no debía cambiar un ápice de sus costumbres si quería ser mi amigo, y la amenaza de beber solo café quedó olvidada.

Con el recuerdo de mi cumpleaños, me encargué de incorporar un nuevo comando a mi programación. La diferencia radicaba en que, esta vez, estaba al mando y quería alterar mi código fuente. El comando era «compartir». No me limitaba a salir a disfrutar de un café, de una

cerveza o de una comida. Lo hacía con la conciencia de que se trataba de una experiencia de abrir mi ser, mostrarme real ante otra persona, por primera vez, sin miedo a ser rechazada o puesta en el cajón de las personas desquiciadas. La verdad, ya no me importaba, quería vivir.

Empecé a disfrutar de cada encuentro con Erick. En un principio, en dosis medidas escrupulosamente, por miedo a causar un escape a toda carrera. Le fui descubriendo mi ser amorfo, partes de mi pasado, mis miedos, mis inseguridades y mis fortalezas. Contrario a lo que yo creía, en lugar de huir me comprendió y pudimos compartir el dolor que nos habían causado nuestras rupturas previas y el temor ante la expectativa de envejecer en soledad. Todo hizo que sintiera un poder que no había percibido antes. Descubrí la profundidad de la frase «la verdad os hará libres». Revelando con sinceridad mi vida y mis temores, me liberaba del peso que había cargado por años. Empezaba a abrazar mi oscuridad, en lugar de evitarla, y una vibración surgió y retumbó al interior de mi capullo.

Las conversaciones afianzaban mi nuevo comando, pero hubo una especialmente reveladora. En noviembre, la ciudad se engalana con expresiones artísticas. No recordaba exactamente cuándo le dije a Erick que uno de mis deseos había sido asistir a una obra de teatro, pero que no me gustaba la perspectiva de ir sola y que a Juan no le llamaban la atención. Por ello, aquel martes, después de dejarme en casa, me vi gratamente sorprendida cuando sacó dos boletos para la obra que se presentaba el viernes de aquella semana.

—¡Erick, qué hermoso detalle! Siempre he querido ir al teatro.

—Lo sé, Vane. Me lo contaste en una de nuestras primeras salidas. Tus ojos se iluminaron tanto esa tarde, que nunca lo olvidé. Y ahora que tengo la oportunidad, quise aportar con un granito de arena a cumplir tu sueño.

—¡No puedo creerlo! -empecé a saltar, como lo hacían Juan y mi hermana; era una de las mejores sorpresas que había recibido-. Ni yo me acordaba de que te había contado eso. Eres muy especial, Erick, ¿lo sabes?

—Para nada. Dios nos dio estos oídos para escuchar a quienes son importantes para nosotros. Por eso, me encanta cuando me cuentas las cosas. Sé que algunas se te han hecho muy difíciles de expresar, y eso lo valoro aún más. Alguna vez te dije que rogaba por tener la oportunidad de seguir compartiendo contigo y lo he logrado, no puedo ser más feliz por todo este tiempo en que me has honrado con tu confianza.

Me dejaba sin palabras. Mis piernas y brazos obraron por su cuenta y me lancé sobre él con tanta fuerza que dolió, pero no me importó lo ridículo que podía verse o los miedos que mis vocecitas aún me soplaban en la cabeza. En ese momento, me pareció que la mejor manera de agradecerle era acortar la distancia física que siempre había impuesto, echar abajo esa última pared que me había colocado. Me presentaba tal cual era, humana y frágil, total y completamente real.

Erick correspondió a mi abrazo y pude ver la felicidad que le producía mi contacto. Ninguno parecía dispuesto a zafarse de aquel nudo. Recosté mi cabeza en su pecho y escuché sus latidos, fuertes y rápidos. En ese momento, se abrió la puerta de mi casa, haciendo que saltara. Erick no se inmutó, tomó mi mano y la mantuvo prisionera mientras saludábamos a doña Carmen, quien nos dedicó la mejor de las miradas cómplices, especialidad de las abuelitas. Llegó el momento de despedirnos.

—Nos vemos el viernes.

—Sí, nos vemos el viernes.

Mis mejillas estaban del color de las tejas de los techos de la ciudad y mi voz estaba un poco aguda. Había regresado a mi adolescencia en dos minutos, sonriendo hasta que me doliera.

Nuevamente, Erick acercó su bello rostro al mío. «Es ahora», pensé, feliz; pero no, mi caballero no quiso aprovechar esa oportunidad y plantó sus labios en el lugar conocido, dejando una estela de ilusión en mi confundido cerebro.

Los días se sucedieron con las típicas tareas cotidianas y las pesadillas que no faltaban. Aunque, ahora, se intercalaban sueños hermosos en los que veía a Erick esperándome y me llevaba a lugares nuevos, en los que no había negrura ni miedo.

El viernes, se presentó puntual a la salida de mi trabajo, ataviado con un terno gris y camisa color vino, muy elegante para asistir al teatro. También me había preparado con un vestido malva, chaqueta y zapatos grises. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo en llevar colores semejantes. «Ya empiezan a parecer una pareja», repicaba la vocecita más molesta, pero la sonrisa de Erick la mandó a volar. Antes de la función, cenamos algo sencillo, acompañados de nuestro infaltable café, y partimos en el auto. Al llegar al parqueadero, mi galante acompañante se apresuró a abrir la puerta y tomarme de la mano. No la solté y caminamos hacia el teatro. Fue una noche mágica, algo que nunca podría olvidar.

Como no todo en la vida es diversión, tuvieron que pasar un par de semanas sin más que la monotonía de nuestros trabajos y rutinas, por lo que Erick propuso salir de paseo fuera de la ciudad a conocer alguna zona cercana. El sábado, muy temprano, se presentó en la casa colonial en la que vivía. Doña Carmen y yo habíamos entablado una amistad tan hermosa que me negaba a independizarme. Tenía ingresos suficientes para hacerme con una casa propia, pero lo sentía como una traición a una mujer que me había apoyado y comprendido sin obtener nada a cambio, demostrando el poder de dar desinteresadamente. Prefería seguir cuidando mi amado departamento y ayudándola en lo poco en que ella accedía a ser ayudada.

Bueno, retornando a mi sábado por la mañana, bajé a toda prisa y verlo me alegró el día. Su sonrisa iluminaba la cuadra y lanzaba destellos que ingresaban cada vez más profundo en el gran hueco de mi pecho. Me dio el beso en la mejilla. ¡Qué antojo girar la cara y plantarle un beso real! Nunca entenderé por qué era tan cobarde. Perdí esa oportunidad, porque enseguida me tomó de la mano de la manera más natural y me encaminó a su auto.

—Hoy tengo un día fantástico planeado para nosotros.

Abrió la puerta y me invitó a pasar. Pude ver que en el asiento trasero tenía golosinas y agua embotellada.

—¿Para qué tantas provisiones? ¿Vamos a Quito o a alguna expedición en la Amazonía?

—Chistosita... Aunque, si deseas, nos podemos perder en la selva y formar nuestra propia tribu de no contactados -ahí estaba esa mirada, encendida como dos fuegos artificiales. Mis instintos me decían vamos, pero mi ser racional buscó la broma para salir del trance.

—Por hoy, declino tan galante invitación. No tengo intenciones de vivir sin acceso a librerías o telefonía celular.

—Está bien. Solo por eso, te voy a llevar a un lugar que queda a cuarenta y cinco minutos, más o menos. Y, sobre las provisiones, déjame decirte que soy un hombre precavido y no quisiera que una mujer tan bella pase hambre o sed.

—No empieces, Erick. Siguen sin agradarme los hombres empalagosos.

—Tienes razón, Vane. Aún la verdad te empalaga -su sonrisa me encantaba, era franca y sentía que con él no tenía nada que ocultar o que temer, que podía ser yo misma, lo que fuera que eso significara.

Se sentó al volante, me pidió que me pusiera el cinturón de seguridad y partimos, sin darme una pista del lugar al que me llevaba.

—Imagino que no habrás desayunado.

—Nunca desayuno -me encogí de hombros; desayunar no estaba entre las cosas importantes de mi día.

—Abre la guantera, por favor.

Obediente, abrí el compartimento y encontré un yogur con cereales.

—Solo te pido que no te riegues el yogur encima, podrías despertar mis instintos caníbales y sería poco apropiado en esta ocasión.

Los colores subieron a mi rostro y solo acerté a darle un buen golpe en el brazo, causando que riera con tanta intensidad que el eco de su risa perduró rebotando en las paredes de mi pecho.

Mientras comía el cereal, la parte primitiva de mi cerebro quería derramármelo encima para tentarlo a que cumpliera su amenaza. La sonrisa debió delatarme.

—Si sigues sonriendo de esa manera, no respondo.

—¡Ayy!, es mi sonrisa de siempre -lo miré, y me encantó ver el deseo plasmado en sus ojos. ¿Qué me pasaba con este hombre? Podíamos ser serios y, a la vez, molestarnos como niños, podía contarle mi vida y ocultar el calor que me provocaba con su mirada.

Condujo, sin otras distracciones. Hablamos de lo hermoso del paisaje y cantamos todas las canciones de su lista de reproducción. Éramos fanáticos de Michael Jackson y de *Air Supply*, ochenteros de corazón, como él decía.

—Te aseguro que con tu amigo Juan no puedes escuchar esta música.

—Claro que puedo, Juan es un melómano, sabe de todo. Pero debo decir que, contigo, se escucha mucho mejor.

—Y debo decir que, contigo, todo es mucho mejor.

—Ya lo sé -mi risa nerviosa tapó la emoción que me produjo tal declaración.

Llegamos a nuestro destino, Vilcabamba, un cantón de la provincia de Loja, famoso por la longevidad de sus habitantes. Un sitio muy sencillo, con campesinos que, a esa hora de la mañana, caminaban para cuidar de sus cultivos. Mientras pasábamos, nos sonreían y se mostraban muy amigables.

Erick parqueó su carro en una de las plazas del pueblo. Sacó las provisiones, las puso en una pequeña mochila que cargó al hombro y pidió mi mano para caminar.

—Me parece grosero utilizar el auto en un lugar como este. Disfrutemos del aire y de la sencillez de la vida de campo.

—Me encanta cómo ves la vida, eres tan profundo -lo empujé para hacerle ver que bromeaba.

—Y tú me encantas -parecía nunca perder la oportunidad de lanzarme piropos.

En dos ocasiones, nos acercamos a las personas que pasaban para pedir indicaciones de la hostería a la que nos dirigíamos. En una de esas ocasiones, un hombre de unos sesenta años y de apariencia muy dulce nos deleitó con las siguientes instrucciones:

—Tienen que doblar a la derecha en la esquina. Si continúan por esa calle, hasta el tope, verán esa hostería, allí hacen fiestas particulares que parecen del plano astral por lo elevadas que son.

Reímos con ganas y el lugareño nos recomendó otro sitio un poco más accesible y menos ostentoso, porque le parecíamos «buenas gentes». Decidimos hacerle caso y no nos equivocamos. La hostería era muy acogedora, de estilo rústico y con plantas por todas partes. Contaba con una pequeña piscina, que Erick quería probar. Me excusé, asegurando que no había traído mi «pequeño bikini». La sonrisa que recibí por la broma me hizo temblar.

Paseamos por los alrededores, bordeando uno de los ríos que bañan Vilcabamba. Los pájaros cantaban y me sentía como protagonista de una novela. Erick no perdía oportunidad de tomar mi mano o acariciar mi hombro, y yo ya no repelía ese contacto.

Almorzamos una deliciosa sopa que tenía como ingrediente principal la yuca, que por su

suavidad se diluía en mi boca. Empezaba a entender el porqué de la longevidad de los habitantes de ese pueblo. ¡Con paisajes hermosos, alimentos deliciosos y esa tranquilidad que emanaba de la naturaleza, todos queríamos vivir cien años!

Para pasar el rato, nos tendimos en hamacas contiguas y pedimos café. Como yo, Erick lo tomaba amargo, otro de tantos puntos que me encantaban. Cuando terminamos, extendió su mano y la tomé. El silencio no era incómodo. Nuestras respiraciones se acompañaban. Sentía paz y una creciente excitación que iniciaba por el calor que emanaba de su mano y se conectaba con algo muy profundo en mi ser.

Sin soltarme, se paró y se acercó a mi hamaca. Me detuvo suavemente en mi intento de ponerme de pie, se arrodilló frente a mí y, al fin, llegó mi tan anhelado beso. Inició tímidamente, pero al sentirse correspondido, se tornó tan intenso que no lo quería soltar. Me aferré a Erick como el náufrago al salvavidas que le tienden cuando ha perdido toda esperanza.

—Vane, te... -cerré sus labios con otro beso, esta vez más intenso. No necesitaba palabras y declaraciones que arruinaran el momento. Nuestros cuerpos sabían lo que querían, no era tiempo de entrar en el absurdo mundo del amor. Mi cuerpo ansiaba ser explorado y sentir la fuerza que Erick desprendía, los sentimientos estaban de más.

—¿Puedes traer tu carro para pasar la noche aquí?

—¿Estás segura? -su voz me transmitía su emoción. Si hubiésemos estado en un lugar privado, sin duda nos habríamos podido entregar en ese mismo momento.

—Sí, muy segura -me costó dejar de besarlo. Lo necesitaba, quería introducirme en el mundo de la pasión de la mano de este hombre que me conocía más de lo que yo misma me podía conocer.

—Para que no te arrepientas, reservaré de una vez la habitación.

—No me voy a arrepentir.

Lo miré fijamente, era verdad, no me arrepentiría ni en un millón de años. Era la primera vez, desde mi separación, que deseaba a alguien. Quería sentir su cuerpo, sus labios, todo lo que este hombre maravilloso me pudiera enseñar.

Nuestros labios se movían al compás en una música reservada solo para nosotros. Terminado un nuevo beso, se levantó y se dirigió a la recepción para, luego, salir en busca del auto. Quedé en mi hamaca, pensando en la locura que estaba a punto de cometer. Pedí una cerveza para templar los nervios y esperé ansiosa su regreso, perdiendo la noción del tiempo, embelesada imaginando lo que pasaría en apenas unos minutos.

—Te robo un poquito de tu cerveza -me sobresalté, porque no lo había escuchado acercarse.

—No puedes, me la terminé -agitó la botella con gesto coqueto, seguía sin conseguirlo con naturalidad, pero Erick sacaba lo sensual de mí.

—¿Quieres que pida otras y las llevamos a la habitación?

—La verdad, no. Quiero disfrutar de este momento con la mente clara.

Me levanté de la hamaca, me puse de puntillas, hice a mis labios rozar los suyos. Me abrazó y profundizó el beso, dejándome sin aliento. Entrelazamos nuestros dedos y nos dirigimos a la habitación. Tenía los nervios a flor de piel. Su mano quemaba la mía, y mis latidos se hicieron tan fuertes que recordé que el agujero en mi pecho había sido alguna vez un corazón.

Entramos a la habitación, sencillamente decorada. La visión de la cama con sus sábanas blancas me estremeció. Erick cerró la puerta y me abrazó nuevamente.

—Tienes frío, Vane. Estás temblando.

—No es frío... No puedo negar que estoy nerviosa.

—Yo también estoy nervioso. Te hacía tan inalcanzable, tan seria, que no me termino de creer

el tenerte aquí.

Su vulnerabilidad hizo que lo deseara aún más. Intuyó mi estado y me besó, llevándose suavemente hacia la pared cercana a la puerta. Su lengua exploraba mi boca, deritiéndome. Lentamente, su mano pasó bajo mi camiseta y buscó mis pechos, los acarició delicadamente, haciéndome gemir. Había pasado tanto tiempo sin sentir algo parecido a la pasión, que no sabía qué hacer. Tomó mi mano y la posó sobre su entrepierna para que notara su erección. No podía más, mi cuerpo seguía temblando, no quería que terminaran las caricias. Mis experiencias pasadas me decían que en el momento de la penetración todo terminaba, y yo quería seguir disfrutando de ese delicioso preámbulo.

—Muero por verte desnuda.

Su voz estaba ronca por el deseo y mi cuerpo solo quería complacerlo. Levanté mi camiseta, mostrando poco a poco mi vientre, provocándolo, como en un juego. Se mordía el labio inferior y, sin aguantar más, me quitó la camiseta de un tirón, lo que me hizo reír y me relajó. Continué tentándolo con las demás prendas. No tenía lencería fina o sensual. Mi conjunto era muy práctico, pero eso pasó inadvertido. La intensidad de su mirada no cambió ni un momento y sus labios, explorando mi cuerpo, me decían cuánto me necesitaba.

No tardó en equiparar las condiciones, despojándose de su ropa. Vinieron más besos y caricias intensas que me transportaron fuera de mi mente. Sus manos expertas recorrían mi piel, trazando a fuego su deseo y, lentamente, fue ingresando en el calor de mi pelvis, queriendo acoplarse a mí de manera perfecta. Nunca había experimentado algo igual. Me llenó completamente. No había dolor. Sincronizamos nuestros movimientos y, por fin, entendí de qué hablaban las películas cuando trataban de sexo. Fue un placer intenso que arqueó mi espalda y me hizo gemir como nunca antes lo había hecho.

Transcurrió la noche. Éramos dos siluetas entrelazadas, no con amor, eso seguía siendo inexistente para mí, sino con hambre e instinto animal que nos llevaban a confundir nuestras pieles con alimento, nuestros alientos con esencias aromáticas y nuestros ojos con portales a lo desconocido.

Esa experiencia nunca podría ser olvidada, así como tampoco debía ser contada, en esa ironía con la que debemos enfrentarnos en un mundo de máscaras, que confunde lo bueno con perversión y lo malo con dignidad.

Esa noche, volví a aceptarme como mujer, dejé atrás al robot y al zombi que habían llegado a Loja. Me sentía viva, merecedora de muchas experiencias que hicieran que mi sangre corriera rápido por mis venas. Así fue mi primer encuentro con ese negado y, a la vez, anhelado y escurridizo hilo rojo. Pero no me di cuenta de ello, tan concentrada en los placeres que mi cuerpo me brindaba.

Crisálida

Al día siguiente, me desperté por su abrazo. Se acurrucó con la cara escondida en mi cabello y me susurró que debíamos levantarnos para ir a la ciudad. Temí que, al habernos entregado con tal intensidad, se rompiera el hechizo que nos atraía, pero al ver sus ojos mirándome con tanta pasión y ternura a partes casi iguales, no tuve miedo de haber hecho algo incorrecto. Lo estreché, correspondiendo a su gesto cariñoso.

—¿Ahora le van a gustar los abrazos, señorita golosa?

—Me gustas tú -imité sus palabras y su gesto de cuando me lanzaba piropos.

Bastó para enredarnos nuevamente en las sábanas y en la pasión que desbordaba por nuestros cuerpos. Si me hubiesen dado a elegir, me habría quedado a vivir en esa cama, pero el tiempo es el enemigo de los amantes y debíamos retornar a la rutina.

Tomamos un frugal desayuno y nos dirigimos a Loja, entre cantos y risas, con la diferencia de sentirnos libres de tocarnos y besarnos a nuestro antojo.

—No quiero separarme de ti -sus palabras rozaban mi cabello, mientras me abrazaba en el portal de mi hogar-. No quiero despertar mañana y pensar que este fin de semana fue solo un sueño maravilloso.

—Si quieres, ese sueño puede repetirse -mi voz delataba nerviosismo y, para acallar a mis voces negativas, lo apreté para sentir su calor. Tampoco quería separarme de él.

—¿Aquí y ahora? -volvía la voz ronca y mi consecuente temblor.

—Veamos quién es el goloso -reí, para ocultar que lo deseaba más de lo que él podía enterarse.

—No respondes a mi pregunta.

—Creo que será mejor que descansemos, por hoy -levanté mi rostro con una sonrisa de complicidad y, a cambio, recibí un beso que casi rompe mi decisión.

—No creo que pueda dejarte descansar por mucho tiempo.

Con esa despedida, entré al departamento. Eufórica, puse música y empecé a bailar, terminando ese fin de semana con mi nivel de satisfacción al cien por ciento.

En los días en que, como cascada, llegan sin cesar, parecía que nada había cambiado. Erick seguía halagándome en cualquier circunstancia y oportunidad, mirándome con ojos que me ponían a temblar y compartiendo nuestras sonrisas, triunfos y temores, ahora rodeados de besos, caricias y una intimidad que, en lugar de apagar la pasión, la encendía, haciendo que nuestros cuerpos se necesitaran como se necesita el agua en un día de sol.

En una de nuestras tantas charlas, abrazados y abrigados por la correspondencia que sentíamos, Erick preguntó:

—Vane, para ti, ¿qué es el amor?

Mi respuesta fue inmediata. Como sacada de un libro de texto que debías aprender de memoria para la lección de la escuela.

—Es la acumulación de hormonas en la sangre que hace que sientas atracción por una persona para poder procrear.

—¿Es lo que realmente piensas? -su gesto, como siempre, era dulce, pero tenía algo de decepción que llegó a enternecerme.

—Para ser totalmente honesta, no sé qué es el amor. Desde hace años, me he repetido que no existe y que todo es producto de reacciones químicas en el cerebro. Tú, ¿cómo lo definirías?

—El amor es como lavar la jarra de tu cafetera.

—¿Qué?! -no paraba de reírme-. Siendo un hombre tan profundo e inteligente, ¿cómo se te ocurre ese concepto?

—Déjame que te explique. Cuando lavas la jarra de tu cafetera, lo haces con todo el cuidado del mundo, porque al ser de cristal, un mal movimiento implicaría perder esa pieza básica para prepararte la bebida que tanto te gusta y de la cual no puedes, ni quieres privarte. ¿Es así o no?

—Es cierto, pero sigo sin entender.

—El amor es ese cuidado que pones al tratar el corazón de otra persona, la delicadeza con que la acaricias, la escuchas y le hablas, sabiendo que no puedes ni quieres quedarte sin ella, que el solo hecho de perderla te dolería y aunque no siempre obtengas reciprocidad, igual la proteges y la atesoras.

Con esa definición, algo hizo clic en mi cerebro. Tenía razón, el amor es unidireccional. Siempre lo concebí como un amor romántico, de dos. Me enfoqué en que debía demostrarse en pareja. Por eso, si yo no era correspondida, entonces no existía. Pero la verdadera naturaleza del amor es irradiar de uno hacia otros o hacia todo. Es así que se puede dar amor a los padres, a los hermanos, a los amigos. Solo las formas del «cuidado» del que hablaba Erick son diferentes.

—¿Quieres ser mi jarrita? -le dije, en tono coqueto.

—Ese es mi mayor anhelo, porque desde que te vi, eres la mía.

Así, puse fin al mantra que había creado para protegerme. Me di cuenta de que había brindado amor y lo recibía a raudales. No ese amor solo de palabras y de regalos, como había soñado en mi juventud, sino el verdadero, el de acciones que no esperan nada a cambio.

Con Erick, aprendí a vivir y reconocer lo bello de cada circunstancia, teniendo el pleno conocimiento de que nos complementábamos física y emocionalmente. Empezamos a intercambiar palabras amorosas, sin que mi cerebro las interpretara como mentiras o medios para llegar a un fin. Simplemente, eran sonidos que denotaban el cuidado que nos estábamos brindando. Con él, las cosas más simples, ahora, eran especiales. Conocer su marca favorita de café y prepararla cuando llegaba a mi departamento, no lo hacía por obligación o por «quedar bien», lo hacía porque era él. Abrazarlo por la espalda mientras preparaba una ensalada, o lo que fuera, en la cocina no era un deber o un agradecimiento por el esfuerzo de cocinar. Otra vez, surgía porque se trataba de Erick.

Mi hermana, que había seguido muy por los márgenes mi relación con él, tenía miedo por mí, y trataba de aconsejarme que tomara las cosas despacio para que no me lastimaran nuevamente. Aproveché mi viaje a Quito a pasar las fiestas para arrinconarme en mi antigua habitación, mientras desempacaba.

—Vane, ¿hace cuánto que conoces a este Erick? Insisto en que estás yendo muy rápido.

—Mica, no he sido la rápida en esta situación, las cosas se han dado sin darme cuenta. Y no digo que lo quiero, ni mucho menos, solo que me nace hacer las cosas con él.

—Ya sé que parece algunas veces que soy tu hermana mayor, solo que has sufrido tantos años, incluso sin contarnos o dejarnos ver tu verdadero dolor, que no me gustaría que por soledad o porque crees estar muy vieja te lances a los brazos de un hombre que ni siquiera conocemos.

—Suenas igual a mamá; en primer lugar, no me lanzo a los brazos de nadie, comparto con Erick porque hemos llegado a entendernos más de lo que imaginas.

—¿Y cuándo nos lo presentas? Estoy por dar a luz y, tu amigo, ni rastros. ¿Por qué siempre eres tan hermética?

—Porque no quiero que la tía Margarita me empiece a preparar la boda.

—¡Ay, Vane! -frunció el ceño y cruzó los brazos en señal de enfado.

—Ahí está, ¡eres la copia de mamá! -mi risa no paraba y Micaela tuvo que darse cuenta de que era una batalla perdida.

Regresé a Loja el tres de enero. Erick me esperaba en el aeropuerto, no con el típico ramo de flores, sino con un paquete rectangular y su más bella sonrisa.

—¡Feliz año nuevo, mi preciosa Vane!

—¡Feliz año nuevo para ti también, mi empalagoso galán!

—¿Algún día cambiarás esas respuestas?

—Eso depende -me puse en puntillas y lo besé.

—Bueno, eso está mejor -me apretó contra sí, tomándome de la cintura y, nuevamente, me besó—. Como no alcancé a darte el regalo de Navidad, te lo traje hoy -dijo, entregándome un paquete.

—¡Gracias! Yo tengo tu regalo en mi maleta.

—No es un intercambio, Vane. Este regalo tiene un significado muy especial para mí y quiero que lo tengas y me digas si logras descubrirlo.

Abrazados, nos encaminamos al vehículo y, allí, lentamente, lo abrí, intentando imaginar qué podía contener. Para mi sorpresa, se trataba de un precioso libro, *Los pilares de la tierra*, de Ken Follett. No lo había leído y me intrigó saber el significado que podía tener para Erick.

Durante la semana, retomamos el trabajo y nuestras salidas, sin pensar que al fin de semana siguiente mi hermana entraría en labor de parto y tendría que partir nuevamente hacia Quito. Erick pidió acompañarme, insistió tanto que cedí, creía que no podía hacer daño presentarlo a mi familia.

Llegamos el sábado por la tarde, directo a la clínica en donde Micaela se encontraba lista para tener a su bebé. En la sala de espera, se hallaban mis padres y la infaltable tía Margarita, cuyas expresiones al verme llegar acompañada me recordaron a los dibujos japoneses que tienen los ojos tan grandes como dos platos.

—La bendición, papitos... buenos días, tía Margarita... les presento a Erick Solano.

—Dios te bendiga, hijita -respondieron, al unísono, mis padres. Papá se levantó de su asiento y estrechó la mano de Erick, mientras mamá lo miraba de arriba abajo, sopesando qué tipo de persona había traído a una ocasión tan especial como el nacimiento de su primer nieto.

—Ya era hora, Vanessita. Pensé que te ibas a quedar sola -la tía Margarita me abrazó, sacudiéndome más de lo necesario, lo que hizo que mamá por fin sonriera.

—Es un gusto conocerlos. Vane siempre habla de ustedes y de lo maravillosos padres que son.

Nos salvó de esta escena incómoda el esposo de Micaela, quien llegaba con lágrimas anunciando que mi hermanita había tenido un hermoso varón. Todos nos lanzamos a abrazarlo y preguntar si podíamos ver al bebé. Como respondiendo a nuestra solicitud, llegó la enfermera con una incubadora con ruedas y nos hizo ver tras el cristal a una criaturita rosada, envuelta en una manta verde. No tendría más de treinta centímetros, pero atraía el amor de todos los que lo rodeábamos, como si fuese el más grande de los soles con su poder gravitacional.

Luego de media hora de intercambiar comentarios sobre lo hermoso del paquetito rosa que habíamos visto, la misma enfermera se acercó a indicarnos que podíamos pasar a ver a Micaela, dos personas a la vez, iniciando, obviamente, por los abuelos.

Cuando nos llegó el turno, sujetaba tan fuerte la mano de Erick que bien podía haberle causado un daño permanente. Pero él no se quejó en ningún momento y sentí que entendía el estado en que me encontraba.

—Hola, hermanita, ¡tu bebé está precioso!

—Vane, gracias por venir, ¿me puedes presentar?

—¡Ooh! Disculpen los dos, es la emoción. Mica, te presento a Erick Solano.

—¿Y no pudiste avisarme, para estar un poco más presentable? Claro, te pedía que viniera en Navidad para estar guapa y lo traes cuando estoy sin gota de maquillaje.

—No te preocupes, Micaela, es un gusto conocerte por fin y además estás radiante por el milagro de la vida del que acabas de ser parte.

—Wow, ahora entiendo por qué estás así, Vane.

—¡Micaelaaaa!

Los tres nos pusimos a reír, Micaela hacía muecas por el dolor que le causaba. La enfermera entró y nos mandó a hacer silencio y salir para dar descanso a la nueva madre y que pudiera recibir a su bebé a la hora de la comida.

En el pasillo, me quebré. Las lágrimas brotaron y mi garganta se cerraba del dolor, porque no quería llorar y eso me dolía aún más. Erick me abrazó y acarició mi espalda para darme ánimos.

—Te juro que no es envidia, estoy feliz por mi hermana -dije, con el hilo de voz que lograba escapar de mi apretada garganta.

—Nunca te podría juzgar, Vane. Sé lo que has sufrido y que alguna vez añoraste una familia y tener hijos, pero Dios te puso en un camino diferente. No te dé pena dejar fluir ese dolor que sientes, eres humana.

—Gracias -lo apreté más en un abrazo y las lágrimas fueron cediendo.

No puedo negar que fue un *shock* ver a mi hermana pequeña ser madre, algo que en verdad soñaba también para mí. Saber que tenía la oportunidad de construir una familia feliz y que esa oportunidad me fuera arrebatada para lanzarme a una búsqueda de mi verdadero ser... era duro, pero entendí que Dios tiene los *para qué*s de todo y que mi vida fue un constante oponerme a eso, en lugar de dejarme guiar. Como una niña necia, seguía fallando y fallando en las pruebas porque creía saber las respuestas, quería que lo que yo dijese fuera la verdad, cuando la única verdad era que debía amarme, aprender a vivir y apreciar las cosas que tenía, en lugar de estar siempre a la expectativa de volver al pasado o aspirando a que el futuro me presentara ese regalo que haría mi vida feliz.

El domingo por la tarde, regresamos a Loja. Al aterrizar y recorrer el camino a mi ciudad refugio, que ahora era mi hogar, sentía que, pese a no haber tenido la vida de cuento de hadas que había imaginado en mis días de adolescencia, ninguna experiencia vivida había sido un desperdicio. Veía claramente que siempre había tenido personas que me brindaban su amor desinteresadamente y a quienes también amaba, aunque nunca lo dijera en voz alta. Incluso Erick podía estar en ese grupo, pero no quería hacerme demasiadas ilusiones para que no se me desinflaran como otras veces. Quería disfrutar de la vida, ahora que estaba realmente consciente de ella.

Nuestra relación continuó, inalterada, por varios meses. Siempre paseábamos, conversábamos tanto sobre temas triviales como profundos. Nos conocíamos cada vez más y, aunque nunca declaramos abiertamente que estábamos enamorados, más que al referirnos el uno al otro como «jarritas», tengo la impresión de que ese era nuestro estado en ese tiempo. Pero, como siempre, incluso lo bueno tiene un fin.

Contemplábamos desde la ventana de su dormitorio un hermoso atardecer en que el sol parecía derramarse por las montañas que rodean la ciudad, plenos después de haber compartido nuestra pasión. y fue cuando lo último que hubiese querido escuchar llegó a mis oídos:

—Vane, tengo la oportunidad de irme a Italia a trabajar para una firma muy grande.

El conocido dolor del miedo atravesó mi pecho. ¿Cómo podía pensar en irse? ¿Acaso no estábamos bien juntos, con este recién descubierto fuego que nos unía como piezas maravillosas

en el crisol de su cama? Sabía que no era justo mezclar esos pensamientos con su éxito profesional y atiné a responder:

—¡Qué genial, Erick, te lo mereces! He visto tus trabajos y son hermosos.

—¿No te preocupa que nos vayamos a separar? -su tono me demostró que lo había herido.

—No me malinterpretes -tomé sus manos y lo miré, esperando que la verdad se viera en mis pupilas-. Eres muy importante en mi vida y me hace feliz que estemos juntos. Pero no puedo, ni quiero, ser un ancla para ti. Todo lo bueno que llegue a tu vida, lo mereces. Estés o no estés conmigo, siempre me alegraré de las cosas buenas que te pasen.

—Nunca serás un ancla. Eres mi vela, mi motor... Medité mucho sobre esto y no quiero perderte por esta oportunidad de trabajo. Si me lo pides, me quedaré o, si soy afortunado, accederás a ir conmigo.

—Sabes que nunca te pediría que te quedaras por mí. Hemos hecho esta relación en libertad, sin falsas expectativas, sino sobre la realidad de lo que somos y lo que hacemos, y por eso nos va bien. No podría acompañarte por la misma razón, tengo mi vida en mi trabajo y en esta ciudad que me recibió y me dio el mejor regalo, que fue conocerte.

Parte de mí sabía que la principal razón para negarme a viajar era que ese deseo de recorrer el mundo y conocer otros países y culturas hacía parte de otra vida, una vida rosa en que construía y compartía castillos en el aire con un amor que nunca existió en la realidad.

Tras varias semanas de conversar y recapitular nuestra relación, nos dimos cuenta de que lo mejor era terminar previo a su viaje. Antes que amantes, éramos amigos y los dos queríamos lo mejor el uno para el otro.

Erick partió un día de julio de los que arrancan suspiros a los poetas, por su cielo cargado de nubes con olor a lluvia y soledad. Cuando vi su avión alejarse, me quedé temblando de pies a cabeza. La gente a mi alrededor podría haber pensado que era una respuesta obvia al frío de la época, pero la realidad era que cada una de mis células quería correr y alcanzar a ese hombre que me había ayudado a amar mis debilidades y a soportar mis defectos porque formaban parte de mí.

Juan me acompañó durante toda la semana con su consolador apoyo, respetando mi nuevo duelo. Fue una sorpresa para mí comprobar que el dolor no era tan intenso. Lo atribuía a mi gran agujero en el pecho que impedía renovadas crisis, pero la respuesta vino cuando, en un almuerzo, mi amigo se hartó de mi estado.

—Podrías ir en tus vacaciones y visitarlo -Juan puso letras a una idea que había estado recorriendo mi cerebro en la última semana.

—Sí, podría. ¿Pero, de qué serviría tenerlo una semana conmigo? Las relaciones a distancia no funcionan.

—¿Y si, estando allí, te animas a quedarte? Siempre te lo dije, Vane, hacen una linda pareja. No deberías ponerle tanto cerebro a tu relación con Erick y dejar, por una vez, luego de estos miles de años que llevas arrastrando tu ridícula armadura, que sea tu corazón el que te guíe. A estas alturas, ni tú te crees que es solo pasión lo que sientes por ese hombre. Soy tu amigo y ya cansas, Vanessa. Reconoce que estás enamorada.

—Jajaja -no era mi intención reírme, la intensidad de mi amigo simplemente embarulló mi atormentado cerebro-. ¿Por qué tan enojado conmigo?

—Quiero que seas feliz. Sabes que te quiero y creo que mereces eso y más. Por eso, me enoja que tú misma sabotees esta oportunidad de ser feliz.

—Yo también te quiero con el alma, Juan, pero debes entender que soy feliz. Erick era mi complemento, no mi felicidad.

«Wow, eso salió de mis labios». Mi vocecita guionista me gritó y mi alma salió en mi ayuda, contestando «sí, porque es lo que sientes». Era verdad, me sentía feliz, pese a que añoraba todas las tardes encontrarme con Erick, mirar desde la puerta de salida de mi trabajo cómo su sola presencia iluminaba mi negrura, sentir sus deliciosos labios y su inagotable pasión. Su ausencia no me paralizaba, podía vivir sin él y estar completa. Sí, completa. Me di cuenta de que el «gran agujero» de mi pecho no era tal. Se había cerrado casi por completo y, en el fondo, se notaba un pequeño resplandor rojo que titilaba cuando enfocaba mi mirada en él.

Tanto Juan como Erick dejaron de insistir en que viajara en mis vacaciones. Los tres estábamos seguros de que nunca me arrepentiría de esa decisión. Los meses pasaban y Erick y yo seguíamos con nuestros mensajes, a los que se habían sumado correos electrónicos, aunque con las reglas claras de que las alusiones a nuestro tiempo de pareja debían ser mínimas o nulas, para no poner sal en las heridas, y con la convicción de que no debíamos tener tapujos al momento de encontrar una pareja. Eso le recalcaba a Erick con demasiada frecuencia, para su gusto. Sabía que tenía ínfimas expectativas en cuanto a mi realidad, porque para mí era como encontrar otra perla preciosa sin ir al océano en busca de ostras.

Con los días auestas, me di cuenta de que estar sola no era equivalente a estar triste. Muchas veces, algunos recuerdos me arrancaban lágrimas y, otros, me tenían embriagada por lo vívidas de las experiencias. Sin embargo, amaba el tiempo que pasaba conmigo misma, no había recriminaciones ni arrepentimientos, solo la dicha de estar viva y poder compartir mi tiempo con las personas y las cosas realmente importantes para mí.

Cuando soñaba con Erick, valga decir que ahora era la mayoría de las noches, agradecía su presencia en mi vida, comprendía que había sido una pieza en mi camino de transformación, pero no la única. Aportaron a ello todas las personas con las que pude sincerarme e ir despojándome de las piedras que cargaba en mi mochila, sin siquiera estar enterada de ello.

Fueron meses en que tuve la certeza de que mi vida era tranquila y no necesitaba nada más para ser feliz. Cada vez, sentía más corpórea y fuerte a la crisálida que tenía al interior de mi capullo. Incluso podía sentir un par de exiguas alas plegadas en mi espalda, lo que me llenaba de expectación por saber cuándo podría estar lista para usarlas.

Llegó enero, nuevamente. Estaba arreglando los libros que había comprado en una de las ferias que se realizaba en la ciudad. Colocaba delicadamente cada uno en la repisa, mirándolos con anhelo de iniciar la lectura de todos y cada uno de ellos. Siempre meticulosa en el orden, retiré los libros de mi repisa para dar espacio a los nuevos, acomodándolos por su tamaño, cuando vi el libro que Erick me había regalado y que nunca logré leer por todas las cosas que habían pasado el año anterior. Cuando lo abrí, cayó una nota con su letra.

«Quiérete como yo te haría el amor...»

Al leer esa nota, el resplandor rojo explotó, resonando en mi interior, desterrando el último rastro de negrura y llenando mi pecho. Comprobé que el destello que veía era, en realidad, mi hilo rojo. Aquel que, inconscientemente, había buscado y esperado que llegase desde el exterior era, en efecto, mi propio corazón, entretejido con las experiencias, los dolores y las alegrías para encontrarme a mí misma.

Sonreí por este descubrimiento, y de mis labios brotó como música:

«Eso hago: me quiero, me acepto, me cuido»

Cayó mi capullo, que se había estado sujetando por dos o tres filamentos, y mis alas se extendieron, magníficas, a la luz de un sol que lanzaba sus últimos suspiros antes de irse a dormir.

Epílogo

La vista al mar era hermosa. El calor de nuestra residencia de verano hacía difícil que quisiera levantarme de la cama. Estaba extasiada ante la paleta de colores que se vislumbraban tras la ventana. El cielo desprendía destellos lilas y azules, y el sol, perezoso, bostezaba por el oeste.

Mi amante compañero me llamaba, indicando que era hora de celebrar mi cumpleaños. Me había quedado dormida, abrazada a mi libro, ahora, favorito, el primer regalo de mi amado, en el que encontré que, pese a la distancia y a lo que la vida puede poner en el camino de dos amantes, la constancia en el sentimiento podría unirlos y hacer de ellos algo más de lo que podían ser por separado.

Besé la portada y me levanté, con la paciencia de los años acumulados, repasando en mi cabeza los pasos que mi hermana, venida de Ecuador para tan especial ocasión, me indicó eran necesarios para que ella llegara a embellecerme, tal como hizo tantas veces cuando éramos jóvenes.

—*Ñañita*, tus ojos brillan de una forma extraña hoy.

—No me había percatado, Mica. Estoy realmente emocionada por este cumpleaños, debe ser eso.

Sí, estaba demasiado emocionada, tenía la ilusión de celebrarlos desde que visitamos Vilcabamba con Erick. Y Dios, en su infinita bondad, me había regalado esta increíble oportunidad.

Micaela terminó de arreglarme y, como toque final, me puso en el cuello y las muñecas su perfume favorito.

—Ya sabes, *ñañita*, esto te hará destacar.

La abracé nuevamente. Ni los años, ni las penas, ni la distancia geográfica, pudieron alejar nuestros corazones, que seguían latiendo al son que el amor de nuestros padres había puesto en nuestras venas.

Al bajar al salón, decorado con flores malvas y blancas, unión perfecta de los colores que nos identificaban a Erick y a mí, sentí una nueva oleada de amor. Era la presencia de mis padres, que no se encontraban físicamente conmigo, pero siempre me abrigaban con su dulzura. Iluminada por ese amor, saludé a los invitados, me ubiqué en una de mis butacas favoritas que causalmente había colocado como centro de la habitación, aproveché que con los años me había hecho dicharachera y empecé a relatar las partes más divertidas de mi historia y a departir con todos, haciendo que la velada fuera especial para cada uno de mis invitados.

Pasado un rato, llegó la hora del pastel. Mis amigos, que habían aumentado de manera exponencial gracias a la bondad y el cariño de mi amado Erick, entonaron una vez «cumpleaños feliz» y, luego, «*tanti auguri a te*», haciendo que tanto lugareños como visitantes estuviéramos incluidos en la celebración.

Observé las velas. Su luz se impregnó en mis pupilas como una señal. Cerré los ojos para visualizar el único deseo que tenía para ese día.

Soplé mi centésima vela y, pronunciando su nombre, partí feliz a su encuentro.

* * *

Sobre la autora

Susana Vaca Fuentes (Ibarra, Ecuador)

Escritora versátil, con gran habilidad para cambiar completamente de registro según las exigencias de la historia y el público objetivo de sus novelas.

Posee gran capacidad para sorprender al lector con giros bien logrados y una voz narrativa única con la facilidad de construir entrañables personajes que se convierten en parte de nuestra cotidianidad.

Su debut literario se dio con ***La chica hiedra*** (Editorial Alección, 2022), historia inspiradora que espera la próxima publicación de su secuela.

Con ***A la mier... el hilo rojo*** (Editorial Alección, 2023), desafía a las lectoras más exigentes a cuestionarse a través de distintos momentos de la vida de Vanessa, su empática protagonista